2ª Edición
SERES BLANCOS
YERAY CAMPOS

SERES BLANCOS

YERAY CAMPOS

Título de la obra: SERES BLANCOS
Autor: Yeray Campos
1ª Edición, noviembre 2018
2ª Edición, marzo 2023
Corrección ortotipográfica y de estilo: Claudia Galilea
Diseño de portada y maquetación: Yeray Campos

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0, Yeray Campos, 2018.

Algunos derechos reservados: No se permite la copia o distribución parcial o total de esta obra con finalidad comercial o la producción de obras derivadas sin permiso del autor.

Se permite compartir la obra de forma parcial o total sin finalidad comercial con la condición de atribuir la autoría y manteniendo esta misma licencia.

ISBN: 9781729292419
Sello: Independently published

Puedes contactar con el autor a través de yeraycamposhistoria@gmail.com

A Clau

PRÓLOGO

Cada una de las hojas de los árboles del parque reflejaba la luz naranja del atardecer. Yo me encontraba empujando el columpio de mi hermanita Nora. Lo hacía tan alto como me permitía mi fuerza infantil y ella reía cada vez que volvía a subir. Papá nos dirigía cada poco tiempo una mirada responsable desde un banco de madera, para después volver a concentrarse en la lectura de un libro.

Apenas quedaba jugando ningún niño cuando llegó mamá a buscarnos. Era doctora y trabajaba muchas horas en un hospital al lado de aquel parquecillo. Mi padre se levantó al verla y se saludaron con un beso en los labios. Después se acercaron hasta donde estábamos nosotros. Mamá era genial. Me revolvió el pelo con una de sus manos, cálida y suave, y se puso de cuclillas para hablar con mi hermana.

—Nos tenemos que ir a casa. ¿Os habéis portado bien con papá?

Nora y yo asentimos a un tiempo.

—¡Sí, mamá! ¿Sabes una cosa? ¡He empujado a Nora en el columpio y casi casi da toda la vuelta!

Ella nos dedicó una sonrisa blanca y brillante. Probablemente su rostro mostraba los signos de cansancio que imprimen las largas horas de quirófano, pero yo no era capaz de apreciarlo. Para mí, mamá brillaba.

—¿Sí? ¡Vaya Yago, cada día estás más fuerte!

Sonreí y mi hermana se agarró de su mano. Yo lo habría hecho, pero ya me sentía demasiado mayor y me daba vergüenza. En su lugar, caminaba entre ella y papá, cobijado por sus sombras, por su fuerza protectora y su alegría. A su lado no me daba miedo cruzar pasos de peatones, ni que se hiciera de noche. Tampoco dormir solo, si sabía que ellos dormían justo al lado. Cuidado por sus palabras yo era el hermano mayor, el protector de Nora, un chico fuerte y valiente. Justo cuando salíamos del parque me di cuenta de que no llevaba encima la pelota que había traído. Mi pelota favorita, mi pelota roja.

—Papá, ¿puedo volver a por la pelota? Creo que la he dejado debajo del banco.

—Claro, pero date prisa, que se va a hacer de noche.

Fui corriendo hasta el banco de madera. Donde mi padre había estado sentado había ahora una niña que tendría uno o dos años más que yo. Balanceaba sus pies colgando del asiento y sujetaba mi pelota roja debajo de su brazo derecho. Me paré unos segundos delante de ella, mirándola a la cara, sin saber muy bien qué decirle.

—Oye… ¡esa pelota es mía!

Ella se quedó como extrañada, miró la pelota y tras ello me miró a mí. Después se levantó y sin decir una sola palabra, cogió la pelota con ambas manos y me la ofreció.

—¡Gracias! —Le dije tras quitársela de las manos, y volví corriendo hacia donde estaban mis padres y mi hermana esperándome. Para cuando volví a mirar hacia el parque la niña ya no estaba.

Un vendaval recorría las calles de Albeida, nuestra ciudad, pero íbamos bien abrigados. Cada ráfaga de viento helado provocaba que se elevaran desde el suelo cientos de hojas doradas o rojizas, bajando después como pequeños paracaidistas. Yo me entretenía en pisarlas y Nora tiraba de la mano de mi madre para imitarme. Cruzamos así las dos o tres manzanas que nos separaban de nuestra calle.

A veces mamá no salía del hospital hasta la madrugada, pero otras íbamos a buscarla después de que papá nos recogiera del colegio. Él trabajaba en casa, escribiendo para un periódico muy importante. Todas las noches, después de la cena, él se encerraba en su despacho a escribir. Yo alguna vez me atrevía a salir de mi cuarto y entraba a verlo, pero él, en cuanto se daba cuenta, me devolvía a la cama con una voz paciente pero severa. Yo creo que permanecía toda la noche dedicándose a ello, porque era mamá la que, antes de ir al hospital, nos llevaba al colegio. Trabajaban por nosotros, nos cuidaban.

Aunque papá trabajaba en casa su oficio le obligaba a viajar algunas veces. Entonces era nuestra tía Bea, su hermana, la que venía a buscarnos al colegio y hasta nos daba de cenar y nos acostaba si mamá iba a llegar tarde. La tía Bea, aunque era mayor que papá, no se había casado ni tenía hijos, pero nos quería tanto como si también fuéramos los suyos.

Pero aquella vez éramos solamente nosotros cuatro. La calle en que vivíamos estaba justo en frente de una arboleda del campus universitario, por lo que nuestra casa no tenía edificios delante. Había coches aparcados y las farolas ya estaban encendidas. La noche y el frío comenzaban a invadirlo todo. Papá sacó las llaves a pocos pasos del portal. Entonces un grito nos hizo revolvernos.

Jamás olvidaré ese grito, que sonó como un aviso de todos los horrores que vendrían después. Era un chillido agudo, de una mujer joven, y tras él toda la calle quedó en silencio, mientras nuestros corazones se aceleraban.

Provenía de una calle perpendicular a la nuestra. Lo que fuera que hubiera hecho gritar a aquella mujer estaba muy cerca, al otro lado de la esquina, apenas a un portal de nuestro hogar. Yo me agarré, como movido por un resorte, a la cintura de papá, que miraba en dirección al peligro. Nora gritó, se soltó de la mano de mamá y empezó a correr

llorando de miedo hacia el otro lado de la calle todo lo rápido que le permitían sus cortas piernas de niña de cinco años.

—¡Nora, no! —grité. Pero yo también tenía miedo y me mantuve aferrado con fuerza a la seguridad que era papá. Mamá salió tras ella, pero algo la hizo detenerse durante unos segundos.

Algo que ni mi madre ni ninguno de nosotros había visto antes dobló la esquina de la calle. Sentí un terror tan grande que al principio enterré mi cara contra el cuerpo de papá. Podía notar, en la rigidez de su vientre y en su respiración entrecortada, que él también estaba sintiendo miedo. Unos segundos más tarde reuní el valor para abrir los ojos y ver a través de mis lágrimas.

Aquello que había aparecido en la calle era alto, mucho más alto que mis padres. Su piel, si se le puede llamar así, era blanca y no parecía sólida, como si estuviera formada de luz, pero de una luz que no iluminase nada a su alrededor. Su silueta era humana, pero desfigurada como una sombra, alargada y con la cabeza en forma de óvalo. Donde debía haber estado la cara solo había dos pequeños agujeros en los que no había claridad, sino la más negra de las oscuridades. Sus manos eran enormes, con dedos muy largos, y con ellas había agarrado a Nora. Mamá, tras el *shock* inicial, comenzó a correr hacia aquella cosa.

Yo quería que mamá salvara a Nora. ¿Cómo no iba a lograrlo? Era alta, buena, lo sabía todo: todas las canciones, los nombres de todas las cosas, todo lo que había y lo que no había que hacer. Mamá conocía los límites de un mundo que yo apenas empezaba a explorar. Salvaría a Nora.

Un tercer agujero, mucho mayor que los que parecían ser ojos, se abrió desde la cabeza hasta el pecho de aquel ser de color blanco, como una enorme boca tenebrosa. Nora lloraba y pataleaba desesperada envuelta en su mano gigantesca. Mi pequeño corazón quería escapar de mi pecho mientras mamá se acercaba, ya no corriendo, sino con pasos mecánicos, venciendo su terror en cada uno de ellos. Y mi hermana cayó a las tinieblas de aquel ser.

Fue algo increíblemente rápido, no dejó rastro. Mamá gritó llena de rabia y se lanzó contra las largas piernas. Llevaba en la mano un bolígrafo y lo clavó contra ellas con todas sus fuerzas mientras le daba golpes con su otro puño, atravesándolo como se atraviesa un rayo de luz o una nube de vapor. Yo no podía creer lo que estaba viviendo y no podía parar de llorar apretado a papá. Por primera vez miré hacia su cara. Parecía casi tan blanca como aquel ser y se había quedado sin expresión, mirando paralizado hacia la escena terrible.

El ser blanco se agachó, sin inmutarse ante los golpes de mamá, su bolígrafo y su furia. Entonces la agarró de los brazos con ambas manos y la levantó como quien levanta un saco de arroz. Ella no

dejaba de agitarse y gritar. Palabras que yo nunca le había oído decir salían de su boca atropelladamente. De nuevo se abrió una boca oscura, todavía más que antes, y por ella entró el cuerpo de mi madre hasta la cintura. La boca se cerró y un torrente de sangre oscura se precipitó contra el suelo, mientras la otra mitad del cuerpo de mamá seguía firmemente sujeta por aquellas manos blancas.

De alguna manera, papá logro librarse de su hechizo. Me cogió de la mano sin mirarme y tan fuertemente que me hizo daño. Empujó de mí hasta el portal de casa y abrió la puerta de metal a la primera. Mis piernas no seguían a las suyas. Entonces se agachó, me cogió en brazos y, corriendo, atravesó el umbral. Con el rabillo del ojo aún pude ver como, entre los árboles del campus, aparecía otro de esos seres blancos.

A zancadas y cargando conmigo, mi padre subió las escaleras. Nunca lo había visto moverse tan rápido. Para cuando había cubierto los tres pisos que nos separaban de nuestro hogar estaba rojo del esfuerzo, pero no me dejó en el suelo. Con un brazo me sujetaba, fuerte y firme, contra su cuerpo; con el otro abría la puerta. Me llevó hasta el salón y me dejó en el suelo, mientras él buscaba desesperado el teléfono. Yo le miraba sin saber qué hacer.

Papá marcó el número de la policía y comunicaba. Pensando que sus dedos nerviosos le podrían haber traicionado volvió a marcar. Comunicando otra vez. Se frotó la frente con la mano, suspiró. Se notaba que le costaba respirar y yo tenía ganas de llorar, pero no podía, sentía un dolor inmenso en el estómago.

Al final lo único que papá pudo hacer fue abrazarme. Cuando lo hizo empezó a temblar y acabó llorando. Nunca antes le había visto llorar, pero a partir de ese día se convirtió en algo frecuente. Yo, sin embargo, dejé de hacerlo. Cuando al fin se separó de mí y vi su cara, parecía que llevara varios días sin dormir y estaba como ido. Desde la calle se oían gritos cada pocos minutos y a nosotros se nos helaba el alma. Eran como los de aquella chica al otro lado de la esquina, como los de Nora, como los de mamá.

Sin que le dejaran de temblar las piernas, papá se encendió un cigarro, aunque era mamá la que fumaba. También encendió la televisión. Pero no encontró nada. Ningún comunicado del gobierno, ningún especial de última hora en ninguna de las cadenas. Mientras hacía eso, yo no me apartaba de su lado. Por fin se atrevió a mirar por la ventana y yo fui con él. Parecía como si no reparara en que yo también miraba hacia el horror de la calle, porque no hizo nada por apartarme. Sus mismos ojos parecían perdidos. Afuera se movían los seres blancos como gigantes vagabundos. Algunos eran más grandes que el que mató a mamá y a Nora, pero ninguno alcanzaba la altura de nuestro piso. No parecía que tuvieran ninguna intención de asaltar

las casas, indiferentes ante las puertas y las ventanas. Tan solo se movían por la calle como perdidos. Al cabo de un rato dejaron de oírse gritos, pero una fascinación terrorífica nos impedía dejar de mirar. Los vimos desaparecer poco a poco, como si los primeros rayos del sol los hicieran evaporarse, y tuvimos la esperanza de que todo había pasado. Pero volvieron. Y siguieron volviendo cada noche.

Eso es lo que recuerdo de su llegada.

Capítulo 1

Miré el reloj y supe que iba a llegar tarde. Mi turno como recepcionista acababa en media hora, pero aquel día me dieron permiso para salir un poco antes por aquello que llamaron, para evitar ofender, «circunstancias especiales». Llevaba un año trabajando en las oficinas del periódico para el que había escrito mi padre y era el trabajo más aburrido y monótono que había hecho en mi vida, pero me permitía llegar a fin de mes mientras buscaba otra cosa.

Cogí mi maletín, me puse el abrigo y salí de allí todo lo rápido que pude. Llegué a la parada del autobús y esperé. La calle estaba semidesierta y apenas había tráfico a pesar de que era hora punta. Ya casi siempre era así.

Aquel autobús pasaba con un intervalo de quince minutos, pero se estaba retrasando y yo comenzaba a impacientarme. Iba a llegar terriblemente tarde y todo el mundo iba a odiarme por ello. Estaba en el centro de Albeida, rodeado de unos edificios que nunca me habían gustado demasiado y que cada vez parecían más sucios y descuidados, como las calles. Ya no se ponía cuidado en nada de lo que se hacía. Para colmo, la débil luz del otoño y el cielo gris hacían que todo se viera triste y apagado. Un día de mierda.

Cuando ya parecía que no iba a llegar nunca, apareció un vehículo rojo y destartalado. Hacía años que no renovaban la flota de autobuses. Me senté entre una viejecita y un hombre serio con bigote. El trayecto daba la vuelta a toda la ciudad y yo ya estaba seguro de que habrían empezado sin mí.

A mitad de viaje solté una maldición y la vieja me miró raro. ¡Me había olvidado de comprar flores! Era muy difícil encontrar una floristería abierta en la ciudad y las pocas que quedaban estaban en el centro. Habría tenido que bajar y coger otro autobús, pero no podía permitirme aumentar el retraso.

Por fin llegamos a uno de los barrios altos de Albeida. Durante el trayecto se habían subido muy pocas personas y yo no conseguía recordar la última vez que estuve en un bus completamente lleno. Una señora que llevaba un ramo de tulipanes en la mano se bajó a la vez que yo.

Cuando todo empezó, mi padre y yo íbamos a menudo a aquel lugar a dejar flores para mamá en el monumento que construyeron. Él lloraba cada vez que lo hacía y no tardamos mucho en dejar de ir. Volví a ir alguna vez, generalmente en el aniversario de la llegada. Nunca antes se me habían olvidado las flores. Volví a maldecir.

Justo antes de atravesar las puertas del recinto vi a unos muchachos del barrio vendiendo flores a despistados como yo. Tenían unos cuantos manojos de rosas cortadas de algún sitio sobre un cajón de madera. Me acerqué al precario puesto y me vendieron un hato por unas pocas monedas. Después pude atravesar las puertas metálicas del cementerio algo más tranquilo con mi conciencia.

Era un lugar tranquilo, quizá el único lugar de Albeida que apenas había cambiado. Al fin y al cabo, los cementerios siempre han sido un remanso de calma. Lo que ocurría ahora, lo verdaderamente estremecedor, es que toda la urbe estaba casi vacía de vida. El cementerio lo había invadido todo.

Caminé todo lo rápido que me permitía el respeto hacia los muertos y al cabo de unos minutos alcancé el monumento a los caídos de los primeros días: un sencillo monolito de alabastro en un pequeño recinto alfombrado de flores. Me detuve unos segundos y dediqué unas pocas palabras a mi madre; pero no era aquel el motivo que me había llevado al cementerio. Esta vez el nicho era mucho más corriente porque, en esta ocasión, la muerte no había llegado en la noche de la mano de seres inexplicables, sino en plena mañana. Había sido una muerte como las de siempre.

Cuando al fin llegué, los operarios terminaban de sellar la tumba y colocaban la placa de piedra con el nombre y las fechas. Casi todos los invitados al funeral se había marchado y el sacerdote ya había hecho su discurso, pero aún quedaban algunos familiares para ponerme cara de reproche. Él nunca había sido creyente, pero su familia había insistido y, al fin y al cabo, eran ellos quienes pagaban buena parte del sepelio. Traté de no entablar contacto visual con nadie. Yo, siendo quien era, era el único que no había acudido vestido de negro y las miradas acusadoras ya empezaban a tenerme harto. Dejé el ramillete de flores y después crucé los brazos. Mi padre había muerto.

Respiré profundamente un par de veces y cerré los ojos. Es curioso el aroma de los cementerios. Huelen a tierra, a flores en descomposición y a silencio, pero no a muerto. Por mi cabeza pasaban los últimos años de mi padre, cada vez más de espaldas a la vida. Entre respiración y respiración sentía la humedad en el aire hasta que la fuerza de un trueno rompió aquella calma. Las gotas de lluvia comenzaron a empaparme mientras yo seguía con los ojos cerrados. Un paraguas me cubrió en ese momento.

—Lo siento mucho, Yago —Era la voz de Diana. Debía de haber cogido un día de asuntos propios en la facultad.

—No importa, era cuestión de tiempo.

Abrí los ojos y me acerqué a ella para refugiarme bajo su paraguas. Ella siempre había sido más previsora que yo. Vestía un abrigo oscuro y me miraba con sus ojos verdes, tristes y comprensivos en los que se

reflejaban los míos. Ni siquiera la muerte de mi padre había hecho que yo fuera capaz de derramar una lágrima y me sentí culpable por hacerle sentir preocupada. Sonreí a medias.

—Gracias por venir hasta aquí, de veras. No tenías por qué.

—No importa. Oye, ¿te apetece un café? Así nos ponemos al día…

—Lo siento, Diana, pero he dejado a Ida con mi tía y debería volver lo antes posible.

—Ah, lo entiendo —respondió ella, con algo de decepción en su voz.

Salimos del camposanto los dos juntos, encogidos bajo su paraguas. Ella era algo más pequeña que yo, así que me cedió el mango para que lo sujetara. Las perneras de los pantalones se nos mojaban con los charcos que habían empezado a formarse en los caminos de gravilla. Nos despedimos en la puerta. Pero ella se giró de nuevo hacia mí justo cuando nos acabábamos de separar.

—Escucha, Yago, he venido en coche. ¿Quieres que te acerque a casa?

—¿No te coge muy a desmano?

—¡No, no importa! Y no te puedo dejar aquí bajo la lluvia, vamos.

La acompañé hasta su coche. Era un deportivo grande, de color plateado. Un vehículo bastante práctico que lo mismo servía para moverse por la ciudad que para viajar. El maletero tenía buena capacidad y ella siempre lo llenaba hasta arriba de todo tipo de trastos. Me senté a su lado y me coloqué el cinturón mientras ella lo arrancaba. Sobre el capó se oía el repiqueteo de la lluvia.

Condujo unos minutos en silencio y yo miraba por la ventanilla, distraído. En todo ese rato no habíamos visto a nadie por la calle. El limpiaparabrisas cruzaba una y otra vez ante nosotros mientras un viento suave mecía las hojas de los árboles. Lo que había comenzado como un chaparrón había abandonado su furia inicial para convertirse en una lluvia paciente, constante, que pronto lo calaría todo.

—¿Cómo se lo ha tomado Ida? —preguntó sin mirarme, aprovechando un semáforo en rojo.

—En verdad no lo sé. Creo que todo ha sido muy rápido para ella. Cuando llegó del colegio la ambulancia ya se había llevado a mi padre. De todas formas ella ha crecido en este mundo. Creo que se entristeció a su manera, pero no podría asegurarlo del todo.

—Sí… Los niños no deberían tener la muerte tan presente.

—Ni nosotros —dije, y ella asintió.

Después de aquellas palabras volvió el silencio. Yo todavía no sabía muy bien cómo me sentía e intuía que ella lo estaba notando. Hacía meses que no nos veíamos y los dos teníamos parte de culpa. Lo cierto es que podría haber accedido a aquel café, pero no tenía ganas de enfrentarme a ello. Quizá otro día.

El coche giró varias calles y cruzó un canal, donde los patos metían la cabeza entre las alas para protegerse de la lluvia. Yo vivía muy cerca del centro, en uno de los barrios viejos de Albeida, para poder ir andando al trabajo tras dejar a Ida en el colegio. Ya apenas llovía, pero el cielo seguía nublado. La humedad había invadido las calles, oscureciendo las fachadas de los edificios. Muchos edificios, abandonados, exhibían enormes manchas verdes de musgo. Diana rompió de nuevo el silencio.

—Perdona, no te he preguntado por cómo lo llevas tú…

—Bueno, bien, creo. En fin, hacía muchos años que mi padre ya no quería vivir, eso lo sabes… Al final lo hizo con una cuerda, después de llevar años tratando de matarse lentamente. Lo más seguro es que tarde o temprano sus pulmones o su hígado habrían dicho basta. —Me di cuenta, tarde, de lo duramente que estaba hablando de él y no me reconocí en mis palabras. Yo siempre había querido a mi padre. Nunca me había dejado de lado y mientras yo lo necesité hizo todo por controlar la pena que lo devoraba por dentro. Pero últimamente estaba claro que ya no podía aguantar más en este mundo que le había arrancado a su mujer y a su hija pequeña. Necesitaba irse y encontrar la paz.

Diana también se debía de haber dado cuenta de la dureza con la que yo hablaba, porque apartó la mirada de la carretera para mirarme durante un instante y en sus ojos pude ver que sentía pena por mí.

—Era un gran comunicador, Yago.

—Sí. Y un gran divulgador, también. Esta mañana todo el mundo hablaba de él en la redacción, todo buenas palabras. Normal, tantos años al frente de la sección de ciencia. Todo el mundo lo quería, lograba hacer amigos en cualquier sitio —dije, y me reconcilié con mis palabras.

Detuvo el coche al llegar a mi calle y yo abrí la puerta para bajar, pero antes de que lo terminara de hacer ella me puso su mano en el hombro.

—Espera un momento. ¿Qué tal el viernes por la tarde? ¿Podrías compartir un café? ¿Qué dices?

Sabía que Diana no iba a rendirse en lo de ponernos al día. Lo medité durante unos instantes: había apuntado a Ida a clases de dibujo en el colegio dos días a la semana y eso significaba que el viernes no tendría que ir a buscarla hasta más tarde. Finalmente asentí.

—¿En la cafetería de siempre?

—¡Claro! —respondió ella, con una amplia sonrisa que iluminaba su rostro.

Subí a casa y encontré a Ida sentada en la mesa de la cocina comiendo sin ganas una manzana. Mi tía, mientras tanto, fregaba los

platos.

—Tía, deja eso, ya me encargaré yo dentro de un rato. No te preocupes más —dije, algo irritado.

—Ay, tranquilo hijo, si solamente son cuatro cacharros, además, ya casi he terminado.

Abandoné el maletín sobre la mesa y me dejé caer en una de las sillas sin ni siquiera quitarme el abrigo. La niña había dejado la manzana a un lado, apenas mordisqueada, y ahora me miraba con expresión curiosa.

—Hola Ida, ¿qué tal fue hoy el cole?

—Hola Yago, ¡bien! Hemos empezado las divisiones con decimales. —Era una niña seria, pero siempre se entusiasmaba por las cosas nuevas. Mi tía Bea le echó una mirada de reproche, no le gustaba que la niña no me llamara papá, pero lo cierto es que yo nunca le había pedido algo así y, además, tampoco llevaba conmigo tanto tiempo.

—¿Quieres que te prepare algo? Te veo muy cansado… —Me preguntó mi tía, cerrando el grifo y quitándose los guantes de goma.

—Tranquila tía, ya has hecho suficiente. Y yo no tengo hambre hoy.

—Lo entiendo, cariño. Entonces, me voy.

Yo me levanté y le di un beso en la mejilla. La hermana de mi padre había sido lo más parecido a una madre que yo había tenido desde el día en que ellos llegaron. Había insistido en ayudarme con Ida en cuanto la traje conmigo a casa. Yo valoraba mucho su presencia, en un mundo en que todos habían perdido tanto, era bueno poder contar con alguien. La acompañé hasta la puerta de casa y la despedí con otro beso.

La casa había quedado en silencio. Ida se había puesto a hacer los deberes en la mesa del salón y yo me había sentado en el sofá sin saber muy bien qué hacer, aunque seguro de necesitar reposo. Mi padre y yo nos habíamos mudado a aquel piso a las pocas semanas de que todo empezara. Necesitábamos dejar atrás, huir de tanto dolor, y el precio había dejado de ser un problema cuando de repente hubo tantos pisos vacíos. En nuestro caso la compra fue baratísima, pero por lo general ya ni siquiera había compra, pues no quedaba quien reclamara la propiedad. Había, al menos, el doble de viviendas disponibles que familias en la ciudad.

Era un apartamento viejo, con un salón amplio y tres habitaciones. Años de vivir en él lo habían convertido en un hogar cálido y acogedor en el que sentirse seguros. Las paredes del salón estaban rodeadas de estanterías con libros y había un pequeño televisor que casi nunca encendíamos. También un sofá, dos cómodos sillones y un ventanal con vistas a la calle.

Me senté al lado de Ida para ayudarle con las tareas de

matemáticas, más por distraerme que porque realmente lo necesitase. Cuando acabamos, ella sacó su cuaderno de dibujo y yo me di una ducha. La tarde se nos pasó así, la niña inmersa en su rutina y yo perdido en mi propia inquietud.

Tras intentar concentrarme en la relectura de un libro, me rendí y encendí el televisor. Cambié de un canal a otro sin decantarme por ninguno. Me preguntaba qué era lo que me tenía tan turbado. No podía ser la muerte de mi padre, algo que desde hacía tiempo había aceptado como una posibilidad. Tampoco que Ida no hubiera mostrado ninguna reacción; había un abismo entre la gente de mi tiempo y la del suyo, los niños de entonces habían nacido en un mundo tomado por la muerte y necesitaban desarrollar la forma de protegerse de ello. Al fin llegué a la conclusión de que todo era por Diana y aquel maldito café.

Cuando me lo propuso, en su coche, noté que me hablaba con una ligera condescendencia y eso me cabreaba sobremanera. Quedar con ella significaba enfrentarme a la idea que ella tenía de mí. Permitirle juzgar mi actual trabajo, mi vida de ahora.

La voz del estridente presentador de un concurso televisivo me trajo de vuelta de mis pensamientos. Unos cuantos tipos intentaban ganar algo de dinero a cambio de ser humillados durante un rato. La televisión, como los cementerios, seguía siendo la misma de siempre, al menos durante el día.

El aullido de una sirena recorrió toda la calle, todas las calles de la ciudad. Pero ni Ida ni yo nos inmutamos. Ella estaba obsesionada en dibujar un perro que había visto pasar al lado de la valla verde del colegio, pero no terminaba de estar contenta con cómo le salían las orejas. El presentador despidió el programa y entonces comenzó la programación vespertina. Todo era grabado, reposiciones, vídeos musicales. Por supuesto, por la noche no había nadie a los mandos de la emisión.

Otra sirena sonó a la media hora y otras tres después, cada diez minutos. Estaba anocheciendo. Sonó la última, la más fuerte de todas, como una alarma de guerra nuclear. Ya no volvería a oírse ninguna otra hasta la que avisaba de la llegada del amanecer.

Cuando terminó con el perro, Ida fue a su cuarto a ponerse el pijama y poco después entré yo. Cerré sus persianas y le deseé buenas noches. Yo me fui a mi cuarto también, pero dejé las mías abiertas.

Como cada noche desde la primera, crucé mis brazos y pasé unos largos minutos mirando a través de la ventana. Por la calle ya caminaban ellos, sin rumbo: los gigantes de color blanco y ojos de negra oscuridad. Como todas las noches los miré con odio pasearse por nuestro mundo como si también fueran parte de él. Los odiaba por haberme robado a mi madre y a mi hermana, por habernos dejado sin

noche y porque hasta de día, cuando ellos no estaban, invadían nuestros pensamientos.

Desde el cuarto de al lado se oía la respiración suave y acompasada de la niña. Ella nunca había demostrado tener miedo por ellos, aunque es posible que lo estuviera reprimiendo. De todas formas, era de las mejores de su curso y tenía amigos, aunque no muchos. Sus dibujos no eran oscuros. «Increíblemente, está bien» había dicho la psicóloga del programa gubernamental de adopciones, en una época en la que nadie lo estaba del todo.

Dirigí una última mirada a los seres blancos. Había jurado resolver el misterio cruel que los envolvía, pero desde hacía tiempo dudaba de si eso era posible. Me acosté y dormí sin sueños.

CAPÍTULO 2

Cuando llegué a la cafetería en la que había quedado con Diana me di cuenta de que era demasiado pronto. Desde que me despertara la sirena del amanecer, había estado todo el día como acelerado. La jornada en el trabajo me había parecido eterna, hecho un manojo de nervios como estaba.

La cafetería era algo presuntuosa, pero tenía su encanto. Estaba situada cerca del campus universitario y lo mismo se podía encontrar a un grupo de ancianas jugando a las cartas, que a jóvenes alumnos de filosofía debatiendo los clásicos. Las paredes estaban llenas de murales de personajes de la literatura, el cine o el teatro y contaba con una pequeña y desordenada librería. Eso sí, el hilo musical era siempre horrible. Cuando entré no había nadie aparte de la camarera de siempre; le pedí un café y me senté en una de las mesas a esperar a Diana.

Hacía tiempo que no pisaba aquel barrio y la calle me pareció demasiado vacía para esa hora de la tarde. Lo cierto era que, desde el gran desastre que provocó la llegada de ellos, la población no solo no se había recuperado, sino que había descendido dramáticamente. Durante los primeros días los encuentros con los seres blancos provocaron cientos de millones de muertes a nivel global. Después sobrevino una gran crisis, con gobiernos que caían al no poder hacer frente a la nueva situación, desabastecimiento, hambre, epidemias y más muertes. Desde hacía unos años podía decirse que las cosas se habían estabilizado y todo funcionaba a medias, pero la forma de ver la vida había quedado trastocada. Algunos, como había hecho mi padre, renunciaban a seguir viviendo. Otros apenas salían de casa, con miedo a las calles que por las noches se llenaban de seres incomprensibles. A los encierros y las muertes trágicas se sumaba el hecho de que la natalidad había descendido a su mínimo histórico: había que estar loco para traer a un niño a un mundo así.

Removí por enésima vez la cucharilla del café y di otro trago. Se había quedado frío. Justo en ese momento entró Diana. Llevaba su cartera colgando del hombro y parecía algo cansada, con el cabello castaño sujeto en una coleta. Me saludó con la mano y me indicó con gestos que iba a pedirse algo a la barra. Al poco rato vino hacia donde yo estaba con un botellín de cerveza, dejó sus cosas en la mesa, me dio dos besos y se sentó frente a mí.

—Día duro —dije, tratando de dejar que ella fuera la primera en contar.

—Sí. Vengo de una clase con los de primero. En serio, Yago, yo no sé qué les dan. Están en la universidad, pero a veces parecen críos de colegio. En fin, ¿cómo estás?

—Bien, todo bien.

—Te lo pregunto porque el otro día me dejaste preocupada. Creo que nunca te había visto así antes.

—Así… ¿cómo? —Lo sabía, sabía que no tardaría en cargar contra mí, a empezar a juzgarme, aunque ella fuera la menos indicada para hacerlo.

—Estabas apático, Yago Y tú no eres así, nunca has sido como los demás en eso.

Verdaderamente me dolía que Diana me estuviera arrojando aquellas palabras. Nos conocíamos desde primero de carrera, hacía diez años. Los dos nos habíamos metido allí buscando respuestas, ella también había perdido a mucha gente y ninguno de los dos creíamos en las soluciones fáciles. Pasamos juntos muchas noches de estudio. Ella vivía con un par de compañeras de piso y a veces yo iba a su casa o ella a la mía y, claro, debíamos quedarnos a dormir si la cosa se alargaba. Juro que al principio para mí solo era una compañera de estudios, pero también era alguien que me comprendía mejor que cualquier otra persona. En aquella época nos acostamos un par de veces, pero la cosa no llegó a más. Después de licenciarnos fuimos, eso sí, compañeros de trabajo inseparables. Yo conocí a otras personas y ella también. Ella llevaba un par de años con otro profesor de la facultad, Félix. Todo aquello pasaba aceleradamente por mi cabeza y yo traté de controlar la rabia.

—Creo que todavía estaba asimilando lo de mi padre —mentí, tratando de quitarle hierro al asunto, aunque no sonó demasiado convincente— sí, creo que todavía estoy en ello.

—Vale… sí, tienes razón. De verdad, lo siento mucho Yago

Ella miraba a través de su botellín de cerveza, como buscando respuestas en una bola de cristal, parecía querer tender un puente hacia mí pero no encontraba la forma de hacerlo. Me aclaré la voz.

—Oye, ¿y tú cómo estás? Hace tanto que no nos vemos…

—Estoy bien, Yago. Últimamente no tengo tiempo de aburrirme, demasiado trabajo. Eso me deja poco para mí, pero estamos logrando grandes avances.

—Me alegro. ¿Todavía sigues con aquel químico... cómo se llamaba?

—¿Félix? —Diana soltó una carcajada tras decir su nombre. Era una risa clara y cantarina, como un manantial de agua fresca. —No… ¡No! Al final no nos supimos entender, simplemente no funcionaba.

—¡Químicos!

—¡Sí, químicos!

Los dos nos reímos y por primera vez en mucho tiempo noté su mirada de complicidad. Pasamos un rato hablando de los viejos tiempos en los que habíamos sido estudiantes, de los profesores y de los compañeros. Nos habían pasado infinidad de cosas desde entonces y habíamos olvidado algunos nombres. Fui a la barra a por otras dos cervezas y cuando volví me di cuenta de que la barrera entre los dos ya no era tan densa.

—¿Qué tal te va con Ida, señor papá?

—Bien. Ya sabes… A veces puede ser algo fría, no es lo que la mayor parte de la gente entiende por una niña encantadora, pero he empezado a entender su forma de querer. Y es despierta, Diana, e inteligente, tremendamente inteligente. Desde hace un tiempo que le ha dado por el dibujo.

—¿Sí? ¿Y qué dibuja?

—Todo tipo de cosas. Aprende rápido y creo que tiene talento de verdad. Puede pegarse horas en la mesa entre cuadernos y lápices de colores. La he apuntado a unas clases que ofertaban en su colegio; de hecho, vengo de dejarla allí.

Diana me escuchaba sonriente.

—Oye, ¿qué edad tiene ahora?

—Según los médicos, nueve o diez años.

—Entonces… ¿todavía no recuerda nada?

—Absolutamente nada anterior al día en que la encontraron. Los médicos dicen que es por el shock post-traumático, que es posible que nunca recupere la memoria o que un día lo recuerde todo de repente.

Ida había aparecido un día en mitad de la carretera, en el extrarradio de la ciudad. La encontró a primera hora de la mañana una pareja de policías mientras deambulaba sin rumbo, desnuda y sin saber cómo se llamaba ni quiénes eran sus padres. La teoría que manejaron los agentes es que los padres de la niña vivían por la zona, que alguna razón los hizo salir de casa demasiado pronto y habían sido presa de los seres blancos. Después la niña habría salido a buscarlos y el miedo que había pasado le había hecho bloquear todos los detalles de su vida anterior. Más allá de esa teoría, era imposible saber lo que había pasado realmente.

Desde la llegada de los seres blancos muchos niños se habían quedado huérfanos, hasta llegar a un punto de ser un verdadero problema social. El gobierno se había visto obligado a promover un sistema de adopción exprés que rebajaba al mínimo las condiciones para ejercer la tutela de un menor. Lo vendían como una medida revolucionaria, pero lo que realmente buscaban era sacudirse el problema de encima lo antes posible. En cualquier caso, eso me permitió adoptar a Ida en cuanto tuve noticia de su historia.

—Vaya. Debe de ser realmente difícil vivir así, sin saber de dónde

viene una misma…

—Sí… Oye, tengo que ir ya a recogerla. ¿Te gustaría acompañarme y así la ves?

—Me encantaría, Yago; te acompaño.

Me acabé el botellín de un par de tragos. Había logrado tranquilizarme y sentirme algo más a gusto con Diana, pero ella todavía parecía nerviosa y no dejaba de mirar de un lado para otro y tamborilear sobre la mesa.

—¿Ocurre algo?

—Sí… Tengo que decirte algo importante. Finalmente, nos han cancelado el proyecto.

En el fondo sabía que era cuestión de tiempo que aquello ocurriera, pero eso no hizo que me enfadara menos. El proyecto Prometeo había sido mi vida durante tres años hasta que salí de él hacía más o menos uno. Nuestra facultad lo había conseguido del gobierno compitiendo con muchos otros equipos. Era el proyecto oficial encargado de investigar a los seres blancos y, como hizo el titán Prometeo con la humanidad, debía entregarnos una antorcha para reconquistar la noche. Sin el proyecto, que era pionero a nivel mundial, no quedaba ninguna esperanza.

—Pues nada. ¡Se acabó! ¿Y eras tú la que me criticaba por apático hace un rato?

—No me ataques, Yago. Ese proyecto también era muy importante para nosotros.

—Pues dudo mucho que hayáis hecho gran cosa por defenderlo.

Ella me miró dolida, pero mi expresión crispada no cambió por ello. Éramos los dos mejores físicos teóricos de la facultad, de los mejores del país, y habíamos conseguido rodearnos de un equipo multidisciplinar que incluía matemáticos, astrofísicos, biólogos, químicos, psicólogos, filósofos, historiadores, antropólogos y hasta un teólogo. Todo por averiguar la naturaleza de aquellos gigantes blancos.

—Sabes que no es así…

—¿Ah, no? ¿Lo habéis defendido como lo defendisteis cuando se empeñaron en bajarnos el presupuesto? ¡¿Cómo me defendisteis a mí?!

—Yago, por favor, no grites. Te obsesionaste con ello. ¡Y todavía sigues obsesionado! ¿No te das cuenta? Los últimos meses los pasaste en el laboratorio sin salir nunca, a veces se te olvidaba hasta dormir durante días.

Yo me sentía muy irritado. Sabía que todo lo que Diana estaba diciendo era cierto, pero aquellas verdades solamente lograban que me doliera todavía más. Me habían apartado de la dirección del proyecto y después ya no fui capaz de seguir trabajando en la

universidad. Por eso me fui y tuve que pedir trabajo en el único lugar donde lo tenía asegurado por ser hijo de quien era, mientras seguía la investigación por mis propios medios. Pero no había logrado gran cosa y mis pocas esperanzas estaban en que el proyecto lograra salir adelante sin mí. Y ahora, después de ese tiempo, Diana venía a decirme que todo había acabado.

—Sí, me obsesioné, pasé horas trabajando. Igual que tú. Y al final… para nada. —Me derrumbé.

—No, eso sí que no te lo consiento. Puede parecer poco, pero todo lo que hoy en día se sabe de ellos es gracias a nosotros. Logramos averiguar que no aparecen en aquellos lugares en los que no hay seres humanos cerca, el tiempo que tardan en hacerlo, sus tamaños y morfologías posibles, su atracción por las emociones y patrones de movimiento… Tú lo descubriste; eras brillante, Yago.

Yo no podía mirarla. Cada una de sus palabras me dolía más que la anterior. Ella seguía en la universidad. Había sido capaz de seguir trabajando después de que el proyecto se terminara para ella, y yo no. No podía perdonárselo. Respiré durante unos segundos y finalmente la miré. Había hablado con los ojos brillantes y parecía que se había dado cuenta de que me había dañado.

—Oye… escucha, da igual. Creo que será mejor que dejemos esto por hoy. Tengo que ir a buscar a Ida —dije, mientras sacaba la cartera para pagar. Estaba empezando a sentirme como una mierda y quería irme de allí lo antes posible.

—Entonces, ¿no quieres que te acompañe? —Me preguntó ella mientras se levantaba y volvía a coger sus cosas. Con el enfado había olvidado que se lo había propuesto y lo cierto es que Ida se alegraría mucho de verla después de tanto tiempo. Hice un esfuerzo por tragarme el dolor y el orgullo mientras me dirigía a la barra para pagar.

—Sí. Vente conmigo.

Caminábamos sin intercambiar una sola palabra por una de las principales calles de Albeida. En el suelo se acumulaban las hojas que nadie barrería en semanas, a pesar de que en esa parte de la ciudad seguían ocupados casi todos los edificios y, si no fuera por los altavoces colocados en una de cada tres farolas, el ambiente podría recordar al de los viejos tiempos.

Pasamos en frente de una iglesia de barrio. Cuando llegaron ellos muchas religiones no supieron explicar su existencia recurriendo a sus libros sagrados y entraron en crisis, perdiendo miles de fieles. Del cristianismo, por ejemplo, había surgido una rama conocida como la «Antiquísima Iglesia de los Sagrados Ángeles Blancos del Señor» que rendía culto a aquellos seres que aparecían cada noche. En Albeida era ya la secta mayoritaria, pero había otros grupos que competían con

ella y que tenían distintos orígenes, como la «Sociedad de Amigos de los Intraterrestres» o el «Círculo Nueva Luz». La mayoría basaba su actividad en sesiones de lo que podríamos llamar terapia de grupo para aceptar la nueva realidad de una forma no traumática, pero había otras verdaderamente peligrosas. En este caso, el viejo templo católico había sido reocupado por la nueva «Antiquísima Iglesia» y un muchacho vestido de traje y corbata repartía panfletos y sermoneaba a quienes pasaban ante su entrada.

Su presencia era comprensible en cuanto a que lograban dar una respuesta fácil a los temores y desesperanzas de la gente, pero era desolador saber que el gobierno prefería potenciar estos movimientos antes que la investigación científica del fenómeno. De todas formas, en todos estos años la ciencia se encontraba tan cerca de una respuesta a la naturaleza de los seres blancos como cualquiera de esos grupos de desesperados.

El colegio estaba cerca de nuestra casa. Poco más de medio centenar de niños acudían a sus aulas. Cuando Ida nos vio esperándola en el patio, corrió hacia nosotros mientras arrastraba su mochila roja con ruedas.

—¡Hola Yago! ¡Hola Diana!

—¡Así que te acuerdas de mí! ¡Pero mírate, Ida, estás ya hecha toda una mujer, has crecido un montón! —Lo cierto es que yo no tenía la sensación de que la niña hubiera crecido mucho en aquel año, pero claro, cuesta ver los cambios en una persona cuando se vive con ella.

Ida sonrió y después me miró como buscando una explicación a que Diana estuviera allí con nosotros. Yo simplemente me encogí de hombros y ella me guiñó el ojo: aquella niña era rematadamente avispada. Comenzamos a caminar hacia casa.

—Vamos, cuéntame. ¿Qué has aprendido hoy? ¿Tienes muchos amigos? —Le preguntó Diana. Yo había cogido la mochila de la niña y caminaba al lado de las dos, en modo automático.

—Hemos hecho simulacro de alarma… otra vez —respondió, fastidiada. —¿Vas a venir a cenar con nosotros?

Sabía perfectamente lo que significaba aquello, que Diana se quedara a dormir en casa. Estaba seguro de que Ida se lo había preguntado a sabiendas. Hacía mucho que una mujer que no fuera la tía Bea venía a nuestra casa. Maldita niña, se había dado cuenta.

—No, de hecho, me tengo que ir ya o no llegaré a la mía a tiempo. Ha sido un placer volver a verte.

—¡Jo! Bueno, ya nos veremos.

Diana dio un abrazo a la niña y después se giró hacia mí y me dio un beso en la mejilla.

—Cuídate, Yago Es… es genial lo que estás haciendo con ella.

Yo me quedé parado y después asentí, como si me acabaran de

despertar.

—Sí… Gracias. Cuídate tú también.

Nos abrazamos y Diana se fue por una de las calles principales, cargando con su cartera. Yo quedé profundamente aliviado y, a la vez, inquieto. Se acababa de marchar y de pronto volví a sentir ganas de verla. Por otro lado, seguía sintiéndome herido. La noticia del final del proyecto Prometeo había sido un misil directo contra mi línea de flotación, pero creo que por fin entendí que ella no tenía la culpa. Diana, como yo, se había limitado a seguir adelante con su vida y sus esperanzas. Es posible que pudiéramos retomar nuestra amistad.

Iba a cerrar la puerta de Ida tras acostarla cuando la niña me llamó.

—Yago.

—Dime, ¿querías algo?

—¿Puedes acercarme el libro del escritorio?

Entré a su habitación; ella había encendido la luz de su mesilla.

—¿Vas a leer? Mañana tienes clase…

—Un poco, por favor, Yago

Me miraba desde la cama con sus ojos grandes. No era una niña consentida. Había hecho la petición con el tono educado y serio que la caracterizaba. Fui hasta su escritorio y cogí el libro. Era una colección de leyendas populares que había sacado de la biblioteca del colegio.

—Está bien. Pero no hasta muy tarde, eh —dije, y le acerqué el libro.

—Gracias, Yago Oye… tía Bea dice que el abuelo ahora está en el cielo, que los seres blancos se lo han llevado.

En ese momento lamenté no haber tenido antes una buena conversación con ella sobre todo el asunto de la vida y la muerte. Mi tía siempre había sido una cristiana devota pero, tras el incidente, su parroquia se convirtió a la Iglesia de los Ángeles Blancos y, cuando yo no estaba, debía de tratar de meter aquellas ideas en la cabeza de la niña. Lo hacía sin ninguna mala intención, seguramente pensando que le estaba haciendo bien, aunque a sabiendas de que a mí no me gustaría. Eso me molestó un poco.

Pero Ida nunca había sentido ningún miedo por los gigantes que aparecían cada noche. La mayor parte de la gente cerraba sus persianas para tratar de olvidar su existencia y dormir en paz. Yo los miraba con odio, pero también sentía terror. Ella, sin embargo, nunca evitaba hablar de ellos y cuando lo hacía no había ni siquiera una ligera sombra de miedo en su voz, como si fueran la cosa más natural del mundo. Cuando vino a casa, alguna noche la sorprendí tratando de salir a la calle y tuve que convencerla de lo peligroso que era eso y ponerme serio con ella para que dejara de intentarlo. No, no sentía miedo, pero creo que tampoco la ciega fascinación religiosa de mi tía.

Creo que todo se debía al hecho de que no recordara nada anterior a la pérdida de sus padres.

—¿Y tú lo crees?

Ella negó con la cabeza, mientras abría el libro encima de sus piernas.

—No… Porque yo sé lo que son.

—¿Sí? ¿Y qué son? —Sonreí. A pesar de todo seguía siendo una niña inocente.

Ida me miró extrañada, como si le hubiera preguntado de qué color era el cielo, como si de repente le sorprendiera que pudiera ignorar algo que para ella era tan evidente. No puedo describir que sensación me dejó aquella mirada. Ella fue a abrir la boca para responderme, pero parece que no supo cómo hacerlo, porque volvió a cerrarla y movió los ojos, como pensando.

—No sé las palabras para decirlo.

No supe qué responder. En ese momento un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Pudiera ser que…? No. Hice desaparecer aquellos pensamientos de mi mente; se trataba simplemente de la fantasía de una niña. Le acaricié el pelo, le deseé buena lectura y cerré su puerta.

Después de eso no logré pegar ojo. Estaba agitado y me molestaban todos los pliegues de las sábanas. Me sentía agotado por tantos días de tensión: la muerte de mi padre, el funeral, el reencuentro con Diana… pero, por otro lado, no lograba quitarme de la cabeza las palabras de la niña.

Lo cierto es que no lograba explicarme a mí mismo por qué la había adoptado. Muchas veces pensé que había sido porque me identificaba con ella. Había perdido a sus padres a manos de los seres blancos; yo, a mi madre y a mi hermana. Yo podía entenderla y cuidarla mejor que nadie, al fin y al cabo, ese era el principio por el que se regía el programa de adopción exprés: juntar vidas rotas para intentar hacer algo con los trozos. Pero con el tiempo empecé a entender que posiblemente solo la había adoptado porque podía serme útil para la investigación y porque me intrigaba; y eso me hacía sentir como un completo egoísta.

Diana tenía razón, me había llegado a obsesionar con el proyecto Prometeo. Cuando conocí la historia de Ida, cómo la habían encontrado a ella sola andando por una carretera al amanecer, pensé que, quizá, ella podría arrojarnos algo de luz al asunto del origen de los seres blancos. Pero a mí me echaron del programa y ella se quedó conmigo. Y empecé a quererla.

Decidí que hablaría seriamente con mi tía. Del día siguiente no pasaba. Le agradecía todo lo que hacía por nosotros, pero era preferible que se guardara sus creencias para ella. Hacía no mucho que habíamos estado de visita en su casa y había colocado en su salón

un cuadro enorme de un ser blanco con los brazos abiertos en actitud acogedora. Era algo obsceno. Además, aquella pintura brillaba como un santo y los que aparecen cada noche, aunque parezcan hechos de luz, no iluminan nada a su alrededor. De tanto cerrar sus persianas por la noche, la gente acababa olvidando cómo eran. Sí, en cuanto amaneciera la llamaría para poner las cosas en su sitio.

Debían de ser las dos de la mañana cuando oí como se abría la puerta del cuarto de Ida. Pensé que estaba yendo al baño y me pregunté si de verdad había permanecido leyendo hasta tan tarde. Me preocupé, si no descansaba, al día siguiente se dormiría en el colegio. Entonces otro sonido me hizo estremecer: era la puerta de casa abriéndose y cerrándose suavemente. ¡Ida estaba saliendo a la calle!

CAPÍTULO 3

Me levanté de la cama como movido por un resorte. Crucé descalzo, a zancadas y sin encender las luces, los metros que me separaban del recibidor y a tientas busqué las llaves. Tras no encontrarlas al primer vistazo, salí corriendo dejando la puerta abierta. La luz del ascensor indicaba que alguien lo había tomado para bajar y que justo en ese momento estaba llegando abajo.

Tuve que bajar las escaleras a oscuras, no tenía sentido mantener la iluminación conectada en un mundo en el que nadie sale ni entra cuando ya ha oscurecido. Sin tiempo para apoyarme con las manos en la barandilla, estuve a punto de tropezar un par de veces mientras no dejaba de gritar el nombre de Ida con la esperanza de que eso la detuviese.

Sentía que con cada latido se me escapaba el corazón del pecho, mientras la imagen de mi padre cargándome en unas escaleras similares no dejaba de acudir a mi mente. Por fin alcancé el rellano, justo para ver como Ida salía por la puerta del edificio.

—¡Nora, no! —Le grité, sin darme cuenta de que gritaba el nombre de mi hermana y no el suyo. Ella no pareció oírme, porque siguió avanzando hasta salir por completo a la calle.

Me invadió un miedo incontrolable y a punto estuve de quedarme paralizado mientras mil imágenes acudían a mi cabeza. Un hombre impotente, medio cuerpo sangrante sujeto por dos gigantescas manos, dos ojos oscuros como pequeños agujeros negros en un rostro blanco y alargado. También gritos, decenas de gritos estremecedores que se mezclaban en uno solo. Un gran grito que invadía toda la ciudad, todos los rincones habitados del mundo. El grito que marcaba el comienzo de una era.

Empecé a sentirme mareado, pero no podía detenerme en ese momento. Obligué a mis piernas a cruzar el rellano hasta la puerta. Ida estaba al otro lado, a unos pocos metros a través del vidrio. Desde donde yo estaba apenas podía ver nada más. Las farolas de la calle habían sido retiradas y solamente la tenue luz de la luna y las estrellas iluminaba la calle. Lleno de pánico abrí la puerta para salir tras ella y en ese momento lo vi a él.

Estaba de espaldas y era enorme. Era sin duda más grande que el que había devorado a mi hermana y a mi madre y parecía que no había visto a la niña, a pesar de tenerla muy cerca. Puse un pie en la calle, mientras mantenía el otro metido en el rellano.

—Ida, ¡vuelve! —rogué en un susurro, mientras le extendía mi

mano.

Esta vez ella sí pareció oírme. Se giró hacia mí y su rostro, antes tranquilo, parecía muy asustado. Entonces el ser blanco se movió. Se giró hacia nosotros y empezó a avanzar lenta pero imparablemente con su gigantesco cuerpo de no-luz.

Yo no dudé más y corrí hacia ella mientras el estómago me daba un vuelco. Debía llegar, llegar antes que él y salvarla. Traerla conmigo de vuelta a nuestro hogar, a nuestro refugio. Todo estaba teniendo lugar demasiado velozmente como para razonar con claridad, pero aun así me di cuenta, conforme avanzaba hacia ella, que no podríamos volver. Las manos del gigante se abrían hacia nosotros proyectadas desde sus larguísimos brazos. Ya casi lo teníamos encima cuando envolví a la niña en mi abrazo. «La protegeré», me grité a mí mismo mientras cerraba los ojos esperando que todo ocurriera lo más rápido posible. Pero después de aquello solo hubo silencio, roto por mi respiración entrecortada.

Tardé todavía unos segundos en reunir el valor suficiente de levantar la cabeza y abrir los ojos. El ser blanco estaba a un paso de nosotros, y con sus cuatro metros de altura quedábamos al nivel de sus rodillas. Desde mi punto de vista su cabeza sin rostro parecía diminuta. Yo temblaba, casi por completo de miedo, aunque también de frío. No llevaba encima nada más que unos calzoncillos y una camiseta que usaba para dormir, y el invierno estaba cerca. En cambio, Ida estaba perfectamente abrigada. Incluso llevaba una bufanda al cuello.

El coloso permaneció unos instantes inerte, como ignorando nuestra presencia. Entonces, simplemente, se dio la vuelta y comenzó a caminar de un modo lento, sin rumbo, como solía verles hacer todas las noches desde la ventana.

Todavía me temblaban las piernas y era incapaz de articular una sola palabra, pero aproveché el momento para erguirme y, cogiendo a la niña del brazo, caminar hacia nuestro portal. Cuando estuvimos dentro y la puerta estuvo cerrada volví a abrazarla o, más bien, me derrumbé sobre ella. Debí pasarme cerca de diez minutos sin parar de llorar como un niño. No había llorado en años y creo que en ese momento lloré por todos ellos. Recuerdo que ella me acarició el cabello de la nuca tratando de consolarme.

Por fin logré recomponerme lo suficiente como para dejar de llorar de esa manera y me limpié las lágrimas con el dorso de la mano. Ida sacó un pañuelo de papel del bolsillo de su abrigo y me lo ofreció. Me soné la nariz con él y me levanté. Todavía no lograba respirar regularmente y me había entrado hipo, pero cogí la mano de la niña y juntos fuimos hasta el ascensor.

En el espejo que había dentro vi mi cara congestionada y mis ojos

muy rojos. La niña parecía tranquila pero muy triste. Nunca antes la había visto así. Evitaba mirarme y en lugar de ello mantenía la vista fija en sus propios pies. Yo tenía un nudo que me apretaba el estómago y no podía hablar, pero quería decirle que todo estaba bien, que los dos estábamos a salvo y eso era lo que importaba; solo fui capaz de apretar aún más su mano. Ella respondió mirándome y apretando la mía también, mientras volvíamos a entrar en casa.

Encendí la luz del salón y me senté en el sofá completamente mareado. Al cabo de un rato, logré caminar a tumbos hasta el baño y devolví la cena. Ida no se apartó de mí ni un solo momento. Volví como pude al sofá sintiéndome enfermo y cansado, muy cansado. La niña estaba de pie a mi lado, mirándome con preocupación. Con un hilo de voz logré decirle que se fuera a descansar a su habitación. Ella negó con la cabeza y se sentó en uno de los sillones con las piernas encogidas, abrazándolas con sus brazos y sin quitarme sus grandes ojos de encima.

Me tumbé y poco a poco fui recuperando el ritmo de respiración normal. Sentía mis extremidades muy ligeras, como tras haber corrido una carrera muy larga. Por suerte aquel sofá era cómodo y amplio, y el sueño que me invadía no tardó en vencerme del todo. Antes de quedarme completamente dormido noté cómo unas manos pequeñas colocaban una manta sobre mi cuerpo.

Nunca recuerdo lo que sueño por las noches. Los investigadores dicen que cada noche tenemos entre cuatro y ocho ciclos de sueño por cada sesión de ocho horas. Aquella noche se mezclaron todas mis pesadillas. Soñé con Ida, con Diana, con tía Bea y su secta de pirados. Soñé con una oscuridad que no tenía fin y en la que solo estaban ellos, sus blancos habitantes. Pero lo último que acudió a mi agitado descanso, antes de que la sirena que avisaba del alba me despertara, fue una antorcha, brillando en medio de aquella noche absoluta.

Todavía en el sofá, Ida se desperezaba a mi lado. Tenía ojeras y bostezaba. Yo ni siquiera quería imaginar que aspecto tendría mi cara. Me dolía la cabeza y, aunque calmado, me sentía como si el día anterior hubiera recibido una paliza. Me levanté con un gruñido y fui hasta mi cuarto para envolverme en una bata de tela gruesa.

Ya en la cocina preparé un café para mí y un tazón de leche caliente con cacao para la niña. Ella entró cargando con su mochila roja.

—¿Piensas ir a clase? —pregunté.

—Tengo que ir.

Se le notaba totalmente cansada y hasta llevaba la misma ropa que había usado la noche anterior para salir de casa. Sin duda había permanecido todo el tiempo que pudo despierta, preocupada por mí, hasta que la venció el sueño.

—No, hoy no. Ni yo iré al trabajo. Nos quedaremos en casa.

Ida consintió, un poco a regañadientes al principio, pero pronto pareció entender que yo no habría sido capaz de llevarla hasta el colegio aquella mañana. Mientras el café caliente me sacaba el frío y el sueño de encima, agarré el teléfono móvil y llamé al trabajo para decir que no podía ir. No les importó demasiado, se había vuelto frecuente que la gente desapareciera o se ausentara a menudo de todas partes y había tan poca gente para trabajar que el despido ya no era una opción disciplinaria. El mundo se movía lento y todo funcionaba a medias. La humanidad como especie llevaba una generación avanzando a rastras.

Después llamé al colegio. Una voz gris de secretaria me respondió que no había ningún problema, aunque parecía algo sorprendida de que lo comunicásemos. Colgué y me dejé caer sobre la silla. Ida había vuelto a la cocina, esta vez en pijama y zapatillas de andar por casa y ahora remojaba unas galletas en su tazón.

No sabía cómo tratar con ella lo que había pasado el día anterior. De hecho, ni siquiera sabía si aquel era el momento oportuno, pero lo que había hecho había sido extremadamente peligroso y debía evitar que volviera a ocurrir. Carraspeé para aclararme la garganta e Ida levantó sus ojos hacia mí.

—Escucha… Sé que eres una niña muy valiente, Ida. Sé que no les tienes miedo. Pero lo que hiciste ayer me asustó mucho. Fue peligroso. No quiero que vuelvas a intentarlo nunca más. Por favor. —Le hablé con mi tono de voz más serio. Y me sentí mi padre.

Ella me miró como si no entendiera y después bajó la vista de nuevo al tazón. Como la noche anterior, parecía profundamente entristecida. Una tristeza ajena a alguien de su edad.

—Pero yo… Está bien, Yago, no lo haré. —Su voz sonaba como si le estuviera negando el más sagrado de los derechos. Como Galileo negando su ciencia ante los altos tribunales de la iglesia. «Y sin embargo, se mueve», parecía que fuera a decir en cualquier momento.

Yo me sentí morir. No entendía nada. Mi cerebro todavía luchaba por recomponer lo que había sucedido la pasada noche. ¿Por qué se había detenido el ser blanco? Deberíamos haber sido devorados, borrados completamente… Traté de alejar aquellos pensamientos hasta un momento en que me encontrase más recuperado. Además, Ida todavía tenía aquella expresión tan triste en su cara.

—Eh, escucha. ¿Qué te parece si ponemos alguna película? Así pasamos la mañana entretenidos.

Ella me sonrió, dejó su tazón en el fregadero y salió al salón. Eligió una vieja película de animación digital, de cuando yo era niño. Los dos teníamos una especial preferencia por el cine previo al día en

que ellos llegaron. La había llevado al cine alguna vez a ver películas más nuevas, pero no parecían gustarle demasiado. Decía que en ellas la gente siempre parecía asustada. Que siempre era de día, cuando en el mundo real también es de noche. Yo le daba la razón en todo ello, pero no podía dejar de pensar en el resto de niños y en si no era mejor que crecieran resignados al mundo que les había tocado vivir, donde no había esperanza alguna de recuperar esa mitad del tiempo que nos habían robado.

Me tomé un ibuprofeno para calmar el dolor de cabeza y vimos la película juntos. Cuando acabó, ella sacó sus pinturas y sus cuadernos al salón y yo me fui a acostar un rato, todavía agotado. Me pasé la mayor parte del día durmiendo. Fue un sueño plácido, esta vez sin pesadillas, reparador.

Llamé a tía Bea para que a la mañana siguiente acompañara a la niña al colegio. Le dije que no me encontraba demasiado bien. Creo que ella lo achacó a la muerte de mi padre, porque me dijo que no me preocupase, que era comprensible estando todo tan reciente. Yo todavía no me sentía lo bastante bien como para volver al trabajo.

Tía Bea vivía relativamente cerca de nosotros y se presentó media hora después del amanecer. Le abrí en bata y zapatillas de andar por casa. Ida estaba en la cocina, ya vestida y terminando su desayuno. Mi tía permaneció unos segundos observándome antes de decirme algo.

—Por el amor de Dios, Yago, ¡mírate! Deberías afeitarte y peinarte antes de abrir a alguien la puerta de tu casa, ¿no crees? ¿Y ese olor es tuyo?

Tenía razón. Me pasé la mano por la cara y la barba me raspó la piel. Tampoco me había duchado, a pesar de que pienso que el día anterior llegué a tener fiebre y había sudado bastante. Ida apareció arrastrando su mochila de ruedas hasta el recibidor y tía Bea la saludó con dos besos.

—Escucha, Yago. Las cosas a veces son así, vienen como vienen. No somos nosotros quienes elegimos quién se va, sino *Él*. Pero hay que seguir, eso lo sabes. Eres un hombre fuerte. Y ahora tienes una hija. —Me dijo mi tía de forma algo dura antes de salir con la niña. Después pareció arrepentirse y antes de partir me dio un abrazo.

Hacía mucho tiempo que no tenía toda una mañana para mí solo y no sabía muy bien cómo matar el tiempo. Comencé por hacer caso a tía Bea y me di una larga ducha. Después me afeité. Tenía los ojos un poco hinchados de tanto dormir pero mi aspecto había mejorado bastante. Después me vestí y estuve un rato leyendo con algo de música *grunge* de fondo. Entre las manos tenía un viejo cuaderno de campo, con anotaciones tomadas durante el tiempo que estuve al frente del proyecto Prometeo.

Me sentía más relajado pero, precisamente por ello, había empezado otra vez a darle vueltas al asunto. Nunca había visto comportarse así a ninguno de ellos, ni ningún testigo de ataque había informado en ninguna ocasión de algo así. Siempre se lanzaban a por las personas dando zancadas con sus largas piernas, para atraparlas y, a continuación, meterlas en los negros agujeros que abrían entre su cabeza y su pecho. Pero éste se había quedado completamente quieto. Me preguntaba si había sido por la niña o por mí. O si en aquel ser en cuestión había algo distinto del resto. Parecía igual que todos los demás: la misma cabeza alargada sin rasgos, el mismo cuerpo blanco, de una luz que no era luz. En aquellos años de investigaciones no habíamos logrado saber de qué diablos estaban hecho, o siquiera si estaban realmente hechos de algo. Los análisis a distancia no aportaban datos concluyentes y era imposible hacerse con una muestra.

Decidí bajar al supermercado a comprar algunas verduras. Sorprendería a Ida con un plato de arroz, quizá eso la alegrara un poco. Me gustaba cocinar, pero nunca tenía demasiado tiempo para dedicarme a ello.

Los supermercados no habían cambiado mucho desde que yo era pequeño. La crisis de producción que sucedió a la noche en que perdimos las noches se había solucionado y las estanterías estaban llenas. Sin embargo la calidad de los productos había bajado muchísimo. La gente se había vuelto muy poco exigente y consumía más por llenar un vacío que por verdadero placer gastronómico. Casi todo venía procesado en paquetes sin que uno pudiera adivinar el origen de cada producto salvo si miraba atentamente la etiqueta. Por suerte, todavía debíamos quedar algunos nostálgicos de los productos frescos, aunque su precio fuera cada vez más elevado. Compré pimientos, calabacines, judías verdes, carne de pollo y un par de refrescos.

Tras dejar las bolsas en la cocina llamé a tía Bea para decirle que yo iría a buscar a la niña al colegio y que me encontraba mejor –era cierto–. Cuando volví a casa con ella preparé la comida para los dos. Todavía tenía los ojos tristes, pero la noté algo más animada y se acabó todo el plato.

Por la tarde, mientras volvía a repasar las notas del proyecto Prometeo, recibí un mensaje en el teléfono móvil: «Espero que sigas teniendo este número, ¿quedamos mañana a las cinco donde siempre?». Era el número de Diana, ella tampoco se lo debía haber cambiado en aquel tiempo. «De acuerdo», le escribí.

capítulo 4

Esta vez fui yo el que se retrasó al llegar. Había mucho trabajo en las oficinas del periódico y me había costado escapar de ahí. Detestaba aquel empleo como recepcionista en días así, en los cuales se volvía especialmente monótono.

Había entrado a trabajar allí porque era lo más fácil. Cuando me expulsaron del proyecto Prometeo no me agradaba la idea de quedarme en la universidad rodeado de todos mis ex colegas, me dolía demasiado. Pero sin duda la recepción de un periódico no era lo mío. Los periodistas que trabajaban allí, aunque no hacían preguntas por respeto a mi padre, tampoco se explicaban qué hacía en ese puesto un científico de alto nivel en lugar de aprovechar su talento. Supongo que pensaban que me había vuelto loco.

Diana también era brillante. Habíamos encontrado en la física teórica una vaga esperanza de poder comprender lo incomprensible. Ella había sido la alumna con más matrículas de nuestra promoción, aunque yo me doctoré antes. Cuando, hace ya cuatro años, pusieron en nuestras manos los medios para el proyecto yo fui nombrado coordinador por un mero formalismo y como concesión a mi mayor antigüedad, pero lo cierto es que los dos habíamos estado al mando desde el principio.

Me esperaba sentada en una de las mesas, distraída con una revistilla cultural y un botellín de cerveza. Me sonrió al entrar y yo le devolví el saludo. Dejé mis cosas apoyadas en la pata de la mesa y fui a por una cerveza para mí y otra más para ella. Estaba fresca y, la verdad, aquel día la necesitaba.

La idea de volver a quedar con Diana de vez en cuando no me parecía del todo mala. Desde hacía un año solamente me ocupaba de Ida y de acudir al trabajo y echaba de menos salir alguna tarde. A tomar un par de cervezas, claro, lo de salir a emborracharme antes del anochecer solo lo había hecho algunas pocas veces, cuando estudiaba y siempre con compañeros de clase. Ahora, la imagen de gente dando tumbos por la calle en plena tarde, especialmente personas jóvenes o desesperadas, me parecía especialmente triste. Pero esto era distinto, echaba de menos tomar algo y disfrutar de conversaciones y risas compartidas con otro adulto.

Hablamos un poco de cómo nos había ido la semana. Diana había tenido bastante trabajo con las evaluaciones. Yo, por supuesto, omití todo lo que había ocurrido con Ida, tan solo le dije que me había encontrado mal un par de días y había aprovechado para dormir y

relajarme. Después hablamos de lo que habíamos hecho aquel último año.

Yo no tenía demasiado que contar, pero había aprendido mucho cuidando de la niña. Nunca antes en mi vida había sentido que otra persona dependiera de mí y eso me había hecho ver todo desde una nueva perspectiva.

—Sientes miedo. Por lo que podrías perder. ¿Verdad? —Diana tenía un hermano pequeño del que tuvo que hacerse responsable desde bastante joven hasta que él creció. Ahora estaba haciendo un máster en pedagogía en otra ciudad.

—Sí. Justo eso. Aprendes a ver los peligros… A mirar las cosas con sus ojos. Sí —dije, y le di un trago a la cerveza.

Después ella me contó que había mantenido durante un tiempo una relación seria con Félix, el coordinador de los químicos del proyecto. Dedicando tantas horas a la investigación era difícil encontrar a alguien que no fuera de la facultad. Se le había pasado por la cabeza hasta proponerle irse a vivir juntos, pero hacía unas pocas semanas ella había descubierto que él había utilizado material suyo en una de sus publicaciones sin citarla.

—Me sentí completamente traicionada. Estaba segura de que no había sido un error, había compartido aquellos avances con él en total confianza y él los había utilizado sin mi permiso. Plagio, Yago, me había plagiado con el más absoluto descaro. Además, no sé… últimamente nuestra relación se había enrarecido demasiado.

—Lo entiendo… vaya, ¿él sigue en la universidad?

—Dejó el proyecto. Pero sí, todavía tengo que verlo por los pasillos, aunque ya no nos dirigimos la palabra.

—¿No le denunciaste por lo que había hecho?

—No… En fin, quería que todo acabase allí y olvidarme de él. ¿Crees que debí haberlo hecho?

Me encogí de hombros.

—Bueno, ¿y tú como lo llevas? No sabía que tenías la ruptura tan reciente.

—Bien… En fin, no sé, paso muchas horas trabajando y eso me mantiene la cabeza ocupada la mayor parte del día. Y el resto del tiempo estoy demasiado cansada como para acordarme del idiota de Félix. Oye, todavía no te he dicho por qué quería que nos viéramos.

—Ah… ¿No era por mi agradable compañía?

Ella soltó una pequeña carcajada. Después negó con la cabeza y su flequillo castaño se movió al hacerlo de una forma encantadora. No era una mujer excepcionalmente bella, pero tenía unos rasgos como de duende, con las orejas separadas, los ojos risueños y la nariz respingona, que siempre me habían parecido muy atractivos. Sonreí

ante su risa.

—No… escucha. El departamento de teórica quiere abrir una asignatura de albología… —Era el nombre que le habían puesto a lo que hacíamos, la disciplina científica encargada del estudio de los seres blancos.

—¿En serio? ¿Separada de la asignatura de cuántica? —No me lo podía creer. Era algo que nos habían estado negando durante años. Para la universidad, tutelada por el gobierno, montar una asignatura así era un auténtico riesgo ante la reacción de la sociedad. Era realmente poco lo que sabíamos del fenómeno de los seres blancos y enseñar lo poco que sabíamos era como declarar abiertamente todo lo que ignorábamos. Seguramente habían tenido que aceptar esa medida para evitar protestas y voces críticas tras la clausura del proyecto Prometeo.

—Sí. Sería únicamente para los alumnos de cuarto, claro. Un programa piloto. Pero si sale bien se podría exportar a otras universidades. La facultad ya ha dado el visto bueno para iniciarlo el semestre que viene.

—Vaya, ¡me alegro un montón, en serio! —dije, y era cierto. Ella también parecía feliz. —No hay nadie mejor que tú para dar esa asignatura, estoy seguro de que superará la fase de piloto.

—Espera, Yago, eso no es todo. Se han apuntado muchos alumnos, prácticamente toda la promoción. El departamento sugirió limitar las plazas por nota pero yo les convencí de que se hicieran dos grupos. Va a hacer falta otro profesor…

—¿Me estás proponiendo lo que creo?

—Sí, Yago. Vuelve a la universidad.

No sabía cómo sentirme. Hacía un año Diana y yo habíamos discutido muy intensamente por la deriva del proyecto Prometeo. Yo quería divulgar nuestro trabajo a toda costa e iniciar un proyecto que requería de una activa participación pública. Era consciente de que para que eso se diera hacía falta un cambio en el enfoque que se realizaba del fenómeno desde las instituciones, pero Diana era más realista. Me dijo que nos jugábamos que nos cancelaran todo el proyecto, incluso que nos metieran en la cárcel por lo que el gobierno consideraría un atentado contra la seguridad ciudadana. Provocamos una división en el equipo, pero no tardé en quedarme solo en mis posiciones. Durante un tiempo incluso pensé que era ella la que había solicitado mi salida. Pero no, lo más seguro es que haya sido yo el que forzó esa situación. En aquellos días hice bastante ruido, mandé algunos artículos a las revistas e incluso concedí algunas entrevistas, yendo en contra de todo el equipo. Para ella tampoco debió de ser nada fácil tener que enfrentarse a mí tal y como yo actuaba.

—Pero, el otro día, tú dijiste…

—Sé muy bien lo que dije. Y no lo retiro. Pero Yago, el otro día, cuando me hablaste de Ida… En fin, no sé, me pareciste distinto a cuando te tuviste que ir. Creo que te ha venido muy bien pensar durante un tiempo en algo que no fuera el proyecto. Por otro lado…

—¿Sí?

—También te sentí algo apático, como en el funeral de tu padre. Creo que todos necesitamos una pasión que mantenga viva nuestra esperanza. Sí, creo que hay riesgo en que si retornas vuelvas a obsesionarte, pero yo también tengo esperanzas. Y una de ellas es que seas capaz de encontrar el equilibrio. Confío en ti.

—Tengo que pensármelo. Además, dependiendo del horario tendría que buscar a alguien para que se ocupara de Ida una buena parte del día. Y ni siquiera sé si seré capaz de preparar la asignatura a tiempo.

—Piénsatelo, Yago. Pero escucha esto: es posible que nosotros no llegásemos muy lejos con el proyecto; nos pusieron demasiadas trabas y partíamos del cero absoluto; pero si logramos trasladar todo lo que aprendimos y todas nuestras ganas a otra generación de investigadores… habrá quien continúe el trabajo cuando lleguen tiempos mejores.

—Tienes toda la razón, Diana. De todas formas, por favor, déjame consultarlo con la almohada.

—De acuerdo, Yago, te dejo unos días para decidirte, pero no más. Tenemos que empezar a preparar la asignatura para poder impartirla en el semestre que viene. ¿De acuerdo?

—Vale. Mierda, se nos ha hecho tarde y tengo que ir a buscar a Ida a clase de dibujo. ¿Te quieres venir? —Le dije algo precipitadamente. Notaba en su cara que no se había tomado muy bien que no le dijera que sí a la primera.

—No, gracias. Hoy tengo cosas que hacer. Cuídate mucho, Yago.

—Lo mismo digo. Te contestaré en cuanto pueda.

Nos levantamos para pagar. Después salimos de la cafetería y nos dimos un abrazo y un beso en la mejilla y seguimos cada uno por nuestro lado.

Tras recogerla de clases fui directamente a casa con Ida. Al llegar, ella me preguntó qué tal me había ido con Diana y le expliqué que me había propuesto volver a la universidad para dar clases. La niña se alegró mucho, dando por hecho que yo le había dicho que sí.

—¿Te gusta Diana? —Me preguntó, sin tapujos.

La pregunta me dejó en silencio. No es que me hubiese sorprendido, y menos viniendo de una niña tan directa como Ida, pero lo cierto es que yo mismo no me lo había preguntado. Siempre hubo algo especial entre nosotros, pero era simplemente amistad, compañerismo. O quizá era lo que yo había querido pensar.

Ciertamente, a pesar del miedo a echarnos en cara el pasado había disfrutado enormemente retomar el contacto después de tanto tiempo.

—No lo sé, Ida. Puede.

Ella se dio por satisfecha con la respuesta y abandonó la carpeta que utilizaba para las clases de dibujo sobre el sofá para ir a la cocina a buscar algo que merendar. Un folio se salió de la carpeta y cayó al suelo.

Al recogerlo vi que era una escena de la noche que había salido de casa, pintada con ceras. En medio de un fondo oscuro, un enorme ser blanco se agachaba hacia nosotros. Yo estaba abrazado a ella y lloraba, mientras ella parecía protegerme del gigante. Era un dibujo infantil, aunque bien realizado. La niña salió de la cocina comiéndose una manzana y a punto estuvo de dejarla caer al suelo al verme con el papel en la mano.

—No se lo he enseñado a nadie —dijo. De nuevo la misma tristeza en sus ojos.

—Tranquila… Escucha, ¿puedes sentarte en el sofá conmigo un momento? Creo que debemos hablar de la otra noche.

Ella obedeció y yo me senté a su lado. Había dejado de comer y ahora miraba hacia el suelo, con gesto culpable. Eso me sentó como un golpe. Pensé que había estado mal haber aplazado aquella conversación tanto tiempo, pero yo mismo necesitaba aclarar mis sospechas.

—Aquella noche pasé mucho miedo cuando oí la puerta cerrarse, Ida. Pensaba que podía pasarte algo terrible, estaba seguro de ello. Entonces te vi en la calle y pensé que debía salvarte de ellos. Corrí hacia ti para hacerlo, pero fuiste tú la que me salvaste a mí, ¿verdad?

La niña asintió sin dejar de mirar al suelo.

—Dime la verdad… ¿Era esa la primera vez que salías de casa?

Ella me miró con los ojos llenos de lágrimas. En el tiempo que había pasado conmigo había llorado muy pocas veces. Apretó los labios para tragarse el llano y movió la cabeza hacia los lados. Yo solo pude abrazarla.

Lo sabía. A ella no le hacían nada. Por alguna razón completamente desconocida los seres blancos la ignoraban sin más. Y con ella a todo aquel que ella tocase. Ida había sido encontrada desnuda en mitad de la carretera al amanecer porque había pasado toda la noche caminando por ella, no porque hubiese salido a buscar a sus padres desaparecidos. Esto que yo deducía ahora abría muchas más preguntas sobre su origen de las que cerraba; quizá, incluso, sus padres siguieran vivos.

En Ida podía estar la clave para entender todo el fenómeno. Me separé de ella y la miré a los ojos, que ya no lloraban.

—Quiero que me lleves contigo.

—Pero dijiste que no debía volver a hacerlo. Y te pusiste tan mal… —Lágrimas otra vez.

—Tranquila. Esta vez no será así, te lo prometo. Quiero que me lleves contigo. Esta misma noche, si tú quieres.

Ella me miró abriendo mucho los ojos. Después sonrió y de pronto era como si toda la tensión que había estado soportando aquellas semanas hubiera desaparecido. Asintió con alegría.

—Sí. Vale, Yago. Iremos —Contestó. Yo volví a abrazarla.

No mucho después sonaron las sirenas. Cenamos poco, ninguno de los dos tenía demasiada hambre. Yo no lo exteriorizaba, pero la impaciencia me devoraba por dentro. Para mí, que de niño solo había caminado por la calle de noche alguna vez que, al ir a buscar a mi madre al hospital donde trabajaba se nos había hecho tarde, la experiencia era casi completamente nueva. Ida y yo íbamos a ser las únicas personas en todo el mundo que aquella noche darían pasos fuera de sus casas.

Nos abrigamos a conciencia. Ella se puso su bufanda y yo unos mitones y un gorro de lana. Cogí una linterna que guardaba en uno de los cajones por si había algún corte de luz. No tenía muy claro la ruta que seguiríamos y además pensaba que el miedo no me permitiría llegar demasiado lejos. Abandonamos la casa pasadas un par de horas desde que sonara la última sirena.

Teníamos suerte de no tener demasiados vecinos. Nadie parecía haberse enterado de lo que había ocurrido pocos días antes, a pesar de mis gritos. Bajamos por el ascensor hasta el rellano. Justo antes de atravesar la puerta del edificio encendí la linterna y cogí a Ida de la mano. Ya no se la soltaría hasta que volviéramos a casa. Ella notaba mi nerviosismo y me la apretaba fuerte. Comenzamos a alejarnos de la puerta poco a poco.

Hacía bastante frío. El invierno ya era una realidad. En esta nueva era para la humanidad aquellos meses eran la peor época posible, pues acortaba los días y la gente estaba obligada a permanecer todavía más tiempo encerrada.

Al principio mis pasos fueron cortos y temerosos, pero Ida se adaptó a mi ritmo. En parte por nerviosismo y en parte por sentir un miedo inconsciente, las piernas me temblaban con cada paso. Mientras avanzábamos yo iluminaba nuestros pasos con el haz de luz blanca que proyectaba la linterna. Entonces vimos uno.

Este era de los pequeños. Apenas alcanzaría los tres metros de alto. Se estaba moviendo por la calle, caminando por la acera como habría hecho un peatón, pero se detuvo cuando lo enfoqué con la linterna. Yo me asusté, pero Ida tiró de mí para que siguiéramos andando. Torcimos una esquina y nos metimos por una de las estrechas bocacalles.

Yo no cabía en mí. Albeida de noche parecía muy distinta. El silencio era completo. La oscuridad lo envolvía todo y daba a los edificios, a las siluetas de los árboles y los coches un aire completamente distinto. No sé en qué momento se me ocurriría, pero miré al cielo y quedé maravillado. No recordaba que hubiera tantas estrellas cuando era pequeño. Una luna creciente irradiaba una tenue luz blanca y a su alrededor había millones de pequeños puntos brillantes. Había leído que, antes de que todo cambiara, la luz de la ciudad impedía que se vieran las estrellas. Ahora, por culpa de los seres blancos, seguíamos sin poder contemplar aquel espectáculo. No había justicia.

—Por esto salgo. —Me dijo Ida al verme mirando hacia arriba y con la boca abierta.

—Lo entiendo. Son preciosas, Ida… Gracias.

Ahora entendía su tristeza de aquellos días. Seguramente se había estado escapando alguna que otra noche desde que llegó y, después de lo ocurrido la otra noche, había tenido que aceptar el no poder volver a disfrutar del placer de recorrer las calles de noche. De aquello de lo que solamente ella era dueña.

Pensé que su tristeza de aquellos días era lo único que entendía de lo que rodeaba a aquella niña. Los pensamientos pasaban por mi cabeza a un ritmo vertiginoso. Pensé en las implicaciones que un hallazgo así tendría en la investigación albológica. Pero debía tener cuidado, pues todo el mundo trataría de ponerle las manos encima a la niña, sin importarles lo que ella pudiera sentir. Había demasiados intereses sobre la mesa. Sí, quizá debía aceptar la oferta de Diana y volver a la universidad para preparar el terreno antes de anunciar el descubrimiento. Si yo volvía a estar a cargo de todo, podría protegerla.

Seguimos avanzando y uno de ellos vino caminando hacia nosotros desde el final de la calle. Era enorme, uno de los más grandes que había visto. Se quedó clavado delante nuestro y solo la seguridad de Ida me mantuvo en el sitio. Era terrible, poderoso, gigantesco. Desde abajo sus ojos parecían dos pequeños puntos negros. Ida se adelantó un paso y alargó su brazo hasta una de sus blancas piernas. Su mano lo atravesó.

—Ahora tú —dijo.

Le pasé la linterna a Ida y extendí una mano temblorosa hacia el ser blanco. Antes de tocarlo tragué saliva y miré a la niña. En medio de la oscuridad no podía ver sus rasgos, pero habría jurado que sonreía. Asintió con la cabeza como invitándome a seguir y yo lo hice. Era una sensación extraña. Como tocar y no tocar nada a la vez. Su cuerpo no era material, pero tampoco podría decir que no fuera absolutamente nada. Luz sin duda no era, porque no sentía calor al

tener mi mano atravesándolo. No encuentro una palabra para definir aquella sensación, pero lo más aproximado sería decir que sentí un hormigueo. Aunque sentir tampoco es el término más apropiado. Comenzaba a entender a qué se refería Ida cuando me dijo que no conocía las palabras para definir lo que ellos eran.

Yo estaba fascinado. Debíamos saber más. ¡Podíamos saber más! Sí, tenía que hacerlo. Retiré la mano del gigante blanco y saqué el teléfono móvil de mi bolsillo. Todavía no era demasiado tarde.

—¿Diga? —Me dijo una voz al otro lado.

—Hola, Diana. Acepto tu propuesta —dije. A dos palmos del ser de no-luz.

Cuando regresamos a casa tras pasear un poco más, yo estaba eufórico y la niña parecía divertida de verme así. La alcé en brazos y di una vuelta con ella, que no paraba de reír.

—¡Venga! ¡Y ahora a dormir, que mañana hay colegio! —dije. Debía de ser tardísimo. Al día siguiente yo llamaría para despedirme del trabajo. Ida fue a ponerse el pijama y poco después fui a darle las gracias por aquella aventura y a desearle un sueño feliz.

Yo me metí en mi cuarto de persianas abiertas y miré por la ventana. Ahí estaban ellos. Esta vez en mi mirada seguía el odio, por habernos robado todas las noches durante veinte años, pero el miedo había sido sustituido por desafío.

—Seguid disfrutando de nuestras calles, cabrones. Ya casi os tengo. —Por fin había esperanza.

CAPÍTULO 5

I Me despedí del trabajo al día siguiente y fui a la universidad a formalizar con Diana mi incorporación. Por el camino, casi sin darme cuenta de por dónde me llevaban mis pasos, pasé por la calle donde me crié con mi familia. Todo seguía más o menos igual, aunque con evidentes signos de abandono. Algunos edificios estaban en ruinas, con los cristales de las ventanas rotos y la pintura desprendiéndose de sus fachadas. Nuestra antigua casa, sin embargo, parecía ocupada y relativamente en buen estado.

Estábamos entrando en diciembre y pasé las siguientes semanas preparando el programa de la asignatura. Debía desempolvar todo el material generado en los tres primeros años de investigación y revisar los archivos del último año, en el que yo ya no había participado. Disponíamos de gente y de voluntad, pero un presupuesto reducido que no nos permitió avanzar gran cosa. Se había profundizado, eso sí, en el estudio multidisciplinar y también habíamos hecho algunos experimentos de re-condicionamiento mental con algunos voluntarios gracias a nuestro equipo de psicólogos. Se había logrado que dejaran de temer a los seres blancos, pero no que dejaran de aparecer en sus calles cada noche, siguiendo una de las hipótesis según la cual los seres blancos podrían estar siendo generados por la mente humana en una especie de materialización de una psicosis colectiva. El experimento continuó hasta que uno de los voluntarios salió de casa en mitad de la noche y desapareció; no se volvió a repetir ningún otro similar.

Diana debía ocuparse de las evaluaciones del primer semestre de sus alumnos de óptica, así que yo realicé casi todo el trabajo de compilación y elaboración de materiales. Recopilar lo poco que sabíamos, así como las problemáticas que nos habían ido saliendo al paso, y presentarlo en un programa coherente para ser impartido, no era una tarea fácil; al principio habíamos avanzado un tanto a ciegas y, ciertamente, nunca llegamos a saber muy bien por dónde íbamos.

Las mañanas las pasaba en mi cuarto, trabajando con mis materiales, o bajaba al archivo que el proyecto Prometeo tenía en la universidad. Después, con el material seleccionado, me iba a la biblioteca de filosofía y letras. Siempre me había gustado trabajar en aquel lugar. A diferencia de la biblioteca de ciencias, que estaba situada en un par de salas no muy bien iluminadas y siempre llenas de estudiantes estresados por llegar a tiempo con sus trabajos, la facultad de filosofía y letras disponía de un edificio entero para su biblioteca, amplio y lleno de luz. Trabajaba rodeado de estudiantes que iban y

venían, que se sentaban a hincar los codos con música en sus oídos o en pequeños grupos de amigos que salían, demasiado a menudo, a fumar y charlar a la puerta.
Las tardes las pasaba con Ida en casa. Ella parecía muy interesada en lo que yo hacía en la universidad. Una vez le pregunté que si, cuando creciera, se querría dedicar a estudiar a los seres blancos. Ella me dijo que no lo necesitaba, que quería ser ilustradora, pero que le gustaba que le contara cómo preparaba las clases. También quería ser profesora, pero de arte.

Cuando Ida tenía clase de dibujo procuraba pasar la tarde con Diana. Al principio sólo íbamos a la cafetería a hablar de cómo avanzaba el trabajo, pero pronto me sorprendí dando paseos con ella por Albeida, hablando cada vez más de nosotros. Me confesó que, a pesar del enfado, me había echado de menos todo ese tiempo. Yo le hablé de la soledad que había sentido alejado de la universidad, sin atreverme del todo a decirle que también era por haber estado alejado de ella. No me había dado cuenta, pero habíamos sido un importante apoyo el uno para el otro durante muchos años. En aquellos momentos de creciente intimidad me habría encantado contarle lo que había descubierto en Ida, pero todavía me frenaba la desconfianza y algo más. Creo que, en el fondo, sentía que contarlo era como traicionar a la niña.

Con ella había llegado al acuerdo de recorrer las noches solo los fines de semana. Al principio no nos alejábamos mucho de casa, pero pronto comenzamos a ir más y más lejos. Algo que me llamó la atención era la gran cantidad de animales que se movían entre las sombras y echaban a correr en cuanto los tocaba la luz de mi linterna. Ya sabíamos que los seres blancos ignoraban a los animales, aunque, al contrario de lo que ocurría con Ida, no a las personas que los acompañaban; pero nunca imaginé que pudiera haber tantos: gatos a decenas, y ratas y ratones los contábamos a cientos. También había bastantes perros, algunas rapaces nocturnas y, en una ocasión, vimos a un grupo de jabalíes pasar corriendo por una calle de las afueras. Me preguntaba dónde se esconderían al salir el sol. Se habían adaptado con rapidez a la falta de seres humanos y habían vuelto a hacer suya la noche.

Pronto comencé a acostumbrarme a caminar muy cerca de los gigantes blancos, aunque nunca logré deshacerme totalmente del miedo. Parecían tan reales y, a la vez, tan ajenos a este mundo… La ciudad era completamente distinta de noche. Las persianas bajadas, los locales cerrados, el completo silencio. A veces íbamos a algún parque a contemplar las estrellas. Otras, paseábamos por las calles principales, al lado de las tiendas de las marcas más importantes. Podríamos haber entrado en cualquiera de ellas y nadie nos habría

impedido quedarnos con lo que hubiésemos querido; pero nuestra libertad no era esa. Saber que no teníamos por qué pasar la noche encerrados en un edificio era bastante para mí. Todo parecía nuevo, aterrador y fascinante.

No tardaron en llegar las vacaciones de invierno. Mi tía seguía viniendo a visitarnos ocasionalmente, aunque cada vez dedicaba más tiempo a participar en las actividades de la Iglesia de los Ángeles Blancos. Ahora llevaba una pequeña mano colgada del cuello, hecha de aquel plástico blanco-verdoso que brilla en la oscuridad, pero se la metía por dentro de la blusa en cuanto veía que yo me fijaba en ello.

Habíamos discutido. Ella insistía en enseñar a la niña sus creencias. Incluso me había propuesto alguna vez llevarla al templo al que ella iba. No tuve más remedio que ponerme serio y hacerle prometer que dejaría todo aquello a un lado si quería seguir viendo a Ida. Teniendo en cuenta la gran ayuda que tía Bea había supuesto siempre para mí, no me sentía precisamente bien al hacerlo, pero sospechaba lo que aquellas sectas hacían en la gente y, además, si llegaban a conocer el secreto de Ida la utilizarían para sus obscenos fines. Así que cuando venía a casa apenas hablábamos.

Como Ida ya no tenía clase y yo no quería que pasara demasiado tiempo con mi tía, me la tenía que llevar cuando quedaba con Diana. Esta había terminado las evaluaciones y eso significaba que podíamos ultimar juntos los últimos detalles del programa de la asignatura de albología. Una tarde estábamos los tres en la cafetería de siempre, los dos con un botellín de cerveza cada uno e Ida con un vaso de zumo de naranja con pajita, cuando la niña interrumpió nuestro debate.

—Oye, Yago, ¿por qué no se lo dices ya? —dijo, un tanto molesta.

—¿Decirme qué? —Diana se me quedó mirando sonriente, intrigada.

Yo sabía perfectamente a lo que se refería, pero debo confesar que me daba una vergüenza terrible hacerlo. Tamborileé la mesa con los dedos y las miré primero a una y luego a la otra, acorralado.

—¡Está bien, está bien! Verás. Ida se vino a vivir conmigo el día de Nochebuena, hace un año. Como no recuerda el día de su nacimiento le propuse celebrar ese día una pequeña fiesta. Algunos niños de su clase siguen celebrando la navidad cristiana, pero claro, esto sería distinto.

—Será mi cumple —dijo Ida, con seguridad.

—En fin… Seguramente ya tengas planes, pero Ida insistió, bueno, si tú pudieras… —La idea de que Diana viniera a nuestra casa me había hecho enrojecer. Cielos, antes de que discutiéramos hacía un año ella había venido decenas de veces. Claro que siempre había sido por motivos de investigación. Esto era distinto. Creo que yo también era distinto.

—Iré encantadísima —respondió sin más. Pienso que se dio cuenta de que me había puesto rojo, porque justo después me cogió la mano y me sonrió. —Celebraremos el cumple de Ida los tres juntos.

—¡Viva! —gritó la niña. Y se acabó el zumo de un solo sorbo.

Al rato nos levantamos para irnos. Los días eran ya extremadamente cortos y no tardaría en sonar la primera alarma. Si uno tardaba demasiado en acostumbrarse a los ritmos del invierno podía cometer el error de permanecer lejos de casa hasta demasiado tarde. Conocí a un par de personas que desparecieron de esa manera. Me di cuenta de que había empezado a temer por Diana.

—Entonces… ¿Cuándo me paso?

—A la hora de comer. Un poco antes, si quieres. Prepararé algo especial.

—¡Recuerdo lo que cocinabas cuando estábamos en la carrera! ¡Especialista en fideos instantáneos!

—He mejorado bastante. Ahora sé usar todas las opciones del microondas.

Los dos reímos y nos acercamos para darnos dos besos de despedida. Pero ella no giró su cabeza y yo tampoco y acabamos juntando los labios. Sucedió como ambos queríamos que sucediera, como ninguno de los dos evitó.

—Bueno. Yago, Ida, nos vemos el veinticuatro, entonces. ¡Cuidaos mucho!

—Cuídate tú también. —Le contesté con una sonrisa. Ida se había quedado con la boca abierta, pero pronto la cerró y me guiñó el ojo. Nos fuimos a casa, rebosantes de alegría.

Diana llamó al timbre justo cuando yo había empezado a cocinar, así que mandé a Ida a que le abriera la puerta. Las escuché hablar un rato en el salón, después entró a la cocina y se quedó mirándome, apoyada en la mesa de la cocina.

—Te queda bien el delantal.

—Gracias. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, claro.

—Tienes en la nevera. Sácame otra para mí, por favor —le dije, mientras troceaba unos champiñones.

Escuché como se abría una lata y, a continuación, dejaba otra a mi lado en la encimera. Se quedó allí, cerca de mí, observando lo que hacía y los ingredientes que estaba preparando.

—¿Qué preparas? —Me preguntó, curioseando por encima de mi hombro.

—Pues… Mira: he pensado hacer de primero una crema templada de champiñones para ir abriendo boca. Es suave y sabrosa. Y de plato principal, doradas a la sal. En un rato las meteremos al horno.

—¡Vaya, qué bueno! A Ida le va a encantar. Tenías razón, te has

hecho todo un cocinero.

—¡Gracias! Y guárdame este secreto, que le quiero dar una sorpresa: el postre será una *mousse* de melocotón con sirope de chocolate. Es la primera vez que la preparo, espero que me salga bien…

—¡Increíble! Si sabe tan bien como suena estoy segura de que le encantará. ¿Puedo ayudarte con algo?

Dejé el cuchillo sobre la encimera y me giré hacia ella. Estábamos muy cerca. Se había puesto un vestido azul que le quedaba perfecto y llevaba el pelo suelto y un collar de marroquinería. Di gracias por tener la excusa de estar cocinando para no haberme vestido más decentemente, pero sí, la ocasión lo merecía. Nos miramos a los ojos y la besé. Esta vez fue un beso más largo, disfrutado. Nunca nos habíamos besado así cuando estudiábamos juntos. Cuando nos separamos ella sonreía un poco irónicamente.

—Vaya, Yago.

—¿Qué?

—Si hubiera sabido que besabas así te habría hecho algo más de caso cuando ibas detrás de mí en la carrera.

—¡Nunca fui detrás de ti!

—Ya, claro —dijo, entornando los ojos.

Nos reíamos. Yo me sentía enormemente feliz. Por fin iba a volver a la universidad a hacer algo útil, había recuperado la amistad con Diana y podía ser que incluso algo más. Ida crecía feliz y quizá lograra encontrar la forma de aprovechar su don y, a la vez, de proteger su infancia.

—Puedes ayudarme troceando el puerro, si quieres. Ten este cuchillo, yo voy a ir preparando el pescado.

Una vez estuvo todo preparado y mientras Diana y la niña preparaban la mesa, fui a cambiarme al baño. No solía vestir demasiado elegante. De hecho, siempre estuve entre aquellas personas que se sienten disfrazadas cuando se colocan un traje. Elegí una camisa de color vino, un pantalón negro y unos zapatos. Y me peiné lo mejor que pude.

Cuando salí, la mesa del salón estaba perfectamente vestida y las dos me esperaban para sentarse. Fui a la cocina a servir la crema de champiñones, añadiendo trocitos de nueces para decorar y jugar un poco con las texturas. Cuando llevé los platos Ida se puso a aplaudir y Diana la imitó con un teatralizado gesto solemne.

—¡Jo, Yago, muchas gracias! —Ida también se había vestido para la ocasión. No le gustaban mucho los vestidos y se había puesto una camisa estampada y unos pantalones beige que ella misma había elegido unos días antes.

Comimos lentamente y brindamos varias veces. Por Ida, por la

nueva asignatura de albología y por nosotros tres. Les encantaron las doradas y la niña quedó alucinada ante la *mousse* de melocotón, sobre la que sopló una vela y le cantamos el cumpleaños feliz. Era todo lo que ella quería, pero aún quedaba algo más.

Lo había visto en una papelería muy cercana a la universidad: era un maletín negro de unos cuarenta centímetros de largo por veinte de alto. A un lado guardaba una colección de lápices de madera de todos los colores y otra de ceras; al otro, lapiceros de varias durezas, carboncillos, goma, sacapuntas y varios rotuladores con punta fina para entintar. No me había costado demasiado barato y parecía un poco demasiado para alguien de su edad, pero estaba seguro de que sabría aprovecharlo. Fui a recogerlo a mi cuarto, estaba metido en una caja y envuelto en papel de regalo plateado.

Diana también había traído un regalo, que llevaba en una bolsa de cartón que le tendió a Ida.

—¡Muchas gracias, no tenías que haberte molestado! —Le dijo la niña, repitiendo una fórmula, ante lo que Diana no pudo evitar sonreír. Cuando sacó el regalo, los ojos de Ida se iluminaron y se abrieron mucho e, instantáneamente, se lanzó a abrazar a Diana. No me lo podía creer, en las manos de Ida había un maletín idéntico al que yo le había comprado.

—Mierda. —Se me escapó, mientras sujetaba la caja del regalo.

—¿Qué ocurre? —Me preguntó Diana.

—Creo que los dos pasamos por la misma librería…

—No me digas que…

Ida cogió mi regalo y lo abrió. No pareció molestarle lo más mínimo recibir el mismo regalo dos veces, porque empezó a dar saltos de alegría y se lanzó hacía mis brazos. Diana me miraba con una expresión de incomodidad.

—Lo siento, Yago, tengo el ticket si lo queréis cambiar por otra cosa.

—No te preocupes. Yo también lo tengo.

—¡No! —gritó la niña. —No quiero que los cambiéis. Usaré primero uno y luego el otro, ¿vale?

Miré a Diana y de nuevo a la niña, y asentí.

—Está bien. De todas formas, con todo lo que dibujas seguramente en un par de meses haya que comprarte otro…

Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su cara y enseguida tuvo prisa por que recogiéramos la mesa del salón para poder probar su regalo.

Pasamos la tarde charlando y festejando en el salón. Yo había comprado bastante champán, y Diana y yo tomamos unas cuantas copas. Me atreví a poner algo de música. Nirvana, Pearl Jam… Música de justo antes del fin de las noches, aquello que escuchábamos Diana y

yo cuando estábamos en la universidad. Yo me notaba entrar en calor y acabamos bailando juntos mientras sonaba *Who you are*. Estábamos borrachos.

Nos habíamos vuelto a sentar en el sofá y charlábamos, animados por el alcohol, sobre los tiempos de la carrera. Ida, llena de curiosidad, nos hacía preguntas sobre la música que escuchábamos, los sitios por los que salíamos o nuestros profesores, y nosotros respondíamos entre carcajadas y seguíamos hablando.

Creo que la niña disfrutaba de vernos actuar así. En aquel mundo no era muy frecuente ver a la gente alegre y, aunque fuera simplemente porque el champán nos había hecho olvidar todo lo que había fuera de aquellas paredes, nosotros éramos la viva imagen de la alegría. De pronto caí en la cuenta de que se estaba haciendo tarde y de que Diana había bebido demasiado como para volver a su casa conduciendo.

—¿Quieres quedarte?

—Sí. No me atrevía a pedírtelo. Esta Nochebuena no está mi hermano en casa y tampoco… Bueno, me iba a tocar estar sola. Gracias.

—No tiene importancia, Diana. Gracias a ti por venir, de verdad.

—¿Vosotros no celebráis la Nochebuena? ¿Ni siquiera con tu tía?

—No, ella la celebra todos los años con lo que queda de la familia de mi padre. Nosotros nunca fuimos creyentes. Ni cuando mi madre vivía, ni después. ¿Sabes? Mi padre era un poco la oveja negra de su familia, siempre fueron gente religiosa, aunque no al nivel de ahora...

—¿A qué te refieres con ahora?

—Tía Bea adora a los seres blancos —dijo Ida, sin quitar la vista de su dibujo.

—Sí. Bueno. Siempre fue muy devota, de la virgen María y esas cosas. Pero creo que desde hace bastante tiempo la virgen se le había quedado corta para explicar ciertas cosas. Se ha metido en eso que llaman la Iglesia de los Sagrados Ángeles Blancos. Cada vez dedica más tiempo a ello y creo que ya le está comiendo el tarro a toda su familia.

—Vaya… No tenía ni idea. La verdad es que es increíble lo que han crecido todas esas sectas en los últimos dos años. El otro día una pareja de «amigos de los intraterrestes» me llamó a la puerta para intentar convencerme de que me hiciera socia y no pararon hasta que insistí en que se marcharan.

—Sí… creo que el gobierno les está inyectando dinero.

—Del gobierno últimamente me creo cualquier cosa, sí. En fin, Yago, siento lo de tu tía. Es como una madre para ti, ¿verdad? ¿No hay nada que puedas hacer?

—He intentado razonar con ella, pero es imposible. Lo máximo que

he logrado es que acabe evitando el tema conmigo… Pensé en recurrir a la policía pero lo cierto es que no tengo esperanza de que hagan nada, hace ya tiempo que esa maldita secta está completamente aceptada socialmente. Hay una asociación de familiares de víctimas que los ha llevado varias veces a los tribunales… Pero es una causa perdida.

—Entiendo… Bueno, mientras no la dejes de lado…

—Eso nunca. —Me puse un poco serio. Diana estaba logrando revolver en mí y en mis miedos. Ella pareció notar que eso último me había hecho sentir un poco incómodo y enseguida se puso a hablar de otra cosa. Yo aproveché para preguntarle por su hermano. Según me contó, había empezado a salir con otro chico en la ciudad en la que estaba estudiando y había decidido quedarse a pasar las vacaciones con él.

Seguimos charlando hasta que sonó la primera sirena, después comimos algunas sobras que habían quedado. Esa iba a ser toda nuestra cena de Nochebuena. Ida se sentía cansada después de un día de emociones y no tardó en darnos las buenas noches después de regalarlos un dibujo a cada uno. En el mío aparecíamos los tres, con la ropa que llevábamos, sentados en una mesa llena de comida. Nuestras caras estaban alegres. La perspectiva fallaba un poco pero realmente nos parecíamos. A Diana le había dado el dibujo de un caballo pardo en mitad del campo. Había estrenado con él su nueva gama de ceras y rebosaba de color.

Diana y yo permanecimos en el salón durante un tiempo, hablando en voz baja y más relajados. Ya no sonaba música, pero el alcohol todavía seguía circulando por nuestra sangre. Nos besamos enredados.

—Puedo prepararte la habitación de mi padre, si quieres. —Le dije en un momento, sin pensar.

—No. No, Yago, estúpido. Esta noche quiero dormir contigo.

Nos metimos en mi habitación. Ella me pidió que bajara la persiana y yo le obedecí. Después nos tendimos sobre mi cama. Al principio todo fueron caricias y suaves susurros, pero pronto acabamos desnudándonos. Ella buscaba mi cuerpo y yo el suyo como un par de sedientos buscan una fuente de agua fresca. Hacía tanto que no me acostaba con otra persona… Su cuerpo bellísimo, con todas sus curvas resaltadas por la débil luz de la mesilla. Lo cierto es que no lo recordaba tan bello y, cuando se colocó encima de mí, resultó majestuoso. Yo entré en su humedad y ella comenzó a moverse rítmicamente, con fuerza en sus caderas. Debíamos reprimir nuestras voces o hubiésemos despertado a Ida, pero eso solamente aumentaba nuestra excitación todavía más. Seguimos así un rato hasta que se bajó, quería sentir mi peso sobre ella y que fuera yo el que llevara el ritmo. Acabamos, fundidos en un abrazo, jadeantes y llenos de sudor.

Había sido una de las mejores veces de toda mi vida y, a juzgar por su cara, también de la suya.

Perdí la cuenta del tiempo que pasamos después abrazados entre caricias, desnudos. Habíamos apagado la luz y no podíamos vernos, pero sí sentir nuestra piel, nuestra respiración y nuestro aliento.

—Diana…

—¿Sí?

—Tú y yo… ¿qué somos?

Ella se alejó un poco de mí, pero comenzó a acariciar mi espalda.

—Lo que hemos sido siempre, Yago, compañeros. Dos buenos amigos que se sentían un poco solos. También amantes.

—Pero esta vez no ha sido como cuando hace años nos revolcábamos después de estudiar. Ha sido distinto.

—Nosotros también somos personas distintas, Yago.

—Tienes razón…

Me quedé un poco triste después de esa respuesta, aunque no sabía muy bien por qué. Es posible que solo fuera el subidón de hormonas tras el sexo, pero sentía que quería compartir muchas más noches así con ella. Muchos más días como aquel, realmente. Se me pasó por la cabeza que ella, quizá, todavía sintiera algo por Félix; al fin y al cabo había pasado muy poco tiempo desde su ruptura. Me había quedado en silencio y ella pareció darse cuenta, se apretó contra mí y me besó.

—Yago, mi amigo, mi compañero, no tengas pena, por favor. Creo que ni tú ni yo estamos hechos para llevar una relación convencional. Menos entre nosotros. Eres una de las personas más importantes para mí, Yago.

—Tú también lo eres. Te extrañé muchísimo todo este año, Diana. Me sentí fatal por todo lo que pasó entre nosotros. —Por fin había tenido el valor de decírselo y ahora no me explicaba cómo había sido tan difícil hacerlo. Ella tenía toda la razón, desde hacía diez años habíamos sido un apoyo constante el uno para el otro, nos conocíamos mejor que ninguna otra persona. Gran parte de nuestros sueños habían sido los mismos durante mucho tiempo.

—Todo eso ha pasado ya, Yago, no quiero que vuelvas a martirizarte por ello. Te quiero —dijo, y no pude evitar que el corazón me diera un vuelco. A pesar de lo que éramos, o precisamente por serlo, iba a haber más noches como aquella en nuestras vidas.

—Te quiero. —Le dije, y decirlo para mí fue como una liberación.

No sé quién de los dos se durmió antes, pero cuando la sirena del amanecer nos despertó seguíamos desnudos y abrazados.

Al acabar las vacaciones me incorporé como profesor en la universidad. Volver fue extraño. Por un lado, salvo por unas pocas miradas acusatorias, fue un placer encontrarme con mis antiguos compañeros y alumnos. Pero por otro, no dejaba de sentirlo en cierta

medida como una derrota. Al fin y al cabo había vuelto a trabajar para un sistema que había actuado contra mí.

La facultad seguía tal y como la recordaba. Sus tres pisos más su sótano, sus pasillos laberínticos, el bullicio de los estudiantes, la cafetería… Todo estaba igual de viejo. El gobierno no invertía demasiados recursos en mantener las infraestructuras para tan pocos alumnos, sencillamente porque no disponía de ellos.

Debo reconocer que estaba algo nervioso de volver a la palestra. Nunca había tenido demasiados problemas para hablar en público, pero estos alumnos se habían apuntado a una materia en la que yo estaba considerado como la máxima autoridad del país y eso me asustaba un poco. Creo que, cuando los demás te creen infalible, cualquier fallo se paga el doble de caro y, además, sabía que era fácil que nuestra experimentada ignorancia los desilusionase demasiado pronto.

Diana se había quedado con el turno de la mañana y yo con el de la tarde. Llegué al mediodía para poder preparar un poco la primera clase y me reuní con Diana en la cafetería cuando ella acabó la suya.

—¿Qué, cómo ha ido?

—Pues… ¡Ha sido increíble! Creo que nunca había tenido una clase tan atenta, Yago. Sólo he podido hacer una introducción y después les he enumerado un poco las distintas teorías que existen; pero tenías que haber visto cómo me escuchaban.

—Claro, necesitan respuestas.

—¡Sí, y pronto estarán preparados para salir a buscarlas!

En ese momento me di cuenta de que Diana sí que sentía como una verdadera victoria lo de la asignatura. Quizá yo también debía empezar a verlo así. Al fin y al cabo, estos alumnos podrían acabar haciendo presión para que el gobierno financiara una segunda parte del proyecto Prometeo. Sí, ahora tocaba sembrar, pero pronto veríamos los frutos.

Acabé la comida de mi bandeja, cogí mi maletín y me levanté. Diana había llegado algo más tarde y todavía estaba con el segundo plato.

—Tengo que irme ya.

—¡Muchísima suerte, lo harás genial!

—¡Gracias, eso espero!

En el aula me esperaban una treintena de alumnas y alumnos. Mi grupo era algo más reducido que el de Diana pero aun así me parecieron muchos. Había más chicas que chicos, pero todos tenían en la mirada la misma expresión ansiosa. Algunos parecían, incluso, algo emocionados. Todos rondaban los veintipocos, apenas unos pocos años menos que yo. La noche que todo cambió ellos eran niños, más o menos de la edad que había tenido mi hermana Nora en aquel

momento. Sin duda muchos de ellos habían perdido a alguien importante y recordaban algunos detalles del viejo mundo. Es muy posible que, si hubiéramos decidido lanzar el programa piloto a los alumnos de primero, que no recordaban otro mundo que este, se hubiesen apuntado menos de ellos.

Dejé mi maletín sobre el escritorio y miré hacia la clase. El silencio era sepulcral y tanto respeto hacia mi persona me intimidaba. Apenas habíamos logrado nada más que darnos contra unas cuantas paredes, pero eso era lo que les iba a enseñar. Al menos ellos no cometerían los mismos errores que nosotros. Me aclaré la garganta y di un par de pasos hacia la clase.

—Mil novecientos veinticinco: Werner Karl Heisenberg anuncia el principio de incertidumbre, proponiendo que, a niveles subatómicos, la mera observación altera el comportamiento de lo observado, revolucionando la física hasta hacernos dudar de todo aquello que creíamos saber acerca de la realidad física. Después, hace veinte años: es de noche y aparecen en todas las calles de todas las ciudades del mundo unos seres gigantescos y de color blanco cuya naturaleza nos resulta inexplicable. Bienvenidos a la asignatura de albología.

CAPÍTULO 6

Había recuperado mi antiguo despacho. Era un cubículo sencillo, con un par de estanterías llenas de libros y archivos, un ordenador, una mesa con un par de sillas y nada más. La única decoración la constituían unos cuantos dibujos que Ida me había regalado, hechos con todos los colores que ahora tenía a su disposición. Me encontraba colocando el último que me había hecho cuando alguien dio unos golpes en el marco de la puerta.

Era una mujer, unos cuantos años mayor que yo, con gafas y la melena rizada y pelirroja. Vestía con ropas de lana de corte hippie y se había apoyado en el umbral de la puerta con los brazos cruzados.

—Cuánto tiempo, Yago.

Samanta había sido la psicóloga del proyecto Prometeo, aunque su ámbito de conocimiento abarcaba mucho más que la psicología. Era una mujer brillante, uno de los miembros más valiosos del equipo. No había tomado partido ante la división que Diana y yo provocamos y eso la honraba, significaba que lo importante para ella había sido, ante todo, el proyecto en sí.

—Hola, Sam. Mucho, sí. Pero me alegro de estar de vuelta. No te he visto estos días por el campus.

—Estuve fuera de Albeida, en un congreso. He llegado justo hoy y me han dicho que habías vuelto para impartir la nueva asignatura de albología.

Yo terminé de pegar el dibujo con unos trocitos de celo y dejé el rollo en el escritorio. Solo daba dos clases de hora y media a la semana, pero el resto de días tenía que seguir acudiendo para prepararlas o para las tutorías con los alumnos, y eso significaba unas cuantas horas de despacho.

—Sí, Diana me propuso incorporarme este diciembre. ¿Quieres que sigamos la conversación en la cafetería?

—No tengo mucho tiempo, pero… ¡qué demonios! ¡Un café no hace mal a nadie!

Samanta era una mujer muy enérgica, lo que era excepcional en una época en la que a todo el mundo parecía que le habían chupado la sangre. Hablaba rápido y con gestos un tanto exagerados, pero siempre había un brillo de inteligencia tras sus gafas de cristal grueso.

—Así que te has reconciliado con Diana. Me alegro, trabajáis muy bien juntos.

—Sí… Creo que los dos nos hemos perdonado por lo que hicimos. En fin, ahora se abre otra etapa.

Ella asintió con gesto serio y los brazos cruzados. Después cogió la taza de café con las dos manos y dio un sorbo. La volvió a dejar y removió con la cuchara. Uno nunca podía saber en qué estaba pensando Samanta. Era una de esas personas que siempre tiene mil asuntos en la cabeza.

—El hormiguero no comprende al pie que lo destroza —dijo, tras un pequeño rato de silencio.

—¿Cómo?

—Pues eso, Yago Las hormigas son demasiado diminutas, sus mentes están diseñadas para funcionar en su pequeño mundo. Nosotros las pisamos, apenas sin darnos cuenta, pero ellas nunca llegan a entender qué las ataca. Se revolverán, morderán, lanzarán ácido, moverán las larvas a sitios más seguros, pero no conseguirán nada. Para el hormiguero es como si el pie no fuera parte de su universo, pero lo es, aunque a una escala inabarcable para ellas.

—Sí, tienes razón.

Esas palabras me dieron la sensación de que Samanta se había rendido. Diana y yo la habíamos conocido hacía unos cinco años, cuando acudimos a un seminario que ella impartía sobre lo que ella llamaba «psicología cuántica». Los dos éramos realmente jóvenes, estudiantes de doctorado, y no existía todavía un proyecto científico en torno al fenómeno de los seres blancos. Hasta entonces todas las explicaciones al tema habían sido por parte de religiosos, parapsicólogos y otros tarados del estilo. La sala donde impartía el seminario era apenas un cuartucho medio abandonado de la universidad, pero estaba llena. Ante una audiencia expectante Samanta había elaborado un discurso según el cual el universo existía únicamente porque una mente era capaz de concebirlo. Así, mientras la única vida se componía de bacterias, el universo se había limitado a ser un conjunto de estímulos simples. La evolución de la vida había supuesto la evolución de ese universo, pues era la mente, la interpretación de esos estímulos, la que les daba una forma coherente. Así, Samanta defendía que mientras la humanidad poseyó una percepción de un universo mecánico, newtoniano, el universo se comportó de esa misma manera. Pero, con el tiempo, el devenir de nuestro pensamiento había terminado por dar forma a una realidad que, a ciertos niveles, se presentaba como caótica e incomprensible. El fenómeno de los seres blancos era, según la explicación de Samanta, la máxima expresión de ese nuevo universo caótico. Ahora a la humanidad le tocaba dar de nuevo un salto psicológico y adaptarse a los retos que suponía una mente capaz de formar un universo cuántico. Sam era una excelente oradora, pero tras su discurso no hubo aplausos por parte del público, solamente una común sensación de curiosidad e incertidumbre.

Ahora, cinco años más tarde, yo consideraba que la teoría de Samanta era sin duda en exceso biocéntrica, heredera de un Berkeley que allá por el siglo XVIII ya había llegado a la conclusión de que lo único que podemos percibir son nuestras percepciones. Ella misma había evolucionado en sus planteamientos desde entonces. Pero en aquel momento Samanta era la única persona en tratar de dar una explicación racional a los gigantes blancos y por ello, cuando acabados nuestros estudios formamos el proyecto Prometeo, fue una de las primeras personas a la que le propusimos participar.

Por ello me entristecía un poco que se rindiera. Muchos otros miembros del equipo lo habían dejado tras varias decepciones. También este año, tras dar apenas un puñado de clases, algunos alumnos se habían dado de baja del programa piloto de albología. No era un camino fácil, aunque en una persona con la fuerza intelectual de Samanta no dejaba de sorprenderme.

—En fin, Yago. Ya sabes: extraterrestres, espíritus, seres de otra dimensión, la mayor psicosis colectiva de la historia de la humanidad… «Sagrados ángeles blancos del Señor». Es posible que nunca lleguemos a ponerle nombre a lo que realmente ocurre.

Yo asentí en silencio, más decepcionado con ella que desanimado por sus palabras. De todas formas no podía culparla, yo también había llegado a sentirme así cuando supe que el proyecto se había cancelado. Quién sabe, quizá cuando lograra encontrar el medio para aprovechar la oportunidad que Ida nos brindaba ella también recuperara la esperanza. Samanta se acabó su café de un sorbo y se levantó de la mesa.

—Bueno, tengo que irme ya.

—Ha sido un placer volver a verte, Sam.

—Lo mismo digo. Y, de todos modos, me alegra que al menos haya un par de hormiguitas empeñadas en dar clase sobre los pies.

Sonreí y ella se fue, atravesando la cafetería con el paso acelerado que la caracterizaba. Pensé en Diana y en cómo ella quizá fuera la única persona del equipo que no se había rendido y había logrado seguir adelante. Quizá por eso, por no encontrar a nadie más que la siguiera en este nuevo proyecto, tuvo que proponerme a mí lo de la asignatura.

Habíamos seguido viéndonos. Por lo general no comíamos juntos, porque yo solía comer en casa con la niña, pero quedábamos en nuestra cafetería las mañanas que ninguno de los dos teníamos clase y, aunque eso suponía no salir tanto a recorrer la ciudad con Ida, algunos fines de semana ella venía a nuestra casa a pasar la noche. Sustituir los paseos nocturnos por las visitas de Diana no pareció molestar a Ida, más bien lo contrario.

Solíamos comentar nuestros avances con las clases. Ya había un

puñado de alumnos que se estaban destacando y el departamento había pasado de un inicial escepticismo a aprobar con entusiasmo lo que estábamos haciendo. Era un excelente progreso y, posiblemente, nos dejarían repetirlo al año siguiente. Diana me comentó que incluso era probable que nos dejaran organizar un seminario con otras universidades para tratar de extender el programa, y otras facultades de nuestra misma universidad se habían mostrado también interesadas en tratar la albología desde sus distintas disciplinas. Estábamos reconquistando el terreno perdido.

De los dos días que yo tenía que dar clase por la tarde uno de ellos coincidía con las clases de dibujo de Ida. Me había comprado un coche para poder llegar lo antes posible a casa, pero con todo debía recurrir a mi tía para que la llevara y la recogiera del colegio. Me preocupaba, pero no era justo para la niña apartarla completamente de una persona que se había convertido en una especie de abuela para ella y, además, no era demasiado el rato que pasaban juntas.

Una de aquellas tardes regresé un poco antes a casa y la encontré vacía. Al principio supuse que todavía no habrían llegado del colegio, pero luego me di cuenta de que la mochila roja de la niña estaba sobre el sofá. Un poco molesto cogí el teléfono y llamé a mi tía. Nadie contestó. Volví a llamar un par de veces, mientras me iba poniendo más y más nervioso, y tampoco entonces conseguí que respondiera.

Maldije para mis adentros. Quería muchísimo a tía Bea, pero si esto tenía que ver con su fanatismo religioso no iba a tener más remedio que ponerle punto final a su relación con Ida. Traté de tranquilizarme y pensar dónde podrían estar, mientras volvía a coger las llaves y salía a la calle: quedaba menos de una hora para que sonara la primera alarma.

Mi tía solía acudir a un templo ubicado en lo que era una antigua iglesia católica. Estaba bastante cerca de mi casa, por lo que decidí no coger el coche y salir corriendo hacia allí todo lo rápido que pude. Cuando llegué encontré cerradas las puertas de la iglesia. Era un edificio de piedra, de origen medieval, con el campanario ubicado en una enorme torre. Habían tapiado todas las ventanas, antes cubiertas por ricas vidrieras. Los miembros de aquel culto siempre lo hacían. Tiré del pesado portón de madera chapada y se abrió con un chirrido. Dentro había oscuridad y silencio.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra me di cuenta de que en realidad todo estaba iluminado por una tenue luz blanquecina que provenía de una estatua situada al fondo de la cámara. La estatua, de tres metros de alto, representaba a un ser blanco con los brazos abiertos apuntando hacia la salida, como invitando a acercársele. Todo él brillaba intensamente. Solo una luz en la oscuridad, «la luz de los ángeles» solían decir aquellos fanáticos.

Debajo de la estatua había un hombre de elevada estatura, vestido entero de blanco y que tapaba su cara con un tercerol de tela del mismo color, dejando solo los ojos a la vista, similares a dos agujeros negros, como los de los seres a los que adoraban. El sacerdote parecía esperar, ante un pasillo de fieles cuyos rostros, con tan poca iluminación, yo no podía distinguir. En toda la iglesia no había un solo banco, solamente oscuridad y silencio entre las altas columnas de piedra que sostenían una bóveda de crucería.

—Que se acerque hacia mí la elegida —ordenó el sacerdote justo cuando yo entraba, sin parecer darse cuenta de mi presencia. Su voz era grave y clara y resonó con un eco por todas partes.

Dos figuras salieron al centro del pasillo de adoradores. Mi tía tiraba de la mano de Ida, que parecía resistirse a acompañarla, y comenzaron a avanzar lentamente hacia el sacerdote.

—¡No! —grité, desde la puerta. Me sentía algo intimidado. El clima que lograban crear en aquel ritual era escalofriante, pero además ellos eran muchos. Habría unas cien personas allí concentradas. Cien personas para las que yo estaba siendo un intruso, un infiel, un enemigo. Mi tía se sobresaltó al verme y soltó la mano de la niña, que echó a correr hacia mí.

—¡Yago, no lo entiendes! ¡Ella tiene un don! —Me gritó mi tía, entre la pequeña muchedumbre que se había empezado a mover hacia mí. El sacerdote observaba toda la escena en silencio. Por debajo de sus ropajes, en comparación con la gente que le rodeaba, parecía uno de aquellos gigantes a los que adoraban.

Ida llegó hasta donde yo estaba y se abrazó a mi cintura, y de nuevo me recordé abrazando a mi padre hacía años. Ella debía estar muerta de miedo; yo no podía quedarme paralizado. Los adoradores se acercaban cada vez más, dándose valor entre ellos llamándome cosas como demonio o hereje. Estoy seguro de que en algún momento oí al sacerdote gritarles que debían matarme. Empujé la puerta del templo y un haz de luz entró desde fuera.

—¡Ni se os ocurra acercaros a nosotros! —Grité, fuera de mí. Después cogí a Ida en brazos, salí fuera de la iglesia y eché a correr sin mirar atrás hasta que estuve seguro de que no nos seguían y estábamos lo suficientemente cerca de casa. Por suerte, los seguidores de aquella secta, aunque empezaban a acumular poder e influencia, todavía no tenían tanto valor como para lanzarse a perseguir a la gente en público. Dejé a la niña en el suelo y comprobé que estaba bien.

Temblaba un poco y por su cara parecía que había estado llorando. Alguien le había puesto una bata blanca por encima de su ropa, pero por lo demás parecía que no le habían hecho daño. Debía estar muy asustada, porque se me abrazó y rompió a llorar de nuevo.

Nunca la había visto así antes, o quizá era posible que yo, de tanto verla segura y tranquila ante la presencia de los gigantes de la noche, había olvidado que al fin y al cabo era una niña y que, sin duda alguna, verse en aquel lugar rodeada de desconocidos, no habría sido una experiencia demasiado agradable para ella. Hice por consolarla y, en cuanto estuvo algo más calmada, le ayudé a quitarse la bata blanca. Me dio la mano y seguimos caminando hacia casa. Justo en el momento en que llegábamos a nuestra calle sonó la primera sirena. Diana esperaba en mi portal, con los brazos cruzados y gesto impaciente.

—¡Yago! ¡Habíamos quedado! —Me dijo, visiblemente enfadada, en cuanto nos acercamos un poco.

Era cierto, habíamos quedado en cenar y pasar la noche juntos. Con todo aquel lío se me había olvidado. Era normal que estuviese enfadada, poco más y la noche le hubiera sorprendido en mi portal. De todas formas, en cuanto estuvimos lo bastante cerca como para que distinguiera nuestras expresiones, el enfado desapareció de su rostro.

—¿Qué os ha ocurrido? —Preguntó, casi en un susurro.

—Lo siento muchísimo, Diana. Ahora te cuento, sube con nosotros, por favor. —Eso último salió de mi boca casi como una súplica. Ella asintió y entramos.

Cuando llegamos tuve que acostar a Ida. El miedo que había pasado la había dejado agotada y se durmió en cuanto su cuerpo tocó la cama. Después salí al salón, donde Diana me miraba con cara de preocupación. Estaba sentada en el sofá y yo tomé asiento a su lado. Permanecí unos minutos en silencio, sin saber muy bien cómo empezar. Entonces ella me abrazó y, de pronto, me sentí mucho más tranquilo.

—Sé que cuesta un mundo explicarse, Yago. Pero yo te escucho, estoy aquí. Estoy contigo.

—Sí. Gracias, Diana, de verdad…

Tardé un poco en poner en orden mis ideas sobre lo que había pasado aquella tarde. Seguramente Ida confiaba en tía Bea tanto como confiaba en mí y eso le había llevado a contarle su secreto aquella tarde o una de las anteriores. En ese momento mi tía habría contactado con la secta y le habría contado todo al sacerdote. «Elegida», la había llamado. No sabía mucho sobre aquellos rituales, pero seguramente la estaban presentando ante la estatua para convertirla en una especie de santa a la que adorar. Me sentía horriblemente traicionado.

Hasta entonces no había tenido claro si contarle a Diana sobre lo que ocurría con la niña, pero necesitaba un apoyo, una aliada. Ella siempre lo había sido y, además, sentía que no tenía otro remedio. Poco a poco le fui contando todo desde la noche en que descubrí a Ida

bajando a la calle. Todos los paseos que habíamos dado. La vez que toqué a uno de aquellos seres y lo que sentí cuando lo hice. Ella me escuchaba atentamente y me calmaba cuando no lograba expresarme por los nervios. Después le conté sobre lo que había hecho mi tía. Le hablé también de mis dudas, de por qué no se lo había contado antes, del miedo que tenía a que precisamente ocurriera algo como lo que nos acababa de pasar, si alguien más se enteraba de todo. Cuando acabé me sentí liberado. Después Diana se quedó unos minutos en silencio, meditando. No debía ser fácil asimilar lo que yo le acababa de confesar.

—Entiendo que no me lo hayas contado hasta ahora, Yago. Pero muchas gracias por hacerlo. —Fue lo primero que me dijo.

—Gracias a ti por estar aquí. No habría podido contárselo a ninguna otra persona.

Ella se acercó a mí y me dio un beso muy suave en los labios. Después nos abrazamos. Sonó la última de las sirenas y, por primera vez, eso significaba seguridad. Desde que habíamos salido de la iglesia yo había temido que, a pesar de todo, alguien nos hubiese estado siguiendo y que, de repente, entrara con las llaves de mi tía en casa para llevarse a Ida. Ahora podía estar seguro de que eso no ocurriría aquella noche.

Estuvimos hablando hasta tarde, barajando las opciones que teníamos. Mi tía me llamó varias veces a lo largo de la noche, pero no le cogí el teléfono ninguna de ellas. Más que enfado, hacia ella sentía una profunda tristeza. Durante muchos años tía Bea nos había ayudado a mi padre y a mí a salir adelante y se había seguido ocupando de su hermano cuando yo estaba demasiado ocupado con la carrera y él empezó a beber y a fumar sin control.

—Quizá deberías denunciarlo a la policía —sugirió Diana.

—Creo que no conseguiría nada con eso… ¿Qué les diría? ¿Qué mi tía se llevó a mi hija adoptiva a la iglesia porque pensaba que era una elegida, dado que los seres blancos no le hacen nada cuando se expone a ellos? O no me creerían o, peor, lo harían e intentarían que les diera la niña, ya sabes cómo funciona el gobierno. Además, por mi tía… no podría hacerlo.

—Pero ella fue quien la puso en peligro…

—Es cierto, pero… ¿sabes? Me siento un poco responsable de ello. En fin, cuando yo empecé a investigar dejé de pasar tanto por casa y la depresión de mi padre se hizo mucho más profunda. Ella tuvo que asumir esa carga y creo que meterse en la secta fue su vía de escape. Además, es desde que mi padre murió que se ha vuelto realmente obsesiva con ello. Creo que, en parte, es porque yo no he sabido ver que ella también me necesitaba a mí…

—No seas duro contigo, Yago. Tú tenías que ocuparte de Ida y de ti

mismo. Este mundo no es fácil para nadie.

—Lo sé… Pero aun así. No puedo hacerle ningún mal.

—Lo entiendo. De todas formas tenemos que hacer algo. Lo primero es que la niña esté segura. Podríamos cambiarnos los grupos… Así podrías hacerte cargo de ella todos los días.

—Llevamos ya varias semanas de clase. ¿Crees que es buena idea?

—Bueno, seguimos el mismo programa, no creo que el cambio sea insalvable para nuestros alumnos. Así tú solo tendrías que alejarte de ella el tiempo que está en el colegio y no necesitarías dejarla con nadie. Creo que es lo mejor, Yago.

—Tienes razón. Vale, lo haremos así. Te lo agradezco muchísimo. ¿De verdad que no es una molestia para ti hacerlo?

—No te preocupes.

—¿Crees que deberíamos decir algo en la universidad?

—No sé, Yago. En fin, ahora que lo saben los de la iglesia quizá sería lo mejor. Al fin y al cabo, mejor que esté en nuestras manos, protegiéndola mientras convencemos al gobierno de que estamos utilizando la oportunidad de investigar que nos ofrece, a que la iglesia vuelva a cogerla, o a que el gobierno decida utilizarla por su cuenta. Sí, creo que deberíamos coger la sartén por el mango ahora que todavía tenemos opciones. —El tono calmado de la voz de Diana me daba seguridad. Sentía que había hecho bien en contarle todo, pero aun así sentía una dudas terribles. La niña podía posibilitarnos resolver todo aquel enigma, e iniciar una investigación en torno a ella nos permitiría tener el control y asegurarnos de que no sufriría en el proceso. Pero, después de haber estado tan cerca de perderla yo no podía dejar de sentir miedo.

—Es posible, Diana, pero tengo dudas. En cualquier caso, si nos decidimos a hacerlo, tendrá que ser con el consentimiento de Ida y solo contaremos con aquellos del viejo equipo del proyecto en quienes verdaderamente podamos confiar.

—Por supuesto que sí, Yago. Estoy completamente de acuerdo contigo en eso.

—Aun así… No sé, Diana. De verdad que no sé qué hacer. ¡Si hubieras visto a Ida cuando me la llevé de la iglesia! Parecía tan asustada… No quisiera ponerla en riesgo de volver a pasar por algo así por nada del mundo. No sé…

Ella me pasó su brazo sobre el hombro y se acercó a mí.

—Tranquilo, Yago. No tenemos por qué decidirlo ni hoy ni mañana. Aún tenemos algo de tiempo. Lo primero es la seguridad de la niña. Después, podemos empezar a hablar de qué forma afrontamos esto.

La miré a los ojos y en su mirada vi comprensión y cariño, también firmeza. Recordé lo que nos había dividido hacía tiempo, cuando

realizamos los experimentos de recondicionamiento. Yo me había obsesionado con hacer públicos los resultados, a pesar del voluntario que había perdido la vida y de las secuelas en el resto, para tratar de animar a un mayor número de voluntarios a participar en nuevas pruebas. Quería hacer partícipe de nuestro proyecto a la máxima parte de la sociedad posible. Ella, por su parte, se había opuesto en redondo a seguir adelante con otros experimentos que pusieran en peligro directo a sus participantes. Consideraba que estábamos jugando con las esperanzas de la gente y que seríamos culpables si alguien más sufría daños por el proyecto Prometeo. Diana siempre había tenido una ética muy firme y lo que entonces había sido una oposición a mi forma de ver las cosas ahora hacía que no pudiera dudar de su buena voluntad hacia Ida.

—De acuerdo. Lo hablaremos. Gracias. Gracias por todo, de verdad.

—Deja ya de darme las gracias, Yago. Creo que los dos necesitamos dormir. Seguro que mañana vemos las cosas de distinto modo.

Aquella noche me sentí más unido a Diana de lo que había estado nunca. Ahora no solo compartíamos nuestros sueños, sino también la responsabilidad de salvar la infancia de la niña que podía cambiarlo todo.

CAPÍTULO 7

La mañana siguiente llamé a un cerrajero para que cambiara la cerradura de nuestra casa y llevé a Ida al colegio acompañado por Diana, sin dejar de preocuparme que allí pudiera estar segura. Después fuimos a la universidad a formalizar nuestro cambio de turno. En el departamento no nos pusieron demasiados problemas; al fin y al cabo era un programa experimental y eso nos daba algo de libertad.

Nos acostumbramos pronto a la nueva rutina. El grupo de Diana era algo más grande que el mío, pero por lo general el talento estaba igual de repartido e iban tan solo una clase más avanzados que los míos. Desde hacía un par de semanas ningún otro alumno se había dado de baja, así que todo apuntaba a que los que quedaban eran los que terminarían el curso. Sumaban treinta y ocho entre las dos clases. Aun así tratábamos de mantenerlos todo lo motivados que podíamos y no era raro que acabásemos alguna sesión hablando de experiencias personales con los seres blancos. No estaba mal recordar el motivo por el que estábamos en esto.

Tras dar un par de clases, uno de mis alumnos se acercó a hablar conmigo al acabar. Se llamaba Julio y para Diana había sido el alumno más destacado. Ella me había contado que después de clase se pasaba todo el día en la biblioteca y que le había pedido varias veces permiso para consultar los archivos del proyecto Prometeo. Aprendía muy rápido.

—Profesor. Es para mí un honor estar en su clase. En fin, desde que supe del proyecto Prometeo mi sueño ha sido formarme en albología y trabajar para alguien como usted.

—Por favor, deja de llamarme de usted. Tendré cinco o seis años más que tú. Para mí es un honor daros clase a vosotros.

—Disculpe… ¡Disculpa! Solo quería decirte eso, que te admiro.

Sus palabras me alegraron. Era bueno ver que había alumnos que se estaban volcando tanto, representaba una esperanza. Pero también me sentí abrumado. Además, no vi justo para Diana que un alumno al que ella había dedicado trabajo en formar me dedicara precisamente a mí esas palabras.

—Bueno, Julio. ¿Te llamas Julio, no? —El joven asintió. —No es para tanto. Además, Diana fue tan importante en el proyecto Prometeo como lo fui yo. Y además, todo lo que logramos fue gracias a contar con un gran equipo de expertos en diversas disciplinas. Y es por la profesora Diana que existe esta asignatura.

—Lo sé, profesor, no me malinterpretes. Quería decir que les… os

admiro a los dos, a todo el proyecto Prometeo. Yo nunca tuve esperanza de que lográramos explicar todo esto hasta que tuve noticia de vuestro trabajo… En fin. Tengo que irme.

—Hasta la próxima clase, Julio. —Le dije con una sonrisa. Sus ojos brillaban de una forma que me era muy familiar. Era el mismo brillo que había en los míos cuando empecé a investigar. Una mirada llena de preguntas, insaciable. Nuestra tarea era responder a las que pudiéramos y mantener ese brillo. No era fácil.

—¡Hasta la próxima! —dijo, y se fue con un grupo de compañeros que le esperaban en el pasillo.

Al día siguiente quedé con Diana en nuestra cafetería de siempre, aprovechando que no teníamos que dar clase y que Ida estaba en el colegio. Nos habíamos puesto de acuerdo en hablar sobre el tema de qué hacer con el asunto de la niña.

El lugar estaba vacío, pero aun así nos fuimos a una esquina para que ni siquiera la camarera pudiera escucharnos. Los horarios que llevábamos ahora hacían bastante difícil que coincidiéramos y hasta ese día nos habíamos dedicado a pensar soluciones cada uno por su lado.

—Yago, le he estado dando vueltas y pienso que lo de ir a la policía no es una mala idea. Escucha, no hay por qué denunciar a tu tía. Podemos denunciar a la secta, o al sacerdote. Después de iniciar el proyecto de investigación y tener a la niña segura. ¿Quién sabe? Quizá sembremos un precedente legal, estoy segura de que no es la primera vez que esta gente rompe una familia.

Diana tenía razón. Había estado investigando un poco sobre la labor de las asociaciones de familiares de víctimas de la Iglesia de los Ángeles Blancos, pero el gobierno las ignoraba sistemáticamente. Por desgracia, no había mucho que hacer desde el punto de vista legal.

—Se han disuelto, Diana.

—¿Quiénes?

—El capítulo al que pertenecía mi tía. Se ha disuelto, el sacerdote no ha vuelto a aparecer y el templo lleva cerrado desde que pasó aquello.

—¿Cómo lo sabes? ¡¿No me irás a decir que hablaste con tu tía?!

—Vino a verme ayer. Le abrí la puerta en cuanto comprobé que iba sola y se me echó a llorar en cuanto le dejé entrar. Me dijo que estaba muy arrepentida, que lo sentía muchísimo. Al día siguiente de que todo aquello pasara volvieron a reunirse los fieles para hablar de qué hacer con el asunto y el sacerdote no apareció. Siguió sin aparecer los siguientes días hasta que dejaron de reunirse y decidieron disolver el capítulo porque nadie estaba preparado para sustituir al sacerdote. Mi tía se sintió engañada. En fin, me dijo que lo había hecho todo por la niña, que ellos le habían dicho que era una elegida y que yo estaba

siendo influenciado por el demonio o algo así. Me di cuenta de que se había quitado un colgante de una mano blanca que solía llevar. De esos que brillan en la oscuridad. Tuve que perdonarla.

—Entonces… ¿Ya están las cosas bien con ella?

—Bueno. Le dije que podría venir a ver a la niña, de vez en cuando. Siempre y cuando yo estuviera en casa cuando lo hiciera. Me dio las gracias y me llamó hijo. —Me había dolido mucho alejar a la tía Bea de la niña y fue un alivio poder volver a dejar que se vieran.

Se debió notar cómo me sentía mientras lo contaba, porque Diana suspiró profundamente y me tomó de las manos.

—Eres una buena persona, Yago. De todas formas eso solo abre un nuevo enigma. ¿Por qué desaparecería el sacerdote?

—Quién sabe… Quizá le asustara verse de repente en algo tan serio. O quizá haya decidido quitarse de encima la responsabilidad del culto para centrarse en ir tras nosotros...

—¿No pudiste verle la cara, verdad?

—No, la llevó tapada todo el tiempo, ya te conté.

—Cierto…

Pasamos el resto del tiempo hablando de la forma en que presentaríamos el nuevo proyecto de investigación en torno a las facultades de Ida. Ante todo debíamos asegurarnos la mayor independencia posible, aunque eso supusiera tener que poner dinero de nuestro bolsillo o pedir prestado a compañeros. La cuestión era que el gobierno interviniera lo menos posible. Diana había preparado una propuesta que podríamos presentar a la facultad, aunque antes debíamos reunir a los viejos miembros del equipo. Todo se centraba en seguir desde donde lo habíamos dejado, pero aprovechar lo que pudiéramos aprender con Ida interfiriendo mínimamente en su vida normal. Diana incluso había planificado varios experimentos que podrían realizarse en forma de lo que para Ida serían simples juegos, pero que podrían resultar muy útiles para la investigación.

Estuvimos un buen rato dándoles vueltas a los nombres. Félix, el químico que había salido con Diana, había quedado descartado. Además, hacía varios días que no se le veía por la facultad. Yo le hablé del encuentro que tuve con Samanta, la psicóloga, y de cómo me había dado cuenta de que parecía rendida; quizá proponerle participar en algo con tantas posibilidades le devolvería la esperanza. Fuimos quitando y añadiendo nombres a la lista hasta tener un equipo de seis personas. Era bastante más reducido de lo que había sido el proyecto original, pero era la gente en la que podíamos confiar, aquellos que probablemente seguían interesados en el desarrollo de la investigación.

Decidimos que lo mejor sería organizar una comida informal con ellos para la semana siguiente. Algo así como un encuentro entre

antiguos compañeros para recordar batallitas. Allí aprovecharíamos para hablarles de Ida y proponerles el nuevo proyecto.

—Es arriesgado. —Le dije a Diana. A pesar de todo yo no terminaba de convencerme.

—Sí, lo es. Pero es lo único que tenemos. De todas formas, Yago, esto depende de ti. Y de Ida, por supuesto. Si tú no estás seguro o ella no quiere, nos detenemos aquí.

—No, tranquila. Yo quiero seguir con esto. Oye, ¿podrías venir hoy a casa? Me gustaría que estuvieras presente cuando hable con la niña de esto. En fin, va a ser difícil explicárselo todo.

—No te preocupes, Yago, te lo iba a proponer yo. Estamos juntos en esto.

Terminamos de perfilar el borrador del proyecto y hablamos un poco de cuál sería el mejor lugar para organizar la comida. Lo mejor sería la casa de alguno de nosotros dos, o el reservado de un restaurante. Quedamos en seguir hablándolo; todavía teníamos una semana para decidirnos.

Fuimos juntos a buscar a Ida al colegio y, ya en casa, nos sentamos con ella en el salón. Yo me senté al lado de la niña en el sofá y Diana en uno de los sillones.

—¿Por qué estáis tan serios? No he vuelto a decírselo a nadie…

—No es por eso, cariño. —Se apresuró a decirle Diana.

—No, Ida, tranquila. No es por nada que hayas hecho; queremos hablar una cosa contigo. Verás… ¿Recuerdas esa vez que me dijiste que tú sabías lo que eran los seres blancos, pero que no sabías cómo explicarlo?

—Sí…

—Pues, verás. Diana y yo nos ocupamos de investigar a los seres blancos; eso lo sabes, ¿verdad? Creemos que tú puedes ayudarnos. Nos encantaría que nos ayudaras. ¿A ti te gustaría?

—Sí. Me gustaría.

—Bien. Habíamos pensado en contarles lo que puedes hacer a unos amigos que también se dedican a investigar. Así podríamos, entre todos, seguir investigando. ¿Te parecería bien?

La niña me miró a mí y luego a Diana. Balanceaba las piernas, pensativa, sin llegar a respondernos. Diana se levantó del sillón y se puso de cuclillas delante de ella, quedando a su misma altura.

—Escucha, Ida. Nuestros amigos no tienen por qué verte si tú no quieres. Sólo seríamos Yago y yo. O incluso sólo Yago, si lo prefieres. Haríamos algunas pruebas, como cuando te hacen un examen en el colegio, o como cuando vas al médico a que te revisen la vista, ¿sí? Y también algunos juegos.

Aquello pareció tranquilizar un poco a la niña y también me tranquilizó a mí. Sí, se trataba solo de eso, unas pruebas que no le

harían ningún daño. Y, si daban resultados, eso sería suficiente para mantener alejado al gobierno y que ella quedara protegida. Aun con todo, no podía evitar sentirme como un traidor.

—De acuerdo. Me parece bien —dijo Ida tras meditarlo un rato.

Fueron sonando las sirenas. Después de eso preparé algo de cena: ensalada y unas tostadas para picar, aunque ni Diana ni yo probamos más que un par de bocados. Yo tenía el estómago cerrado y deduzco que ella debía de estar igual. Ida nos dio las buenas noches y se fue a acostar. Nosotros nos fuimos a mi cuarto y nos sentamos en la cama, uno al lado del otro.

—No me siento demasiado bien.

—Yo tampoco… Pero Yago, creo que no teníamos más opciones.

—Sí… Aunque hace un rato me vino a la cabeza que también estaba la opción de huir, de cambiar de país con ella.

—Yago… Mi querido Yago, los dos somos demasiado conocidos. ¿A dónde iríamos?

—Lo sé, lo sé. Solo fantaseaba.

Íbamos a acostarnos cuando llamaron a la puerta de la habitación; le dije a Ida que pasara y abrió suavemente. Entró, vestida con ropa de abrigo y zapatillas. Yo sabía lo que aquello significaba, pero Diana se quedó perpleja.

—Vestíos. Quiero llevaros abajo.

Ida quería enseñarle la calle de noche a Diana. Era la primera vez, desde que ella sabía todo, que la niña lo proponía y parecía realmente convencida. Yo miré a Diana, que llevaba la emoción de un gran viaje en su cara.

—¿Quieres…? —dije, mirándola de reojo.

—Oh, ¡cielos, Yago! Sí. ¡Por supuesto que quiero!

Una sonrisa enorme se dibujó en el rostro de la niña.

Caminamos varias horas linterna en mano, con Ida entre nosotros dos. Al principio Diana se había mostrado muy asustada, realmente aterrorizada. Yo me sentía reconocido en aquella expresión: la cara contraída, los ojos bien abiertos. Pero, tal y como yo había hecho antes, ella también ganó confianza ante la seguridad de la niña y pronto su mirada ante los gigantes blancos que se paseaban por nuestras calles fue más de fascinación que de miedo.

Fuimos hasta la ribera del río que partía en dos Albeida. Era un río enorme, de un par de cientos de metros de ancho y cruzado por varios puentes. Del centro de la ciudad salía uno de piedra, antiquísimo, y el resto parecían una muestra de los movimientos arquitectónicos de los últimos dos siglos. Había sido idea de Diana que nos dirigiéramos allí; ni a Ida ni a mí se nos había ocurrido antes.

El cielo estaba claro y lleno de estrellas, con una luna menguante que parecía una sonrisa finísima. Todo ello se reflejaba en el agua del

río, produciendo una vista impresionante. A lo lejos, en los puentes, distinguíamos las figuras de los gigantes que los cruzaban. Vistos así no parecían tan terribles, ni tan peligrosos.

Vagaban todas la noches sin rumbo, tremendamente enigmáticos y terriblemente solos, pues nunca interactuaban entre ellos. Creo que, después de tanto tiempo, había dejado de mirarlos con odio. Odiaba más el mundo que ellos habían producido al llegar. O quizá el que nosotros, ante su llegada, habíamos creado. Lo cierto es que ya no se sabía cuándo se movían más monstruos, si en la oscuridad de la noche o bajo el sol…

Un perro de gran tamaño cruzó corriendo delante de nosotros cuando volvíamos; o quizá algo distinto a un perro. Lo enfoqué con la linterna y pude verlo mejor. Era un lobo gris, enorme, y sostenía una cría de jabalí muerta entre las fauces. Nos miró con unos ojos amarillos y brillantes. Eso nos asustó un poco, pero él debió asustarse más de encontrarnos allí, porque salió corriendo a gran velocidad.

Pasamos los siguientes días organizando el plan para convencer a los integrantes del nuevo proyecto. Tras barajar varios restaurantes, decidimos que lo mejor sería hacer la comida en mi casa, lejos de oídos indiscretos. Solamente estaríamos nosotros dos, Ida, y el reducido grupo de seis personas al que invitaríamos.

Salí de la universidad en coche. Llevaba una lista con todo lo que debía adquirir para la comida. Recogería a Ida del colegio y, antes de pasar por casa, iríamos al supermercado con el coche y nos volveríamos con todo. Aparqué en la puerta del colegio, de donde ya salía una avalancha de padres y madres con sus hijos de la mano. Cuando me disponía a atravesar la puerta del patio oí un grito a mi izquierda. Pude ver cómo un hombre vestido de traje metía a una niña en un coche negro y se subía justo después. Apenas fue un instante y no pude ver la cara de la niña, pero sí la mochila roja con ruedas que habían dejado tirada en el suelo. El coche negro arrancó. Se estaban llevando a Ida.

No me habían visto. Volví a meterme en el coche y salí tras ellos. El pulso me iba a cien por hora. Su coche era un modelo de alta gama, posiblemente un coche blindado y pensé que podría pertenecer al gobierno. Yo les seguía con un deportivo de segunda mano. Era hora punta y costaba moverse entre los coches del resto de padres. Nunca he sido un gran conductor, pero logré mantenerme relativamente cerca de ellos.

La cabeza me daba vueltas. ¿Cómo habría llegado a enterarse el gobierno?, y, si eran ellos, ¿quién estaba detrás de esto? Es más… ¿cómo eran capaces de hacer algo así? ¿Tan lejos había llegado la influencia de aquella maldita secta? Traté de tranquilizarme y quité una de las manos del volante para sacar el móvil y llamar a Diana. Me

lo llevé a la oreja y… comunicaba. Maldije para mis adentros y, en un momento que ningún otro vehículo me impedía llegar a ellos, pisé el acelerador a fondo. Debieron darse cuenta en aquel momento de que yo les seguía, porque también aceleraron.

Tardé un rato en darme cuenta de hacia dónde nos estábamos dirigiendo. Habíamos dado toda la vuelta, esquivando y adelantando al resto de vehículos, y parecía que volvíamos hacia el campus de la universidad. Hasta ese momento habían ido por calles principales, pero comenzaron a callejear, tratando de despistarme. ¿Por qué hacia la universidad? Había quedado con Diana en que avisaríamos a nuestros compañeros dos días más tarde y, por supuesto, sin contarles nada de la niña. Por un momento pensé que a ella se le podría haber escapado algo, pero era imposible, esto era demasiado serio. Seguí conduciendo hasta que me topé con un semáforo en rojo. Pensé en saltármelo, pero un coche de policía se puso a mi lado en ese momento.

Tuve miedo de que me estuvieran siguiendo, pero cuando el semáforo volvió a ponerse en verde su coche giró a la derecha y yo seguí recto. Había perdido al coche negro de vista, pero tenía una corazonada. Por aquella parte de Albeida ya apenas había tráfico y pude acelerar hasta llegar al recinto del campus. Encontré su choche perfectamente aparcado fuera del recinto. Yo dejé el mío en doble fila, sin preocuparme en buscar un sitio libre, y crucé corriendo la puerta principal, aunque sin saber muy bien hacia dónde me dirigía.

Si la habían llevado a la universidad era sin duda porque alguien de dentro había dado el chivatazo al gobierno, pero la única persona que lo sabía era Diana y eso me hacía desear morirme en ese mismo momento. No sabía qué posibilidad era peor: que se lo hubiera contado a alguien descuidando completamente la seguridad de la niña o que, realmente, todo hubiera sido un engaño y hubiese sido ella la que, directamente, había contactado con el gobierno. De pronto sentí mucha rabia y, como no sabía dónde buscar a los hombres de traje, atravesé el campus hasta llegar a la facultad de ciencias y llegué hasta su despacho. Tenía la puerta entreabierta. La abrí del todo y entré.

Diana estaba sentada frente al ordenador, escribiendo algo. En el escritorio había una grapadora de metal y unos cuantos papeles apilados. Su despacho era muy similar al mío, igual de austero. Y también había un par de dibujos que Ida le había hecho colgados en las paredes. Se me revolvió el estómago al verlos. Ella pareció sorprenderse al verme.

—¡Yago! Vi tu llamada, perdona, estaba hablando con los del restaurante para decirles que finalmente cancelábamos la reserva. Iba a llamarte ahora mismo… ¿Has subido corriendo?

—¿Le has contado algo a alguien? —Le dije, con la respiración

entrecortada.

—¿El qué? Un momento, Yago… ¿Qué ocurre? ¿Dónde está Ida?

—¡¿Cómo que dónde está?!

Unos golpecitos sonaron en el marco de la puerta.

capítulo 8

Samanta, vestida con su colorida ropa de lana, nos miraba desde la puerta con una media sonrisa. Sus ojos, detrás de aquellas gafas de cristal grueso, reflejaban una mirada fuerte, como de desafío.

—Yago… Deberías dejar de hacer el ridículo, cariño. Está más claro que el agua que no ha sido ella.

—¿Cómo? ¡¿Sam?! ¿Se puede saber qué estás diciendo? —Me sentía completamente confundido y me hice a un lado mientras ella entraba en el despacho. La siguió un hombre joven, alto y fuerte, que cerró la puerta y se quedó apoyado contra ella, mirándonos a todos con los brazos cruzados y una expresión burlona. Era Félix.

—Yago, querido, alguien se enteró del escándalo que armaste en el templo de tu barrio. Siempre te han gustado los grandes públicos.

Los miré primero a uno y luego al otro, sintiéndome cada vez más furioso. Me encaré hacia Félix, que me sacaba una cabeza de alto y era casi el doble de ancho. No me importaba, estaba dispuesto a golpearle. Tenía unas ganas terribles de golpearle.

—Apártate, Félix, o te juro que…

—Shhh… —Félix se llevó un dedo a la boca mientras se levantaba la camisa con la otra mano, mostrando la culata de un revólver que llevaba metido en el pantalón. —Yo que tú me calmaría, Yago. —Su voz era grave y clara, idéntica a otra que yo había oído antes, hacía no demasiado tiempo. Todo tuvo sentido en aquel momento.

—Eras tú… —dije, y retrocedí un par de pasos, mientras él seguía con aquella sonrisa burlona en el rostro. Él era el sacerdote que oficiaba la ceremonia con Ida cuando los descubrí en la iglesia. ¿Cuánto tiempo llevarían ahí metidos? ¿Habrían entrado a formar parte por desesperación al finalizar el proyecto Prometeo? ¿O los había infiltrado el gobierno en la secta para mantenerla controlada? La cabeza me daba vueltas y me sentía como un traidor por haber creído que Diana pudo haber tenido algo que ver en esto.

—¡¿Qué hostias estás haciendo, Félix?! ¡Llevas un arma! —Saltó Diana, levantándose de golpe del asiento.

—Querida… ¿Podrías callarte? No es contigo con quien queremos hablar. —Le respondió Samanta, sin perder por un instante aquella mirada de suficiencia. La otra la miró con ira, pero finalmente se quedó de brazos cruzados. Yo no sabía qué hacer y me senté en una de las sillas, llevándome una mano a la frente, tratando de pensar. Me sentía derrotado.

—¿Qué vais a hacer entonces? ¿Pegarnos un tiro a cada uno? —

Diana se había conseguido serenar un poco y hablaba con un tono de voz seco y frío. Nunca la había visto así, pero creo que trataba de sobreponerse al miedo. Yo me sentía aterrorizado.

—No, Diana. ¿Por quién nos tomas? Hemos sido compañeros y veníamos a hacerle una oferta a Yago, nada más.

—¿Dónde tenéis a la niña? —Pregunté, todavía con la mano sobre la frente, mirando hacia el suelo. Sentía como si me hubieran golpeado con un mazo en el estómago.

—Todavía no, Yago. Está bien, está segura y no van a hacerle nada malo, tienes mi palabra en eso. Pero necesito que escuches. —La voz de Samanta sonaba ahora en un tono más amable. Levanté la cabeza hacia ella y vi que había borrado la media sonrisa de su rostro. Parecía la Samanta de siempre, la que había trabajado a nuestro lado en el proyecto Prometeo, la que solo hacía unas semanas parecía haber perdido sus esperanzas. La Samanta por la que yo había sentido pena, Sam…

Respiré profundamente y miré hacia el techo, tratando de ordenar mis pensamientos, o quizá tratando de llevarlos fuera de aquel despacho, de aquellas amenazas y de aquel peligro. No podía dejar de pensar en dónde estaría Ida y en cómo se sentiría en aquel momento. Miré a Diana y ella me devolvió la mirada. Parecía tan perdida como yo en aquella situación. Yo lamentaba muchísimo haber desconfiado de ella y todavía más haberla metido en esta situación. Después me giré a Samanta, mirándola directamente a los ojos.

—Está bien, Samanta. Escucharé lo que tengas que decirme. Pero antes, respóndeme a una cosa. ¿Trabajáis para el gobierno, verdad?

La media sonrisa había vuelto a su cara, acompañada de una mezcla de satisfacción y victoria. Asintió.

—Sí, desde hace algún tiempo. Verás, Yago, ¿recuerdas los experimentos de recondicionamiento mental del proyecto Prometeo? Claro que los recuerdas… Nunca habíamos avanzado tanto en la investigación, a pesar de los accidentes. Pero tu afán de protagonismo, de hacerlo todo público y los remilgos morales de Diana lo pusieron todo en peligro. Yo me sentía impotente, Yago, viendo como mandabais todo nuestro trabajo al traste y el gobierno nos retiraba las subvenciones. Era ridículo, Yago, estabais hundiendo las carreras de todo el equipo con vuestra estúpida guerra. Entonces tú te fuiste y Diana, actuando como una completa tirana, dijo que debíamos olvidarnos de volver a repetir cualquier experimento de ese tipo. Yo estuve a punto de abandonarlo todo….

Vi la mirada de odio que le dirigió Diana en aquel momento, pero Samanta la ignoraba completamente, solo se dirigía a mí.

—Sin embargo, poco después de que te fueras me contactaron. El gobierno se había interesado por los buenos resultados del

experimento, pero no quería que la cosa saliese a la luz y, dado que yo había sido la que había estado al frente de aquel trabajo, me encargaron que formara un nuevo equipo para un proyecto que, esta vez, sería secreto. Por supuesto, viendo las expectativas de seguir trabajando bajo la dirección de Diana, acepté.

»Reuní a la gente de mi confianza del viejo equipo y elegimos llamar Eósforo al nuevo proyecto. Desde entonces se han ido sumando algunos investigadores más. Félix entró algo más tarde, hace unos meses. Como estaba en una relación con Diana se lo pensó un poco cuando se lo propuse, pero pronto buscó una excusa para salir de aquella relación. Lo siento, querida. —Se dirigió a Diana con ese aire de superioridad; pero ella no le devolvió el gesto, estaba demasiado ocupada asesinando a Félix con la mirada. —En fin… Hemos avanzado mucho desde entonces, Yago. En serio, nunca se nos habría ocurrido que podríamos llegar tan lejos. En cuanto pudimos desmantelamos el proyecto Prometeo, permitiéndole a Diana que abriera la asignatura de albología, quizá con algún miembro del equipo que no estuviese en el nuevo proyecto. Si te soy sincera, nos sorprendió bastante que te contactara precisamente a ti… ¿Verdad, Félix? —El otro asintió con la cabeza. —He de decir que, además de para mantener entretenida a Diana, nos ha sido útil como cantera: estáis formando muy bien a esos jóvenes, os felicito.

Yo había empezado a escucharla atentamente, en parte furioso y en parte fascinado. No pude evitar pensar en Julio y en el resto de estudiantes destacados y sentirme traicionado por ellos, aunque es posible que yo hubiera hecho lo mismo de haberme encontrado en su posición. Seguía pensando en la forma de salir de allí y buscar a Ida, pero también sentía una curiosidad irresistible por las palabras de Samanta. Un nuevo proyecto, el proyecto Eósforo… ¿Qué descubrimientos habrían logrado hacer en aquel año de trabajo?

—Ahora mismo somos un equipo bastante grande, con gente de varias universidades distintas; y ya no hay limitaciones de presupuesto. Realmente me alegró cuando vi que habías vuelto a la universidad, Yago. Pensé en invitarte a unirte al nuevo proyecto, antes de saber lo de la niña; siempre fuiste el mejor de todos nosotros. —De nuevo hablaba con una voz suave, amable. Yo la miré con desconfianza, pero no dije nada. —Como te decía, hemos avanzado mucho. Verás, en cuanto pudimos hacernos con mejor equipo técnico pudimos empezar a analizar a los seres blancos. Era una tarea complicada y suponía colocar máquinas en ciertas partes de la ciudad y dejarlas allí toda la noche, recogiendo datos. Pero los aparatos son bastante grandes y no podíamos dejarlas a la vista de todo el mundo… Por suerte el gobierno nos facilitó acceso a la red de alcantarillado. Allí, como sabes, también aparecen los seres blancos. Cotejando datos

nos dimos cuenta de algo increíble.

»Como también sabes, hace tiempo que somos conscientes de que el universo tiene más que ver con un modelo caótico que con la máquina mecánica que imaginaron nuestros antepasados. A nuestra escala es posible que todo parezca tener sentido, pero si uno aumenta o disminuye a escala lo suficiente, todo se complica. Las partículas subatómicas se comportan de forma ilógica, la materia oscura, los agujeros negros… Allá donde miramos parece que el orden solo se encuentra en nuestra mente. Las máquinas que colocamos comenzaron a captar algo, algo distinto a lo que captaban cuando las colocábamos donde había humanos.

»Verás. Allí donde había una mente humana, o donde no la había pero estaban nuestros instrumentos de observación, la materia se comportaba siempre de la forma esperada: la luz viajaba a la velocidad normal, el agua hervía a cien grados… Ya sabes. Sin embargo, en contacto con los seres blancos, los datos variaban y ocurrían cosas inexplicables. A veces era como si el tiempo se dilatase o fuera un poco más rápido; otras, era la luz la que viajaba más rápido o más lentamente de lo que debía; en otras, se registraban cambios en la materia, como formación espontánea de elementos que no se encontraban en el ambiente. ¿Increíble, no?

Yo no podía dejar de escucharla, maravillado. Parecía que todavía no sabían de dónde procedían los seres blancos, pero aquellos datos nos acercaban mucho a su origen. Por unos momentos olvidé todo. Olvidé que Samanta había secuestrado a Ida, olvidé que Félix llevaba una pistola en el pantalón, olvidé la rabia que debía estar sintiendo Diana. Por unos momentos deseé haber estado presente cuando el proyecto Eósforo había hecho aquellos avances.

—Sí. Es increíble. ¿Qué pretendéis hacer con Ida?

—Eso, la niña. Debo decir que nos sorprendió muchísimo cuando, de pronto, recibimos el aviso de que una mujer había notificado en uno de los capítulos de la Iglesia de los Ángeles Blancos que su sobrina podía caminar por la calle de noche sin que ellos la hicieran desaparecer. Al principio la tomamos por una loca, pero ella insistió tanto a su sacerdote de que la niña era especial que acabamos mandando a Félix a examinarla. Todavía fue más sorprendente saber que su sobrina era la misma niña que tú habías adoptado, Yago. Tienes un olfato increíble. Bien, nuestra teoría es que hay alguna clase de partícula en los seres blancos que todavía no hemos descubierto pero que debe de hallarse en todo el universo en pequeñas proporciones. Por comodidad la hemos llamado la partícula del caos. Por algún motivo que desconocemos, nuestras mentes repelen esas partículas, las anulan, pero también se ven anuladas por ellas si se encuentran en una proporción demasiado elevada, como la que al

parecer se encuentra en los seres blancos. Ese es el motivo por el que nos destruyen, atraídos por nuestra actividad cerebral, especialmente por nuestras emociones más intensas, como ya descubrió el proyecto Prometeo. Pensamos que la niña, Ida, actúa como un inhibidor de ese efecto. Es eso lo que queremos comprobar. Si es así, quizá encontremos también la forma de replicar su «don».

Yo estaba en silencio, tratando de asimilar lo que ella contaba. Todo tenía sentido. Sí, si realmente Ida era un inhibidor de los efectos de la mente humana sobre aquellas partículas del caos podíamos investigar por qué motivo lo era y tratar de replicarlo. Eso quizá no explicara el origen de los gigantes blancos, ni los expulsara, pero supondría liberar a la humanidad entera, recuperar las noches aunque ellos siguieran allí. Era el mejor de los futuros que habíamos podido soñar en mucho tiempo.

—Yago, todavía quiero que te unas al proyecto Eósforo. Sigues siendo uno de los mayores expertos del mundo en albología y ya has tenido contacto con las habilidades de la niña durante algún tiempo. Necesitamos tu talento. Te necesitamos con nosotros. Entiendo que toda esta situación ha sido un poco violenta; te prometo que le insistí a Félix en que no trajera esa maldita pistola, pero necesitábamos hablar contigo tranquilamente. Piensa en todo lo que podríamos conseguir. Estoy segura de que, de hecho, ya estás pensando en ello. Además, así podrás estar con Ida. Ya hemos hecho las gestiones pertinentes y el gobierno nos ha concedido la tutela.

Samanta siempre sabía lo que uno tenía en la cabeza. Sus ojos, pequeños pero penetrantes, me escrutaban a través de las lentes de cristal grueso. Creo que ella empezaba a sentir que me estaba ganando para su causa, porque no dejaba de sonreír mientras lo hacía. Lo de la tutela me había golpeado con fuerza, pero no permití que se me notase en la cara.

Yo me levanté lentamente, mirándole a los ojos. Había conseguido tranquilizarme lo suficiente como para hablar con claridad.

—Tienes razón, Sam. Habéis hecho grandes descubrimientos y la niña podría hacernos llegar todavía más lejos. Está bien. —Me veía a mí mismo uniéndome al proyecto, aprendiendo a manejar toda la maquinaria nueva, trabajando con mis viejos compañeros, conociendo a los nuevos, volviendo a ser quienes robaran la llama a los dioses para entregársela a la humanidad. Realmente lo quería. Por eso, era muy posible que tarde o temprano me arrepintiera de lo que estaba a punto de hacer.

Avancé hacia Samanta, cuyos ojos brillaban de emoción contenida, como los de un gato que acaba de apresar a un ratón entre sus zarpas pero todavía no le ha hincado el diente.

—Entonces, bienvenido al equipo.

Alargué la mano para estrechársela, mientras daba unos cuantos pasos, pausados y lentos hacia ella. El gato se estaba relamiendo, ya podía sentir el sabor del ratón en la punta de su lengua.

—Yago… No. Por favor. —Era la voz de Diana y sonaba como si lo hubiera dicho entre lágrimas. No la miré. No podía mirarle a la cara, si lo hacía no sería capaz y todo estaría perdido.

Mis dedos ya iban a rozar la mano de Samanta cuando, con un rápido movimiento, agarré la grapadora de metal que Diana tenía sobre el escritorio y la arrojé contra la cara de Félix, deseando desesperadamente acertar con la fuerza suficiente. Este dio un grito, en parte de dolor y en parte de sorpresa, y yo me abalancé sobre él para derribarlo. No sé muy bien cómo lo hice, porque jamás he sido demasiado fuerte ni demasiado hábil, pero logré cogerle el revólver. Mientras lo hacía levantarse, con una mano lo agarré del brazo izquierdo, manteniéndoselo contra la espalda, mientras le apretaba el cañón del revólver contra la sien.

Me temblaba un poco el pulso, nunca en mi vida había tenido un arma entre las manos y no tenía muy claro si iba a ser capaz de dispararle. El revólver pesaba más de lo que habría imaginado. Tragué saliva.

—¡¿Dónde tenéis a Ida?! ¡Decídmelo ahora mismo!

—Tranquilízate, Yago. ¿De verdad quieres cometer el mayor error de tu vida? —Samanta parecía verdaderamente irritada. Debió molestarle que alguien, por primera vez, escapara a sus análisis y no actuara como ella pensaba que iba a hacerlo. Arrebatándole la pistola a Félix, también le había arrancado a ella su orgullo.

Recordé cómo había encontrado a Ida en aquella iglesia, obligada a avanzar por aquel pasillo de gente, y después los gritos del sacerdote gritando que me matasen. Recordé de qué manera había llorado Ida cuando conseguimos salir de allí. Mi mano dejó de temblar y pude apretar el arma con fuerza contra la cabeza de Félix, mientras acariciaba gatillo con el dedo índice. Miré a Samanta a los ojos, desafiante.

—Samanta, o me dices ahora mismo dónde está o la cabeza de este capullo va a volar por los aires.

Podía ver cómo una gota de sudor corría por la frente del químico; parecía muy asustado y la mueca burlona de su rostro había dejado paso a una expresión de pánico. Samanta suspiró y se cruzó de brazos.

—¡Está bien! Está en el edificio de servicios universitarios. Pero no lograrás nada yendo allí como un loco, la tenemos bien vigilada. Deberías devolvernos ese arma…

Había dejado de escucharla. Empujé a Félix hacia dentro de la habitación, haciéndole caer de bruces, y eché a correr por el pasillo mientras me guardaba el revólver en el pantalón. Debía llegar lo antes

posible, aunque sería difícil hacerlo antes de que Samanta pudiera contactar con los hombres de los trajes y avisarles de que yo me dirigía hacia allí. Era consciente de ello, pero no me importaba: Ida me necesitaba. Necesitaba volver conmigo. Después huiríamos. No podríamos volver a casa después de todo esto, pero la noche era nuestra y eso nos daría una ventaja; si es que lográbamos llegar a la noche.

Atravesé el campus tratando de esconderme tras los árboles y los coches que estaban aparcados entre las facultades. En aquel momento no había demasiada gente y pronto llegué a uno de los laterales del edificio de servicios universitarios. Era uno de esos edificios prefabricados, con los paneles pintados de color gris cemento, sin ninguna clase de valor arquitectónico. Traté de entrar por la puerta de incendios que había en aquel lateral, pero solo podía abrirse desde dentro. Avancé agazapado hasta la esquina y eché un rápido vistazo. Un hombre vestido con un traje gris hacía guardia ante la puerta principal. Llevaba gafas de sol de cristal oscuro y un pinganillo en la oreja, y no parecía haberse dado cuenta de que yo estaba allí. Volví a esconderme y saqué el revólver del pantalón, sujetándolo con ambas manos.

Ida estaba dentro y él bloqueaba el único acceso. Si quería entrar tenía que acabar con él, pero yo nunca antes había disparado y lo más seguro es que él también fuera armado. Si fallaba el tiro él sacaría su arma y acabaría conmigo. Además, ni siquiera estaba seguro de ser capaz de dispararle. Lo de Félix había sido un farol que había funcionado; no sé qué habría dicho si Samanta no hubiese llegado a hablar o si Diana hubiese llegado a decir algo en contra. El subidón de adrenalina me había llevado hasta allí y me había hecho sujetar aquel arma, pero en ese momento todo eran dudas.

Pero yo no podía dudar. Samanta había dicho que el gobierno les había concedido la tutela de Ida. Ahora era suya, legalmente suya, para investigarla, para aterrorizarla, para seguir torturándola. No podía permitirlo. Por nada del mundo debía permitir algo así.

Me aparté unos pasos de la pared para poder ver al hombre de traje sin que él me viera y apunté a su cabeza. ¿Qué haría después de dispararle? Entrar corriendo a buscar a Ida, lo más rápido que pudiera. ¿Y si había otros dentro? Les dispararía también. Después tendría que salir de allí antes de que llegara la policía. Me sequé el sudor de la frente con el dorso de la mano. Alguna vez, cuando estaba en la carrera, había salido con compañeros a echar alguna partida de dardos. No tenía mala puntería, pero esto era completamente diferente.

Puse los dos dedos índices sobre el gatillo y conté hasta tres para mí mismo, dudando hasta el último segundo. Estaba decidido a

apretarlo cuando sentí un fuerte golpe en la nunca. Caí de rodillas sin llegar a ver quién o qué me había golpeado. Todo se puso negro y mi cabeza chocó contra el pavimento.

CAPÍTULO 9

No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente, pero cuando desperté todo estaba oscuro a mi alrededor. Me sobresalté, pensando que seguía en la calle y que en cualquier momento uno de los seres blancos me devoraría, pero pronto me di cuenta de que estaba tendido sobre una cama en una habitación de hospital. Las persianas estaban bajadas y solo un poco de luz entraba desde el pasillo por una puerta entreabierta. La cabeza nunca me había dolido tanto.

Alguien me había quitado la ropa, dejándome solo los calzoncillos, y me había puesto una bata verde en su lugar. Fui a decir algo, pero sentí la boca terriblemente seca. Distinguí a mi lado, en la penumbra, una mesilla sobre la que alguien había colocado una jarra de agua y un vaso de cristal. Me costaba un poco moverme con aquella jaqueca, pero logré servirme un poco y beber.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Pude decir finalmente.

Me sentía muy confuso y no recordaba muy bien lo que había pasado. Me habían golpeado con algo duro y frío, seguramente la culata de una pistola. ¿Yo había llegado a disparar? No lo tenía claro. De haberlo hecho seguramente me habría despertado esposado, aunque quizá me hubieran llevado a aquel hospital y hubiera un guardia en la puerta. Me incorporé un poco mientras alguien invadía la habitación y encendía la luz. Cerré los ojos.

Tardé un poco en acostumbrarme a aquella luz blanca. Cuando los volví a abrir vi a mi lado a una enfermera, ni joven ni mayor, que me miraba con gesto de preocupación.

—Por fin se ha despertado.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas diez horas. Es medianoche.

Yo me quedé en silencio. Habían conseguido llevarse a Ida. Seguramente ya la tendrían muy lejos de allí y yo no tenía forma de saberlo. Además, debía esperar a que amaneciera para poder salir del hospital. Me sentía completamente derrotado e impotente.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —Pregunté, pensando en Diana. Quizá hubiese sido ella quien me había llevado hasta el hospital y todavía seguía allí. Necesitaba verla y decirle que sentía haber dudado de ella y también haberle hecho sufrir con mi pequeña farsa en su despacho. Que, sobre todo, sentía haber perdido a Ida.

—Un grupo de estudiantes le encontró tendido en un rincón del campus. Al principio pensaron que era usted un borracho, pero uno de ellos le reconoció. Se acercaron a usted y cuando vieron que estaba

inconsciente llamaron a una ambulancia. Se fueron antes de que anocheciera.

—¿Me dejarán irme de aquí cuando amanezca? —Parecía que la policía no tenía nada que ver con que yo estuviera allí, pero necesitaba estar seguro.

—Sí. Bueno, a primera hora vendrá el médico a hacerle unas pruebas, pero le veo bastante bien, así que imagino que le daremos el alta sin mayor problema. ¿Quiere que llame a alguien para que venga a buscarle mañana?

Le dije que sí y le escribí el número de teléfono de Diana en un papel. La enfermera se fue a llamar y volvió al cabo de un rato.

—Disculpe, he llamado tres veces, pero no contesta nadie. ¿Está seguro de que me ha dado bien el número?

La enfermera me dio el papel y yo lo repasé una vez y luego otra. Sin duda había escrito todos los números bien. Si Diana no contestaba debía ser por una razón. Comencé a sentirme muy inquieto ante la idea de que algo le hubiera podido pasar a ella y al instante me di cuenta de que la había dejado sola. Yo había salido corriendo a por Ida y la había abandonado en su despacho, con aquellos dos. Comencé a respirar agitadamente. La enfermera me puso una mano en el hombro.

—Debe permanecer tranquilo. Lo más seguro es que esté durmiendo y no haya oído las llamadas, mañana volveremos a intentarlo. Ahora lo que debe hacer es descansar. ¿Necesita algo más? —Era una mujer grande y, aunque no creía que Diana estuviera durmiendo después de todo lo que había ocurrido, sus palabras me tranquilizaron un poco.

—Lo cierto es que me duele un poco la cabeza.

—Es normal, debió de ser un buen tropezón el suyo. Enseguida le traeré algo para eso.

La enfermera volvió con un sobre de ibuprofeno, que me tomé con un vaso de agua. Después salió de la habitación, dejándome de nuevo la luz apagada. Yo me quedé solo con mis pensamientos.

Traté de dormir un poco, pero no fui capaz. Estaba demasiado nervioso y no podía dejar de darle vueltas a todo lo que había ocurrido. No podía terminar de asimilar que Samanta hubiera estado detrás de todo, ni terminaba de creer que ahora Ida estuviera en sus manos. En cualquier caso, si ahora trabajaban para un proyecto secreto del gobierno, la opción de acudir a la policía quedaba totalmente descartada.

La noche siguiente a la llegada de los seres blancos todos los gobiernos del mundo trataron de hacerles frente desplegando a sus fuerzas militares, solo para que estas acabaran totalmente exterminadas. Yo todavía era un niño y la mayor parte de todo lo que

pasó lo viví desde mi casa, pero los días siguientes todo fue un caos. La gente salía a las calles a exigir soluciones mientras la mayor parte de los gobiernos, completamente impotentes, dimitían o eran depuestos tras un golpe de Estado.

En nuestro caso se convocaron elecciones anticipadas y las ganó el único partido que había sido capaz de elaborar un programa de actuación lo bastante claro y contundente. En la práctica suponía declarar un estado de excepción permanente, dotando a la policía de una gran autonomía para mantener el orden público. Poco después se instaló el sistema de sirenas, los programas de adopción exprés y una reforma económica que repartía a los trabajadores en los trabajos que se estimaban más necesarios para el mantenimiento de la producción. Salíamos de un paro endémico para pasar a una absoluta carencia de mano de obra. La gente celebraba aquellas medidas y el gobierno se mantuvo unas elecciones tras otras hasta que lograron reformar la constitución para blindar su poder.

Después llegaron todas las medidas enfocadas en mantener a la sociedad en un estado de apatía y pesimista aceptación de la realidad: la reforma educativa, para educar a los niños en el miedo a la noche desde pequeños, los tribunales de censura, el surgimiento de todas aquellas sectas y las desapariciones. En un mundo en el que cualquiera que no se mantuviera alerta podía ser devorado en mitad de la noche, el gobierno no tardó en darse cuenta lo fácil que era deshacerse de cualquier disidente sin que nadie pudiera acusarles de ello. Aquellos casos me rondaban por la cabeza y no podía dejar de pensar en lo que le pudiera haber pasado a Diana.

Me levanté de la cama y me vestí. Ya no me dolía tanto la cabeza y necesitaba estirar las piernas y despejarme un poco. Tenía algo de hambre y encontré mi cartera en los pantalones. En una cabina, la enfermera que me había atendido leía un libro. Todo estaba tranquilo, con un silencio aséptico solo interrumpido por alguna que otra tos. Había unas máquinas de bebidas y aperitivos al final del pasillo, al lado de unas sillas blancas clavadas a la pared. Caminé hasta allí. Con un par de monedas saqué unas chocolatinas y me senté. No había comido nada en todo el día.

Cuando las terminé tiré el plástico a la papelera y permanecí allí sentado. El pasillo estaba suavemente iluminado por las luces de emergencia y una figura salió de unas habitaciones. Caminaba hacia mí encorvada, apoyándose en un bastón.

El anciano llegó hasta las máquinas.

—Buenas noches —dijo, mientras sacaba un vaso de café con leche caliente de la máquina. Sin azúcar.

—Buenas.

Cuando terminó se sentó a mi lado con un suspiro, sujetando el

vaso de plástico blanco entre las manos para calentárselas. Permanecimos un rato en silencio mientras él daba algunos sorbos. A mí también me apeteció café y me levanté para sacar uno para mí. Solo, doble de agua, con azúcar. Siempre me había gustado el café largo, aunque esos mejunjes de máquina sabían a rayos. Me volví a sentar al lado del viejo, que ya se estaba terminando el suyo.

—¿Ha venido a visitar a alguien? —Preguntó sin mirarme.

—No. No, en realidad soy yo el que está ingresado.

—No parece que le ocurra nada grave…

—Bueno, hoy me dieron un golpe en la cabeza, pero ya estoy mejor. Creo que mañana me darán el alta.

—Entiendo…

Di un sorbo al café y casi me quemé la lengua al hacerlo. El anciano permanecía mirando hacia el fondo del oscuro pasillo, con los dedos entrelazados alrededor de su vaso. Llevaba una bata gruesa y unas zapatillas de andar por casa y tenía el aspecto de llevar allí bastante tiempo.

—¿Y… por qué está usted aquí?

—Me estoy muriendo. —Lo dijo en el mismo tono que uno responde cuando le preguntan la hora. De pronto me sentí muy incómodo. Estar allí aquella noche, hablando con aquel desconocido, me parecía completamente absurdo. La noche anterior tenía un futuro por delante, personas a las que amar, un lugar seguro al que volver. Era como si todo hubiera perdido el sentido de golpe.

—Lo siento… Quizá no debí preguntar, disculpe.

—Tranquilo, ya llevo bastante tiempo muriéndome. Es agradable poder hablar con alguien, no tengo a nadie que me visite. —La voz del anciano sonaba muy ronca. —¿Cómo se llama usted, joven?

—Santiago.

—Santiago… Es un buen nombre. Yo me llamo Rodolfo y esta noche, su camarada de armas —dijo, y señaló mi bata verde y después la suya con una mano huesuda y arrugada. Yo sonreí y él me guiñó un ojo y me tendió la mano. Se la apreté y me sorprendió que, a pesar de su edad, tenía bastante fuerza.

—Encantado. Respecto a lo que usted decía, yo no estoy muy seguro de seguir teniendo alguien que me visite...

El viejo asintió en silencio. Después tiró el vaso del café a la papelera y se cruzó de brazos. Frunció el ceño con gesto pensativo y sus ojos quedaron como hundidos, ocultos por la sombra de sus pobladas cejas blancas.

—¿Por qué lucha usted, Santiago?

La pregunta me cogió por sorpresa. ¿Por qué luchaba? Durante muchos años había luchado por devolver la noche al mundo. Ahora, además, luchaba por Ida, lo que hasta cierto punto creo que también

era luchar por mí mismo, por aquello de humano que todavía quedaba en mí, en una sociedad que había perdido su humanidad cuando le habían robado el fuego.

—Lucho porque mi hija conozca una humanidad con noche —contesté finalmente.

Rodolfo pareció satisfecho con mi respuesta porque una sonrisa apareció en su rostro lleno de arrugas. Asintió un par de veces y, por primera vez, me miró a la cara. Entre la sombra que proyectaban sus cejas pude ver un brillo fugaz de sus ojos.

—Ya no veo demasiado bien, pero parece usted más joven de lo que pensaba, Santiago. Lucha por una noche que, por su edad, no conoce. Creo que eso le honra, verdaderamente. Pero también le convierte en un ingenuo, ¿no cree?

—Bueno, ellos llegaron cuando yo tenía ocho años.

—¿Y qué sabe un niño de ocho años de la noche? Nada… Yo trabajé de noche gran parte de mi vida llevando un bar. La gente era muy distinta por la noche, señor Santiago. A veces más libres, a veces más vivos, a veces todo lo contrario. Esta ciudad era bastante segura, pero sabrá usted que había lugares del mundo donde salir por la noche era todo un riesgo. Pero claro, no aquí. A mí me encantaba, los días en los que no abríamos el bar, salir a pasear con mi mujer por el parque nada más anochecer. A veces íbamos al mirador que hay en los pinares, al sur de Albeida, en su punto más alto, y contemplábamos juntos todas las luces encendidas, como miles de estrellas. Eso era mágico. Pero ellos se las llevaron. Esas noches, y también a mi mujer. No todo era bueno, Santiago, pero es que ahora la gente no vive.

El relato del anciano me hizo acordarme de las noches en las que paseaba con Ida. Nuestras luces no eran las de los edificios, sino las miles de estrellas que, precisamente por no existir las otras, podíamos ver nosotros.

—Hay quien todavía lo intenta. Pero tiene usted razón, la mayor parte se pasa la vida encerrada. Es como si todo el mundo llevara veinte años en estado de *shock*.

—Tienen miedo. Antes también había cosas que temer, por supuesto, pero no como ahora. Yo me he mantenido firme todos estos años, con una sonrisa a pesar de todo, como ella habría querido. Escuche, Santiago. Siga luchando por poder regalar a su hija esa noche que no conoce; es un sueño muy noble.

Miré al anciano con algo de pena. Yo quería luchar por todo aquello, sí, pero si Diana no daba señales de vida al día siguiente no tendría ninguna pista sobre su paradero ni el de Ida, y no sabría qué hacer. Tendría que seguir adelante como fuera, como había hecho aquel hombre tras perder a su mujer… como yo mismo en los últimos veinte años. Debíamos seguir viviendo.

—Gracias. Lo haré. —Le dije, con una media sonrisa. —Ahora voy a intentar dormir un poco. Que tenga una buena noche, camarada de armas.

—Igualmente —dijo, y se llevó una mano a la sien en una imitación del saludo militar.

Caminé a lo largo del pasillo y, antes de meterme de nuevo en la habitación, miré hacia la esquina. El anciano seguía allí sentado, con la mirada perdida. Me pregunté cuánto tiempo le quedaría de vida. Aquella conversación me había dado la suficiente fuerza como para poder dormirme.

A la mañana siguiente Diana seguía sin contestar al teléfono del hospital y yo me había quedado sin batería en el móvil. Un médico vino a reconocerme y dijo que yo estaba bien, que el golpe no parecía haberme producido ningún daño cerebral. Después de dormir aquella noche había dejado de dolerme la cabeza. Me hizo rellenar un par de papeles y me concedió el alta. Antes de irme pregunté a la enfermera por Rodolfo.

—¿Disculpe?

—Rodolfo, un anciano muy amable que está ingresado en esta planta; lo vi anoche.

—Ah, sí, se refiere al señor de la habitación doscientos cinco. Nunca consigue dormir por la noche, es por los dolores.

—Ya veo… Gracias.

La puerta de la habitación estaba entreabierta y yo entré sin llamar, para despedirme. El anciano estaba dormido, o quizá muy sedado, conectado a una máquina de respiración asistida. Ahora que podía verlo a plena luz me di cuenta de que realmente parecía muy enfermo. Se moría, lo había dicho claramente la noche anterior. Sentí algo de pena por él y no quise despertarle; pero antes de salir me prometí a mí mismo que, si todo aquello acababa y él seguía vivo, volvería a visitarle.

No estaba muy lejos de la universidad. Algo intranquilo caminé hasta allí y localicé mi coche justo donde lo había dejado, pero con el parabrisas cubierto de multas de tráfico. Por suerte los agentes en ocasiones eran demasiado descuidados en su tarea como para molestarse en llamar a una grúa. A esas horas yo debía entrar a mi facultad a impartir clase, pero decidí olvidarme de ello y conducir directamente hasta casa de Diana.

Llamé a su timbre cuatro veces antes de darme por vencido. Me desesperé. Necesitaba ayuda y no sabía a quién acudir. Se la habían llevado, o bien la habían hecho desparecer. Quizá ya no estuviera viva. Aquella idea por poco hizo que me derrumbara de nuevo, pero logré recomponerme, subir de nuevo al coche y llegar hasta mi casa.

No se me ocurría cómo seguir, pero allí por lo menos podía cargar

el móvil y quizá se me ocurriera alguien para llamar. Cuando lo tuve cargado pasé varios minutos con él en la mano, mirando fijamente la pantalla mientras repasaba los números de la agenda. Entonces me llegaron varios mensajes de Diana, de la noche anterior, preguntándome que dónde estaba. Al menos estaba seguro de que no la habían matado justo después de darme el golpe, pero no se había vuelto a conectar desde entonces. Le mandé varios mensajes pero no le llegó ninguno.

Volví a la agenda para repasar nombre tras nombre. Ahí estaba mi tía Bea y el resto de la familia de mi padre, los compañeros del departamento, algún que otro alumno, los profesores de Ida, el director del periódico de mi padre… ¡Cierto! Quizá podría contarle todo al periódico. Se armaría un gran escándalo en cuanto se supiera que el gobierno había estado manteniendo en secreto el proyecto Eósforo y, con un poco de suerte, no tendrían más remedio que echarse para atrás y liberar a la niña ante la presión mediática.

Realmente era una locura. Nada me aseguraba que el periódico no se pusiera de parte del gobierno e impidiera que saliera la noticia. Y, en el caso de que me ayudaran, tampoco las tenía todas conmigo para que la población fuera a escandalizarse, quizá incluso aprobaran que el gobierno estuviera utilizando a una niña para sus experimentos, si eso les devolvía un poco de esperanza. Estuve un buen rato dándole vueltas, dudando si llamar o no al director, cuando sonó un número que no tenía registrado.

—¿Diga?

—¿Profesor? —Era la voz de Julio, el estudiante del grupo de Diana, ahora del mío. Recordé que Samanta había dicho que habían estado utilizando nuestra asignatura como cantera para su proyecto. Si eso era cierto, sin duda alguna habían captado a Julio.

—Sí. Dime, Julio.

—¡Vaya alegría localizarle! Tuve que pedir su número al departamento y no tenía muy claro si me lo cogería. Perdón, si me lo cogerías.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que nos reunamos esta tarde. Es muy importante, tengo que hablar con usted.

¿De qué querría hablarme? Se me pasó por la cabeza que podría ser algo de clase, dado que yo no había acudido aquella mañana y él podía tener alguna duda.

—¿No puedes preguntarme por aquí? —Le dije, sin poder evitar que mi desconfianza hacia él se reflejara en mi tono de voz.

—No, profesor. Por aquí no. Por favor.

Estaba clarísimo, Julio sabía algo. Quizá estuviera efectivamente en el proyecto Eósforo o quizá había visto algo de lo que había

ocurrido el día anterior. Al fin y al cabo el edificio de servicios universitarios era visible desde la biblioteca de ciencias y Julio se pasaba allí estudiando más de la mitad de su vida.

—Está bien. ¿Dónde quieres que quedemos?

Julio me había indicado la dirección de un bar. Estaba en un lugar bastante apartado, en una zona de la ciudad casi completamente abandonada. Dudé si acudir a la cita hasta el final. Si el chico estaba trabajando para Samanta todo podía ser una trampa, pero tampoco tenía muchas más opciones. Además… ¿Qué más podían hacerme? Si hubiesen querido matarme ya lo habrían hecho antes.

Llegué antes que él. Era un sitio pequeño y no había un solo cliente. El camarero parecía bastante desganado, porque ni siquiera me dio los buenos días cuando le pedí un café. Me senté en la mesa más apartada de la barra y esperé. Todo tenía un aspecto viejo, sucio y algo descuidado, pero así eran la mayor parte de los bares de Albeida, los escasos que seguían abiertos. Yo vivía en el centro que, junto con el distrito universitario, era uno de los barrios con más vida. A veces olvidaba que el resto de la ciudad se había quedado en gran parte vacía.

Julio entró, me saludó con la mano, dejó el abrigo en una de las sillas y fue a pedir algo. Volvió con un vaso de refresco de limón con hielo, algo que me pareció extraño, porque todavía hacía bastante frío en la calle. De todas formas Julio no tenía demasiada pinta de ser de los que disfrutan del café o de la cerveza. A pesar de su inteligencia aparentaba menos años de los que tenía: casi parecía un adolescente.

—Disculpa profesor, ya estoy contigo, tenía una sed horrorosa —dijo tras dar un buen trago.

—Cuéntame, Julio. ¿De qué querías hablarme?

—Sé dónde se han llevado a su hija. —Me dijo, casi con un susurro. Con un brillo de seriedad en los ojos. Yo le miré fijamente, mientras esperaba que siguiera hablando, suplicando por lo que él pudiera decirme.

—Por favor, sigue.

—Yo… Bueno, ellos me incluyeron en el proyecto Eósforo hace unas semanas. A mí y a otros tres compañeros. Siento mucho habértelo ocultado, profesor. Al principio estaba muy entusiasmado con todo lo que estaba aprendiendo, pero pronto me permitieron participar en la realización de experimentos… ¿Sabes? No está bien lo que hacen. Captan a gente de las sectas, personas realmente desesperadas, y les proponen participar en toda clase de pruebas, a cada cual más peligrosa. Dicen que son voluntarios, pero rara vez les informan de lo que les van a hacer… Aun así aguanté, lograron convencerme de que era necesario, ya sabes, para seguir avanzando. La profesora Samanta puede ser realmente convincente. Siempre acaba diciendo lo que uno quiere oír. —Hablaba un poco atropelladamente, como un niño que trata de explicar a sus padres por qué ha aparecido roto el florero de la estantería del salón.

—Lo sé, Julio, lo es. No te preocupes, lo entiendo. —Le dije para intentar tranquilizarlo un poco. Él asintió y dio otro trago a su refresco.

—Cuando me enteré de lo de tu hija no pude más. Una cosa es experimentar con gente adulta y otra torturar a una niña. Quise avisarte, pero tenía miedo. Últimamente habían empezado a aparecer agentes del gobierno por el laboratorio, armados y vestidos con trajes grises. El ambiente se puso realmente opresivo y nos hacían trabajar como si fuésemos soldados. No supe cómo avisarte antes. Sabía que ayer iban a llevarse a la niña y que intentarían convencerte de que te unieras a ellos. Yo estaba seguro de que tú no accederías y cuando no te vi aparecer en clase esta mañana me preocupé, pensaba que te habrían hecho algo.

—Lo hicieron: me dejaron inconsciente, he pasado la noche en el hospital. Pero… ¿dónde se la han llevado?

—Lo único que sé es que iban a aprovechar la capacidad de la niña para viajar ayer por la noche a Contrebia en uno de sus coches. Allí tiene el proyecto Eósforo su laboratorio principal. Yo tendré que irme también allí, mañana a primera hora. No puedo negarme… —Parecía realmente afligido, como si se sintiera víctima de alguna condena. Realmente lo era, en cierto modo.

Yo había estado en Contrebia, la capital del país, unas cuantas veces en mi vida, participando en algún que otro seminario. Estaba a unas dos horas en coche, lo que significaba que podía llegar antes de que anocheciera si no tardaba mucho en salir. Con todo, localizar a Ida seguía siendo todo un problema en aquel laberinto. Además, seguía sin saber dónde tenían a Diana.

—Julio. ¿Sabes si se llevaron con ellos a la profesora Diana?

—No. Es decir, no lo sé. Si ella se enteró de todo es posible que sí,

que la forzaran a acompañarlos.

—Al menos estará con Ida. ¿Y el laboratorio? ¿Sabes dónde lo tienen?

—Nunca he estado allí. Mañana me llamarán para decirme dónde debo ir cuando llegue a Contrebia. Siento no poder darte más información.

—Tranquilo, Julio, antes de hablar contigo no sabía ni por dónde empezar a buscar. Escucha, voy a salir ya para allí. Conozco un pequeño hotel que siempre tiene plazas libres, me alojaré allí. —Saqué un bolígrafo y cogí una servilleta de papel para apuntarle la dirección. —Está muy cerca del casco antiguo, no tiene pérdida. Esperaré allí hasta que puedas venir para decirme dónde se encuentra el laboratorio. ¿Podrás hacerlo?

—Sí. Creo que no tienen ninguna sospecha sobre mí; seguro que encuentro un momento para escaparme.

—Perfecto, gracias, de verdad. Creo que será mejor que no hablemos más por teléfono. ¿Te parece bien?

—De acuerdo, profesor.

Me levanté de la silla, dejando unas monedas para que pagara las bebidas, junto a la servilleta con la dirección. Ya solo podía pensar en conducir lo más rápido posible, tenía que llegar a Contrebia antes de que la noche lo hiciera. Por suerte, las carreteras, como las ciudades, casi siempre estaban vacías. No tenía muy claro qué haría cuando Julio me dijera dónde habían instalado el laboratorio, pero también tuve que improvisar cuando cogí la pistola. Lo único que sabía era que no tenía más opciones y que debía confiar en mi instinto y en mi suerte. No me habían matado y eso significaba que daban por hecho que me rendiría o que no los encontraría jamás. Al menos el factor sorpresa jugaba de mi parte. Sabía que no había necesidad de salir tan pronto, más todavía cuando Julio tardaría un tiempo en poder reunirse conmigo de nuevo, pero necesitaba estar lo más cerca posible de ellos. Ahora que sabía que Ida y Diana podían estar en la capital yo no podía permanecer en Albeida.

Ya atardecía cuando la silueta de los altos rascacielos de Contrebia se dibujó en el horizonte anaranjado. Cuando llegué al hotel apenas me quedaba gasolina y una sirena sonó en todas las calles. Por poco, pero había logrado llegar antes de que anocheciera.

Era un hotel pequeño, con una docena de habitaciones, pero muy acogedor. Me había alojado allí un par de veces, en una ocasión durante una semana entera, cuando había tenido que acudir a un ciclo de seminarios sobre los seres blancos organizado por el proyecto Prometeo. Cogí una habitación individual, algo pequeña pero bastante cálida y con baño propio. No sabía cuánto tiempo tendría que pasar allí, de todas formas había sacado bastante dinero en efectivo por

miedo a que el gobierno me pudiera anular las cuentas, así que pagar no sería problema.

El hotel tenía tres pisos y estaba situado en un viejo edificio que había sido restaurado hacía algunos años. Sus pasillos eran estrechos y tenía un ascensor de aquellos antiguos con rejas de metal. La cocina era buena y casera y el recibidor era verdaderamente acogedor, con una pequeña biblioteca y cómodos sillones. Lo regentaba una familia formada por dos ancianos, su hija y los hijos e hijas de esta; quizá demasiada gente para un hotel tan pequeño, pero lo cierto es que parecían bastante felices llevándolo.

Yo me pasaba las tardes hablando con la dueña, una viejecita encantadora, y las noches leyendo en el recibidor. Algunas veces la hija de los ancianos dueños, una mujer de mediana edad que hablaba con una voz rota y fumaba muchísimo, me acompañaba con algo de conversación y una copa de coñac. Nunca me preguntó por qué motivo me alojaba allí. Me di cuenta de que nunca echaba las persianas de los ventanales de la planta baja al anochecer. Yo no conseguía dormir demasiado, aunque me pasaba todo el día despierto, sin salir casi nunca del hotel, por si Julio acudía allí.

Una noche charlaba con mi anfitriona mientras mis ojos miraban hacia fuera. Las piernas de un gigante blanco pasaron caminando ante uno de los ventanales.

—Me gusta recordar que siguen allí —dijo la hotelera, agitando un poco la copa de coñac.

—A mí también —concordé.

No dijimos más en toda la noche. Ella se fue a dormir en cuanto se terminó la copa y yo estaba a punto de hacerlo, sentado en aquel sillón, cuando me empezó a sonar el móvil.

—¿Sí? —Pregunté, saliendo del sueño.

—¡Yago! —Contestó una voz y el corazón me dio un vuelco.

CAPÍTULO 10

Noté como me bajaban las lágrimas por las mejillas mientras un alivio inmenso se apoderaba de mí. Diana estaba viva, aunque en su voz se notaba la urgencia. Permanecí unos segundos en silencio, tratando de recomponerme y de parar la avalancha de sentimientos que se me venía encima.

—¡Diana! ¿Estás bien? —Le dije, con un nudo en la garganta.

—Sí, ahora sí. ¿Y tú? Cielos, Yago, pensaba que te había pasado algo… ¿Dónde estás?

Le conté a Diana cómo, tras quitarle el revólver a Félix, había intentado ir a liberar a Ida y cómo me había despertado en el hospital esa misma noche después de que me dejaran inconsciente. Le hablé de cómo Julio me había llamado al día siguiente y que, desde entonces, yo me encontraba en Contrebia, esperando a que él llegase para indicarme donde se encontraba el laboratorio del proyecto Eósforo.

—¿Dónde estás tú? —Le pregunté, un poco con la esperanza de que ella pudiera haberme llamado desde el mismo laboratorio. —Fui a buscarte a tu casa, pero no había nadie. Temí por ti…

—Me llevaron con ellos y con Ida, a la fuerza. Salimos de Albeida bien entrada la noche, después de esperar durante todo el día hasta que Samanta y Félix estuvieron seguros de que nadie iba a advertir que se marchaban de la universidad. ¿Sabes? Tomaron muchas precauciones para que nadie más que ellos se enterase de nada. Es sospechoso, Yago, pero me hace pensar que quizá el gobierno todavía no sepa nada sobre Ida. Durante el viaje, aunque no tuviéramos contacto con la niña, los seres blancos no se nos acercaron mientras estuvimos en el coche. Pero habíamos salido tan tarde que nos descubrió el amanecer y, antes de llegar a Contrebia paramos en una gasolinera. Samanta entró con la niña a comprar algo, mientras Félix llenaba el depósito y entonces él cometió un error: se despistó un instante hablando con el empleado de la estación. Yo no sabía si quedarme con ellos para permanecer con Ida o huir para poder contactar contigo, Yago. Tuve que tomar una decisión… —Estaba llorando mientras lo contaba y traté de calmarla. —En fin. Antes de que se dieran cuenta de que había salido del coche logré que una mujer muy amable me dejara subir en el suyo; se dirigía a Contrebia. Ellos me habían quitado el móvil y la cartera y no podía contactar con nadie… ¡Oh, Yago, fue tan amable aquella mujer! Me sacó de allí, pero yo quería volver a Albeida para contactar contigo, y como no encontré ninguna forma de volver, tuve que pasar la noche en uno de

los refugios de la ciudad. Al día siguiente caminé hasta la carretera y logré que una familia me llevara. Pero para entonces ya era por la tarde y tú no estarías en tu casa. Por suerte, logré entrar en la mía antes de que anocheciera, gracias a que siempre guardo una copia de las llaves en el despacho de la universidad por si me las olvido… Cuando pasé por allí a buscarlas ya no quedaba ninguno de aquellos hombres vestido de gris.

»No sabía qué hacer, Yago, pero pensaba que no podía quedarme demasiado tiempo en Albeida por si ellos volvían a buscarme. Me ha costado bastante llegar, pero ahora estoy en casa de mi hermano. Te he llamado en cuanto he podido, no me sabía tu móvil y mi hermano lo tenía apuntado pero no sabía muy bien dónde; llevamos toda la noche rebuscando entre papeles viejos. ¡No sabes lo que me alegro de que lo hayas cogido!

Suspiré aliviado. Era como si al fin se hubiera disipado un poco la presión que desde hace días llevaba acumulando en el pecho. Había temido que ella hubiera muerto, lo que habría significado que yo también habría dejado de vivir un poco. Diana estaba bien y a salvo. La casa de su hermano, en la costa occidental del país, quedaba un poco lejos de donde yo me encontraba, pero eso también significaba que nuestros enemigos estaban lejos de ella.

—Yo también me alegro, Diana. Te quiero. —Le dije, mientras me secaba las lágrimas con la manga de la camisa.

—Te quiero. —Me respondió ella y después los dos nos quedamos callados durante unos segundos, disfrutando de cómo sonaban aquellas palabras. —Escucha, mañana trataré de recuperar toda mi documentación y de sacar algo de dinero. Podría coger el coche e ir a donde estás tú…

Estuve un rato pensando antes de responderle. Por un lado quería verla, necesitaba tener su apoyo, llorar sobre su hombro y sentirla cerca, pero temía por ella. Además, en cuanto lográsemos rescatar a Ida, si es que lográbamos localizar el laboratorio y salir de allí con ella, tendríamos que abandonar Contrebia lo más rápido posible. De hecho, tendríamos que irnos a otro país, y ni siquiera eso nos garantizaba nada.

—No. Espera. Alguien tiene que tenerlo todo preparado para que podamos huir cuando consiga sacar a Ida de donde la tienen. Creo que deberías quedarte donde estás. Necesito que consigas ropa para los tres y todo lo que podamos necesitar para un viaje largo. Localiza algún país que no realice demasiado control de sus aduanas; necesitaremos tener alojamiento asegurado allí antes de que lleguemos, así que también tendrás que mirar eso.

—Propones huir con Ida. —No era una pregunta. —Está bien, me quedaré para organizarlo todo.

—Gracias. En cuanto consiga traerla conmigo te llamaré para que reserves billetes de avión y te iré a buscar con ella. Nos iremos lejos, conseguiremos salvarla. —No sabía cómo iba a hacerlo, ni siquiera sabía si iba a tener oportunidad de ello, pero debía creerlo.

—Suerte, Yago. Nos vemos pronto, entonces.

—Nos vemos pronto. —Le respondí, sin creérmelo del todo. Colgamos poco después, tras volver a regalarnos palabras de aliento y de cariño y después de prometer volver a llamarla si en tres días no recibía noticias de la niña, entonces habría que empezar a pensar en otra solución.

Cada día que pasaba sin que Julio viniera al hotel era más desesperante, significaba un día más de sufrimiento para Ida y, además, había empezado a preocuparme también por Julio. No podía imaginar qué habrían sido capaces de hacerle si se hubieran enterado de que me había estado ayudando. Dos días después de la llamada de Diana yo ya me sentía completamente desquiciado, harto de permanecer en el hotel con los brazos cruzados.

Le dejé mi número al hijo de los dueños del hotel para que me llamase si llegaba un hombre preguntando por mí mientras yo no estaba. No quería involucrar a más gente en todo aquel asunto, pero necesitaba hacer algo. Estuve pensando un tiempo por dónde sería mejor empezar, pero finalmente me decanté por la universidad, allí conocía a unos cuantos profesores de la facultad de ciencias y quizá tuviera la suerte de que hubiera alguno de ellos que no hubiese sido captado por el proyecto Eósforo. Con un poco más de suerte también habrían visto a Samanta o a Félix recientemente y podrían darme alguna pista sobre su paradero. Sabía que hacer aquello también me ponía a mí en riesgo, pero no tenía muchas más opciones.

Contrebia era inmensa, pero precisamente por ello parecía más vacía y desoladora que cualquier otra ciudad. En todas las calles había edificios completamente abandonados, ruinosos, con la pintura de las paredes hinchada y desprendida o los cristales rotos. El gobierno había derribado los que suponían un mayor peligro, dejando también muchos solares vacíos. Toda la capital parecía en estado de descomposición. Encontré una gasolinera donde llenar el depósito del coche y después atravesé la ciudad. Tardé una hora en llegar hasta su otro extremo, donde se situaba uno de los principales campus.

La ciudad universitaria seguía estando como la recordaba. La mayor parte de sus edificios eran de comienzos del siglo pasado, aunque casi todos se habían reformado con el tiempo. Pasé toda la mañana y parte de la tarde dando vueltas por allí, buscando a antiguos colegas de la facultad de ciencias, gente que conocía de los seminarios organizados por el proyecto Prometeo y que admiraban mi trabajo, o por lo menos lo hacían en aquel entonces. Me crucé con un

par de rostros conocidos, que no parecieron reconocerme y pasaron de largo sin decirme nada. Me di cuenta entonces de que llevaba varios días con la misma ropa y que, aunque en el hotel me había duchado, tampoco había conseguido cuchillas para poder afeitarme, por lo que no debía de estar demasiado reconocible. Decidí acudir directamente al despacho del catedrático de física cuántica, con el que había mantenido contacto de forma regular durante bastantes años. Llamé a su puerta, pero estaba cerrada.

—Disculpe, creo que me busca a mí —dijo una voz a mi espalda, mientras una mano me tocaba el hombro.

Me giré, era él. Tenía el aspecto de un hombre que se ha pasado la vida entre aquellos muros. Al principio me miraba con desconcierto, como si no me reconociera, pero después pasó a mirarme como si yo fuera una aparición de otro mundo. Como la gente había mirado a los seres blancos la noche que llegaron.

—¿Qué hace usted aquí? —Preguntó, escudriñándome con sus ojos y dando un paso hacia atrás, como si temiera que yo fuera a hacerle algo.

—Veo que usted sí me recuerda. Escuche, ¿recuerda también a la doctora Samanta? Del proyecto Prometeo, vino alguna vez acompañándome a los seminarios que impartimos aquí…

—No. Hace años que no la veo. —Me cortó, y justo después dio la vuelta, dándome la espalda para irse de allí. Yo avancé hasta ponerme delante de él y lo sujeté por los hombros con fuerza para obligarle a que me mirase a la cara. Era un hombre mayor y al principio me miró con miedo, o más bien con sorpresa, pero pronto pareció serenarse.

—¿Dónde está? Estoy seguro de que usted lo sabe. Si no, no huiría de mí como lo está haciendo.

—Quíteme las manos de encima. Se está usted comportando como un loco y estoy seguro de que no querrá que alguien llame a la policía, ¿verdad?

Lo miré a los ojos, pero él me sostuvo la mirada. Si llamaba a la policía estaba perdido. Ya lo estaba, si, como creía, él formaba parte del proyecto Eósforo: avisaría a Samanta y ella tomaría medidas contra mí. Me sentía cansado, con los nervios destrozados, llevaba todo el día recorriendo aquella maldita universidad de lado a lado como un maniaco y eso después de haber estado varios días encerrado en aquel hotel. Lo tenía claro, tenía claro que debía hacer todo lo posible por salvar a Ida y, sin embargo, no supe qué hacer ante el primer obstáculo que me salía al paso. Lo solté y me di la vuelta para irme de allí.

—Escuche. —Me dijo, mientras yo me iba. —Esto se lo digo por el respeto que alguna vez le tuve. Aléjese, no conseguirá usted nada. De hecho, dentro de poco ni siquiera el gobierno podrá pararnos. Y todo

gracias a su hija. Además, ¿no querrá usted acabar como aquel joven estudiante?

Me giré bruscamente hacia él y volví a agarrarlo, esta vez del cuello alto de su jersey y con mucha más fuerza, atrayéndolo hacia mí. Pareció que en esta ocasión cedió al miedo, porque daba la sensación de que los ojos se le iban a salir de las cuencas.

—¡¿Qué le habéis hecho a Julio?! ¡Responde! ¡¿Dónde tenéis a Ida?!

—Se lo diré —respondió atropelladamente. Yo aflojé el brazo para dejarle hablar, mientras me aseguraba de que nadie nos estuviera mirando. —No somos los monstruos que usted piensa. Su joven alumno se había convertido en una molestia y lo hemos mandado de viaje esta misma mañana, con uno de los equipos piloto que estamos empezando a formar en otros países; allí será útil y quizá aprenda algo de disciplina. —Me costaba creer sus palabras, pero tenía sentido, un estudiante como Julio les era demasiado valioso como para, sencillamente, hacerlo desaparecer. —En cuanto a la niña, está, como ya sabe, en nuestro laboratorio central. Para su información, lo hemos situado en los cuarteles militares de Contrebia gracias a un acuerdo que firmamos con el ejército. No importa demasiado que usted lo sepa; como ve, no tiene la más mínima oportunidad. Ahora, hágame caso, y aléjese. Viva su vida.

—Vais a pagar por esto. No sé cómo, pero pagaréis por todo lo que estáis haciendo —le dije, sin dejar por un solo momento de sujetarle.

—¿Lo que estamos haciendo? Está claro que usted ya no es el buen científico que solía ser. ¡Estamos logrando justo lo que siempre habíamos querido! En fin, lárguese a seguir con su vida. ¿No trabajaba ahora de portero o algo por el estilo? Dentro de unos meses, gracias a la inestimable colaboración de Ida, todo esto será cosa del pasado. Quizá entonces hasta se la devolvamos.

Tuve que reprimir las ganas de golpearle en la cara y lo solté, aunque con tanta violencia que casi le hice perder el equilibrio. Después de ello salí de la universidad. El atardecer se acercaba y yo todavía tenía que atravesar aquella gran ciudad de nuevo, pero decidí dar un rodeo.

El cuartel estaba situado cercano al centro de Contrebia, no muy lejos del palacio presidencial y otros centros de poder. Era un edificio inmenso, de arquitectura neobarroca, construido a mediados del siglo pasado. Por todas partes ondeaban banderas y sus grandes puertas estaban cerradas, con una guardia que se mantenía permanentemente y que estaba armada con grandes rifles de asalto. En el exterior del edificio había un par de cañones de hierro, decimonónicos, inutilizados, y un tanque también muy antiguo, dejados ahí a modo de recordatorio material del poder del ejército. Entrar allí era imposible

si no se vestía uniforme militar. Ahora sí, todo parecía perdido.

Permanecí unos veinte minutos con el coche aparcado delante del cuartel, en silencio, tratando de analizar la situación. Después arranqué y puse la radio para tratar de evadir los pensamientos más oscuros. Cuando me sentí lo bastante preparado como para contárselo todo a Diana ya me encontraba bastante cerca del hotel.

—Bueno, Yago, tranquilo. Encontraremos otra forma —dijo, tras escuchar todo mi relato en silencio, aunque por su voz noté que ella también había quedado muy desanimada. —La gente no aceptará que el gobierno esté experimentando con una niña en secreto, podemos hablar con la prensa. Tanto tú como yo conocemos gente suficiente como para articular un movimiento. Quizá sea la hora de acabar con ese maldito gobierno.

Sus palabras trataban de consolarme, pero yo ya le había estado dando vueltas a esa opción durante todos aquellos días en el hotel. Era cierto que teníamos contacto con algunos periodistas, especialmente yo, y que había mucha gente harta del gobierno. Pero ni Diana ni yo éramos políticos ni activistas; además, Ida no podía esperar a que tuviéramos suficiente gente a nuestro favor como para forzar la cancelación del proyecto Eósforo o como para incentivar un cambio político.

—Sí… Creo que tienen algo, Diana.

—¿Algo? ¿Qué quieres decir?

—El catedrático con el que me encontré me dijo que dentro de poco los seres blancos no serían ningún problema y que ni siquiera el gobierno podría pararlos. Ya oíste a Samanta en tu despacho, ahora tienen un presupuesto ilimitado. No sé, es posible que, siendo que ahora además tienen con ellos a los ingenieros del ejército...

—¿Que estén desarrollando alguna clase de dispositivo? Sí, es muy probable. No me extrañaría que fuera justo lo que pretendan investigando a Ida, quizá hayan encontrado la forma de replicar esa inmunidad que tiene a los ataques de los seres blancos.

Yo había pensado lo mismo. Pero eso no era del todo malo para nosotros. En el mejor de los casos nos devolverían a Ida cuando lo hubieran conseguido y no tendríamos más necesidad de seguir peleando. Aunque claro… Nunca podríamos olvidar todo esto y nadie podrá devolver a Ida los días que pase con ellos. Una tristeza horrorosa volvió a invadirme por dentro.

—Oye… estoy llegando ya al hotel. Hablamos mañana, Diana. Muchas gracias por todo, de verdad. —Le dije, mientras aparcaba el coche. Ya había sonado la primera sirena.

—Vale. Escucha, Yago. Mañana mismo iré allí con el coche. Si… si al final decidimos abandonar quiero estar a tu lado.

—De acuerdo. Un beso, Diana. Y un abrazo.

—Pronto nos lo podremos dar en persona, creo que lo necesitamos los dos ahora mismo. Un beso muy fuerte, Yago.

Llegué al pequeño hotel sintiéndome completamente agotado, por lo que subí directamente a mi habitación sin cenar nada, a pesar de que no había probado bocado desde el desayuno. Me tendí sobre la cama y puse la televisión, emitían un documental sobre aves acuáticas.

Coloqué las dos manos sobre mi pecho y dos almohadas bajo mi nuca. Las aves migraban cada verano desde el sur hacia el norte, siguiendo los vientos hasta llegar a aquellos humedales. Eran viajeras, extranjeras en ambas tierras, voladoras y del río al mismo tiempo. Se movían ágiles con sus patas zancudas y atrapaban pececillos plateados con sus largos picos entre los cañaverales. Cerré los ojos. Cuando los volví a abrir las aves se habían ido y en su lugar emitían una película de cine clásico. Debía llevar un par de horas dormido con la luz encendida y ni siquiera me había quitado los zapatos.

Me sentía inquieto, por lo que decidí bajar al recibidor del hotel, donde la hija de los ancianos dueños leía un libro sentada con las piernas cruzadas en uno de los sillones. La copa de coñac en la mesilla de al lado, los ventanales sin persianas que impidieran verlos a ellos.

—Buenas noches. —Me saludó, sin apartar la vista del libro. Yo le devolví el saludo y me senté a su lado. Al cabo de un rato se levantó y volvió con la botella de coñac y otra copa para mí.

Durante un par de horas hablamos más de lo que habíamos hablado en todos aquellos días juntos. Ella me contó que se sentía bastante afortunada, que era de las pocas personas que no había perdido a nadie por los seres blancos, aunque un cáncer se había llevado a su esposo unos años atrás. Había viajado mucho de joven, por placer y por negocios, pero finalmente vino con sus padres a llevar con ellos y sus dos hijos el hotel en el que había crecido. Eso había sido después del fallecimiento de su marido. Ahora decía ser razonablemente feliz con aquella vida tranquila, aunque sentía que sus hijos no hubieran conocido otro mundo que aquel.

Servía una copa tras otra y, aunque yo no le seguía el ritmo, pronto se me desató la lengua y me sentí con confianza para hablarle de mi vida. Le hablé de mi padre, mucho. Hasta entonces no le había hablado a nadie tanto de mi padre, ni siquiera a Diana. También le conté lo que recordaba de mi madre y de mi hermana Nora, lo poco de ellas que recordaba, y de cómo mi tía se había convertido en una segunda madre para mí. Le hablé de Ida, aunque por supuesto no le comenté nada de lo que me había llevado hasta Contrebia para buscarla y, finalmente, le hablé de Diana. Hablábamos de las cosas que amábamos y habíamos amado en nuestras vidas. Ella era mayor que yo, con experiencias completamente diferentes a las mías, pero la

sentí mi amiga en ese momento.

—¿Las quieres, verdad? A tu hija, a tu novia… —Me dijo, aunque ya habíamos acabado dos botellas y le costaba un poco articular las palabras. Diana no era mi novia, no exactamente, y tampoco Ida era mi hija del todo.

—Sí. Completamente.

—Cariño, debe de ser una absoluta mierda tener que estar lejos de ellas.

—Lo es. Mañana vendrá Diana al hotel —dije, y di otro trago a la copa de coñac.

—Entonces te cambiaré a una de las habitaciones dobles que tenemos disponibles. Os mantendré el precio de la individual, por la conversación.

Estaba comenzando a quedarme dormido en aquel sofá. La señora había dejado su libro de nuevo en la pequeña biblioteca y, en su lugar, había puesto algo de música en un viejo tocadiscos. Era un disco de *jazz*, lento y apacible. Los sonidos llegaban a mis oídos trayéndome una tranquilidad que necesitaba y el alcohol que llevaba en el cuerpo hacía el resto. Los dos sillones estaban dirigidos hacia el exterior y me di cuenta de algo extraño. Hacía un buen rato que no se veía pasar a ninguno de los gigantes blancos por delante del edificio. Me pesaban los párpados y se me cerraban los ojos. De pronto sentí que alguien agitaba mi hombro.

—Cariño, ¡creo que hemos bebido demasiado! —La mujer me señalaba al exterior con el rostro desencajado.

Al principio no distinguí nada. Afuera estaba todo oscuro, apenas iluminado por la débil luz que salía de los ventanales del hotel. Pero enseguida vi una sombra moviéndose tras los coches aparcados al otro lado de la calle. Era una figura humana, pequeña, y cruzó la calzada hacia donde estábamos. La luz del interior iluminó su rostro por un momento. Era ella. No podía ser, pero era ella.

Me costó unos segundos salir de lo que todavía sentía como un sueño, entonces me levanté corriendo y abrí la puerta de madera blanca, justo cuando Ida tocaba el timbre del hotel. Ella me miró con sus ojos, sus enormes ojos, que ya estaban húmedos.

—¡Papá! —Gritó. Y se abrazó a mis piernas.

CAPÍTULO 11

Abracé a la niña no sé bien durante cuánto tiempo, hasta que los dos acabamos de llorar. La señora del hotel se había acercado hasta donde nos encontrábamos, mirándonos a ambos con expresión incrédula.

Examiné que Ida estuviera bien. Llevaba puesto un chándal de color gris y parecía algo pálida y ojerosa. Noté que la rodilla derecha de su pantalón estaba manchada de sangre, así que le levanté la pernera asustado, pero apenas era un rasguño.

—Tuve que correr y me caí. —Me dijo, como quitándole importancia. De nuevo parecía aquella niña fuerte e inteligente.

—Iré a por algo para eso —dijo la hija de los dueños, y volvió a aparecer al cabo de un rato cargada de algodón, agua oxigenada, un rollo de estropajo y algunas gasas. Yo me encontraba todavía agitado; el sueño y la embriaguez se me habían pasado de golpe. Mientras le curaba la rodilla me di cuenta de que Ida tenía un moratón en su brazo izquierdo, muy cercano a la cara interior del codo. Sin duda le habían estado sacando sangre.

—¿Cómo…? ¿Cómo has conseguido llegar?

—Un chico me dijo que estabas aquí y me hizo memorizar bien la dirección. Un chico del laboratorio. Se fue esta mañana.

—¿Julio?

—Sí, creo que se llamaba así. —Me dijo con una sonrisa. —¿Estás triste, Yago?

—No, Ida. Estoy feliz, muy feliz. Es sólo que no consigo explicarme cómo has podido llegar hasta aquí tú sola. El cuartel está bastante lejos…

—Ellos me trajeron —dijo. Y supe perfectamente a qué «ellos» se refería. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Teníamos que abandonar Contrebia lo antes posible, aprovechando la oportunidad que nos brindaba la noche. Yo había bebido bastante y no había dormido lo suficiente, pero tenía la esperanza de que conducir siendo el único coche de la carretera no sería excesivamente peligroso. Ignorando que la mujer del hotel seguía mirando a Ida como si viniera de otro planeta, subí con la niña a mi habitación para poner mis escasas pertenencias en una pequeña bolsa de viaje. Bajé con Ida las escaleras hasta el recibidor. Íbamos a salir del hotel cuando la voz de la mujer nos detuvo. Venía del comedor con un termo de café hecho de plástico verde entre las manos.

Cierto, no podía irme sin pagar. Saqué mi cartera de la bolsa y le

extendí unos cuantos billetes. Ella me miró y negó con la cabeza.

—Cariño, creo que ese dinero te va a hacer más falta a ti que a mí. No sé de qué huis pero, viendo lo que esa niña puede hacer y lo rápido que queréis salir de este hotel, no debe de ser de algo bueno. Os deseo suerte.

—Gracias.

—A vosotros. Cuando la vi a ella en la calle no me lo podía creer. Pero si puede caminar por la noche, en fin, quizá todavía haya motivos para tener esperanza. Si me preguntan, fingiré que no os conozco.

Yo asentí y nos dimos un abrazo. Después me pasó el termo de café, lo tomé y estaba caliente.

—Llévatelo, te sentará bien después de lo que hemos bebido esta noche.

Volví a darle las gracias y lo metí en la bolsa con todo lo demás. Salí de allí cogido de la mano de Ida, esa pequeña mano que me protegía de todos aquellos seres que llenaban nuestras calles al llegar cada anochecer.

Al poco rato de subirnos al coche recordé lo que me había contado Diana de que no era necesario permanecer en contacto directo con Ida para que no se nos acercaran los gigantes. Si ella viajaba conmigo todo el vehículo parecía protegido. La niña se sentaba en el asiento del copiloto, jugando con los diales de la radio. Como pasaba con la televisión, por la noche no se emitía ningún programa en directo pero en casi todas las emisoras ponían música. Se detuvo en un canal de canciones folk y yo llamé a Diana. Tardó un poco en cogérmelo; seguramente la había despertado.

—¿Sí? ¿Yago! —El sueño todavía en su voz.

—Cancela lo de venir mañana. Vamos para allí.

—¿Qué? ¿Por qué? Espera… ¡¿Has dicho vamos?!

—Sí. Ida, ¿quieres decirle algo a Diana? —Había puesto el manos libres del teléfono móvil.

—¡Estamos conduciendo de noche! Pero no pasa nada porque el coche da luz —dijo la niña, riendo.

—¡Ida! Pero… ¿Cómo?

—Luego te contamos, Diana. Todavía nos quedan unas horas por delante, calculo que llegaremos un poco antes del amanecer. ¿Puedes ocuparte de todo?

—De acuerdo, sacaré los primeros billetes de avión que nos lleven lejos de aquí; las maletas ya están preparadas desde ayer.

—Perfecto, pero saca algo de ropa para Ida, por favor, necesitará cambiarse. Y creo que yo también.

—Entendido. ¡Cielos, Yago, no sabes cuánto me alegro! Por favor, tened cuidado.

—Todo va a pasar muy pronto. Lo hemos conseguido. Bueno, es Ida la que ha conseguido volver con nosotros.

Nos despedimos los dos de Diana. Conducir en medio de la oscuridad, sin más iluminación que los faros del coche, era extraño. Cuando pasábamos por algún pueblo veíamos caminar a los seres blancos, a veces atravesando sus cuerpos de no-luz, de partículas de caos, con el automóvil, como si solo fueran una ilusión. Pero las carreteras estaban vacías, completamente desiertas. Nos sentíamos los únicos seres humanos en toda la superficie terrestre y, en cierto modo, lo éramos en aquel momento.

—No me dejaban dibujar. Bueno, tampoco había pinturas. —Me dijo la niña en un determinado momento. Se había aburrido de jugar con la radio y ahora miraba por la ventanilla, que había abierto un poco. Se colaba el viento, pero me ayudaba a mantenerme despejado y, además, la noche no era especialmente fría.

—Lo sé, Ida. Nunca más volverán a encontrarte, te lo prometo.

Ella asintió y su boca se abrió en un gran bostezo: estaba bastante cansada. Cerró la ventanilla y permaneció mirando al frente, con los brazos cruzados. Yo detuve un momento el coche para coger una manta que había en el asiento de atrás y se la tendí para que se tapase con ella. Me había bebido todo el termo de café y todavía me quedaba más de una hora de viaje por delante. De pronto el océano apareció en el horizonte, oscuro y profundo, reflejando la luz de la luna y las estrellas sobre su superficie. Ida se estaba quedando dormida.

—Eh. Mira esto. —Le dije, dándole un toquecito en el hombro. Ella se desperezó y abrió mucho los ojos.

—¡¿Es el mar?! —Sabía que nunca lo había visto. Me volví hacia ella y asentí con una sonrisa.

—Sí. Ya queda poco para que lleguemos a casa del hermano de Diana.

—Me gusta mucho. Tengo que dibujarlo un día.

—Por el día tiene muchos más colores. El azul del cielo, el azul verdoso del mar, el blanco de la espuma de las olas. —Le dije, y ella miró durante un rato hacia el horizonte, imaginando aquellos colores.

—Pero aquí no tengo mis maletines. —Su voz sonó como un lamento.

—No te preocupes, conseguiremos uno nuevo. Ida… ¿Tú no has salido nunca de este país, verdad?

—No. Bueno, no lo sé.

—No lo recuerdas… Claro. ¿Y te gustaría viajar fuera? Conocerías otro tipo de personas, de canciones, de comida…

—Sí. Creo que me gustaría. Me gusta cuando preparas comida china.

Yo me reí. Llevaba más de una semana sin hacerlo. Ida era una

niña bastante curiosa y siempre hablaba con sentencias. A pesar de lo pequeña que era siempre se expresaba con una seguridad tremenda, lo que me resultaba bastante divertido. Seguimos charlando un rato, olvidando todo lo que habíamos pasado los días anteriores, curándonos con nuestra alegría compartida.

Llegamos a Portorraso, la ciudad en la que vivía el hermano de Diana, media hora antes de que sonara la sirena del amanecer. Era una pequeña ciudad costera, pero muy antigua, con fama de universitaria. Tenía una importante catedral gótica en su centro, no muy lejos de la casa a la que nos dirigíamos. Aquello me preocupaba bastante. Por lo que Diana me había contado, aquella ciudad, como todas las que habían sido muy religiosas en el pasado, se había convertido en un caldo de cultivo propicio al surgimiento de todas aquellas sectas dedicadas a los seres blancos. Y ahora sabíamos que el proyecto Eósforo tenía capacidad para infiltrarse en ellas.

Por suerte, lo más probable es que no tuviéramos que pasar demasiado tiempo en aquel lugar y después nos iríamos lejos, muy lejos, a un lugar donde nadie nos conociera y pudiéramos empezar de nuevo, donde Ida pudiera pintar todos los mares que ella quisiera.

Me di cuenta de que estaba incluyendo a Diana en todos los planes que hacía en mi cabeza y comencé a sentirme un poco mal por haberla arrastrado hasta aquella situación. ¿Qué derecho tenía yo de acabar con su brillante carrera? Además, tenía familia, amigas, amigos, colegas y una clase llena de

alumnos entusiasmados. No, no tenía ningún derecho a quitarle todo aquello. Decidí que en cuanto pudiera hablaría con ella. Todavía existía la oportunidad de que a ella la dejaran en paz y pudiera seguir adelante con su vida.

Llegamos a la dirección que Diana me había indicado. Aparqué el coche y salí de él de la mano de la niña, mientras un ser blanco miraba hacia nosotros inmóvil, inofensivo. Todo estaba oscuro, pero Ida sujetaba la linterna que yo había traído desde Albeida en la guantera del coche. Buscamos el piso y toqué el timbre.

—¿Yago?

—Claro.

—¡Subid!

Era un piso pequeño y estaba muy desordenado. Diana nos abrazó a los dos nada más entrar y después nos pidió que hablásemos en voz baja: su hermano y su pareja todavía estaban durmiendo en una de las habitaciones. Pasamos al salón y Diana encendió la luz de una lámpara. Por todas partes había platos sin fregar y latas de cerveza

apiladas.

—Disculpad… Mi hermano es algo desorganizado y yo no he tenido demasiado tiempo estos días.

—Da igual, tampoco es que tengamos mucha mejor pinta que esta habitación.

Yo llevaba una semana con la misma ropa, que ya apestaba y estaba llena de manchas, e Ida todavía llevaba el pantalón manchado de sangre.

—Cierto. Perdonadme, quizá os venga bien una ducha antes de que lo hablemos todo. Os he comprado algo de ropa, espero que sea de vuestra talla.

Primero se duchó la niña, mientras Diana y yo hablábamos en voz baja, sentados en el sofá del salón de su hermano, tras darnos un abrazo gigantesco. Le conté cómo Ida había aparecido en la puerta del hotel y que me dijo que habían sido ellos, los seres blancos, los que la habían llevado hasta allí.

—En cualquier caso ahora estáis los dos aquí, es un alivio. —Me dijo, después de que le diéramos unas cuantas vueltas al tema. Ida entró al salón envuelta en una toalla. Yo me levanté para irme a la ducha.

—Espera, Yago. No te afeites la barba. —Llevaba una semana sin poder afeitarme. Antes, cuando nos estuvimos abrazando, me había acariciado la cara.

—¿Te gusta cómo me queda?

—No, tonto. Bueno, sí, pero no es por eso. Será más difícil que te reconozcan con ella, si nos están buscando.

—No lo había pensado... ¡Gracias!

La ducha no fue muy larga, pero me relajó bastante. La mezcla entre demasiado alcohol, demasiado café y demasiadas emociones me había dejado el cuerpo hecho un escombro, destrozado. Diana me había dejado una muda, una camisa blanca y unos pantalones vaqueros. Me iban un poco grandes, pero creo que durante aquellos días en el hotel, a fuerza de no poder comer apenas, yo había adelgazado unos kilos, así que habrían sido justo de mi talla de no haber sido por esa agitada semana. Me vestí y salí al salón justo cuando sonaba la sirena del amanecer y el cielo comenzaba a pasar de negro a azul con los primeros rayos de sol.

Cuando entré al salón Ida ya estaba vestida. Diana le había comprado unos pantalones azules y una camiseta de manga larga de color naranja, con serigrafía de personajes de dibujos animados. Yo sabía que a la niña no le gustaba nada la ropa tan infantil, pero por lo que vi parecía contenta de poder llevar algo distinto al chándal gris del proyecto Eósforo. Una pequeña chaqueta vaquera descansaba en una silla, esperando a que se la pusiera cuando saliéramos de la casa.

Había un chico joven que yo no conocía sentado en la mesa del salón, mojando una galleta en un vaso de café con leche. Me saludó cuando entré.

—Yago, este es Paul, el novio de mi hermano. Creo que te he hablado alguna vez de él.

—Un placer. Sí, lo has hecho. ¿Tu hermano sigue en la cama, entonces? —Le dije, mientras estrechaba la mano de aquel chico. Era alto y delgado. Se había vestido, pero todavía tenía el cabello revuelto. O quizá lo llevara siempre así…

—Es como una auténtica marmota —dijo Paul, entre risas. —A veces ni siquiera lo despierta esa maldita alarma.

—¡Entonces sigue como siempre! —Comentó Diana, riendo, mientras yo me sentaba a su lado en el sofá. —Cuando era pequeño siempre llegábamos tarde al colegio por lo que le costaba salir de la cama.

—Sigue llegando tarde, siempre. A todas partes.

—Vaya. —El hermano de Diana había aparecido en el umbral de la puerta, vestido con un pijama de rayas y con gesto fastidiado. —Ya ni en la propia casa de uno dejan de hablar a sus espaldas…

Paul le sonrió y salió del salón con su taza de café vacía para llevarla a la cocina. El hermano de Diana se parecía mucho a ella, más joven, pero con el mismo color castaño en el pelo, los rasgos de duende y la misma mirada inteligente en los ojos, aunque él llevara gafas.

—Hola, Yago —Me saludó, un poco frío. Yo me levanté para darle la mano y él me devolvió el saludo, pero lo noté tenso. Nos miramos a los ojos durante unos segundos y noté un brillo de reproche hacia mí en los suyos.

—Buenas. Me alegro de verte.

—Sí… ¿Y quién es esta niña tan simpática?

—Me llamo Ida. ¡Encantada de conocerte!

—Lo mismo digo, Ida. —El hermano de Diana rio. Tenía una risa cantarina, luminosa como la de su hermana. Paul salió de la cocina y le dio un beso en la mejilla.

—Yo tengo que irme ya, tengo clase a primera hora.

—Adiós Paul. Me alegro de haberte conocido —le dijo Diana.

—¡Lo mismo digo! Le dije a este de ir varias veces a vuestra ciudad para que me presentara a su familia, que con el tiempo que llevamos juntos yo creo que ya iba tocando, pero no me hacía caso. En fin, cariño, ¿nos vemos esta tarde?

—Ya te llamaré. Que vaya bien la clase.

—Vale —dijo Paul. Se volvieron a besar, esta vez en los labios, y salió de la casa tras agarrar un maletín de tela que había dejado en el mueble del pasillo.

Nos sentamos a desayunar alrededor de la mesa y el hermano de Diana encendió la televisión. Era un modelo muy viejo, con toda seguridad anterior a la llegada de los seres blancos. Casi sorprendía que siguiera funcionando. La emisión matinal comenzaba siempre con los informativos, pero esta vez los abrieron con una noticia de urgencia. «Los cuarteles militares situados en Contrebia han aparecido esta mañana con las puertas abiertas y completamente vacíos» decía la presentadora. «Se ha podido constatar la desaparición de toda la guarnición que residía en el complejo, siendo un teniente coronel del ejército de tierra el militar de máxima graduación. Estaríamos hablando de unas trescientas desapariciones de miembros de las fuerzas armadas, así como del personal residente del departamento de ingeniería militar, situado en los sótanos del edificio. El gobierno no ha querido hacer ninguna declaración al respecto pero, según se rumorea, hay una grabación tomada por las cámaras de edificio que muestra a una docena de seres blancos abriendo las puertas y penetrando en su interior. Si esto fuera cierto nos encontraríamos ante el primer caso así del que se tiene constancia». La presentadora acababa recomendando a la población que mantuviera la calma, asegurando que el gobierno probablemente no tardaría mucho en desmentir aquellos insólitos rumores.

Diana me miró con los ojos muy abiertos, mientras que yo dirigía una mirada igual a Ida, que no pareció preocuparse de nada y simplemente, al igual que el hermano de Diana, siguió bebiendo un vaso de zumo de naranja. Los seres blancos no solo la habían traído hasta donde estaba yo, como ella decía; la habían liberado. No pude evitar sentir un poco de pánico en ese momento. Habían traspasado una puerta, quebrando nuestra única seguridad frente a ellos. Se me revolvió el estómago. ¿Qué era Ida entonces? La volví a mirar, vestida con aquella camiseta de dibujos, acabándose el zumo. Una niña normal, que merecía ser feliz como cualquier otra. Diana puso su mano sobre la mía, estaba fría.

—He conseguido sacar los billetes de avión para los tres. Sale dentro de cuatro horas y tenemos una hora conduciendo hasta el aeropuerto. Está todo preparado, así que si salimos enseguida llegaremos con tiempo de sobra.

—¿Vas a irte con ellos? Diana… —Su hermano nos miraba incrédulo, como si ella acabara de decir que pretendía lanzarse a volar por la ventana, como si todo aquello fuera una locura. Lo era: una locura a la que nos habían arrastrado contra nuestra voluntad; pero ella no tenía por qué formar parte de aquello. Le apreté las dos manos entre las mías.

—Escucha. Ya has hecho mucho por Ida y por mí, mucho más de lo que debías. Diana, tú tienes una vida aquí, familia, una carrera que

continuar. ¿Estás segura de que quieres renunciar a todo ello? No puedo pedirte eso. —Cuando terminé de hablar ella me miró un poco molesta y apartó sus manos. Se llevó una mano a la frente mientras suspiraba y después volvió a mirarme fijamente.

—Tengo familia, sí. Pero también Ida y tú sois ya un poco como mi familia. Y no es cierto que tenga una carrera. Nuestra carrera, la tuya y la mía, acabó cuando el proyecto Prometeo pasó a ser una pantomima en manos de ya sabes quién. No pienso pasarme mis días dando unas clases que solo sirven para contentar a los estudiantes más curiosos y para que ellos tengan su cantera mientras toda la investigación se mantiene en secreto. No puedes pedirme que os acompañe, Yago, pero yo tampoco necesito que me lo pidas. Hace ya tiempo que decidí hacerlo.

Su voz era firme y sus ojos no aparentaban rastro de duda, así que simplemente asentí sin decir nada más. El hermano de Diana se levantó y salió de la habitación dando un portazo. Poco después escuchamos otro, esta vez de la puerta principal. Al parecer había mantenido viva la esperanza de que su hermana no se fuera hasta aquel momento.

—Tranquilo… Tarde o temprano lo entenderá. Mira cómo está todo esto, tiene que aprender a cuidarse solo. —Diana hablaba con seguridad pero sus ojos le brillaban de pena. Podía imaginar lo duro que estaba siendo para ella todo aquello, tan duro como había sido para mí alejarme de mi tía. Lo teníamos todo y a todos en nuestra contra.

—Aun así le entiendo…

—En fin. He conseguido pasaportes falsos. Es posible que ya nos estén buscando. —Diana sacó los documentos de una carpeta que había dejado en una de las estanterías y me los mostró, con los nombres que llevaríamos a partir de entonces. Yo no sabía demasiado de falsificaciones, pero me parecieron perfectos. Esperaba que el guardia de fronteras que nos los revisara opinara lo mismo.

—¿De dónde los has sacado?

—Bueno, me lo facilitó Paul, por unos amigos suyos.

—Son increíbles. Parecen totalmente reales.

—Sí. —Sonrió. —Aunque prefiero no pensar en con qué clase de gente se estará juntando mi hermano. También he sacado todo el dinero del banco. Lo mejor será que lo llevemos repartido.

Me pasó un fajo de billetes, que me guardé en la cartera. No era mucho, lo justo para permitirnos vivir unos meses, hasta que encontrásemos un lugar en el que poder establecernos… si lo encontrábamos. En la universidad no teníamos un mal sueldo, pero yo había tenido que gastarme bastante en el entierro de mi padre y después en el coche y ella había adquirido el apartamento en el que

vivía. Ahora todo aquello se quedaba aquí y nosotros nos íbamos.

Bajamos a la calle con Ida. Iba a subirme a mi automóvil cuando Diana sacó las llaves del suyo y abrió las puertas con el control remoto.

—Iremos en el mío y conduciré yo. Tú estás agotado.

Tenía razón. De todas formas, aun si yo no hubiese estado cansado, ella era mejor conductora y su coche también estaba en mejores condiciones que el mío. Pensé que, decididamente, aquel trasto de segunda mano había sido una mala compra aunque, por otro lado, había conseguido llevarme hasta allí. Nos subimos los tres al coche, nosotros dos delante e Ida detrás.

La niña no tardó mucho en dormirse, tapada con una manta, a pesar de que el viaje no era demasiado largo. Imagino que aquellos días en el laboratorio había sido capaz de dormir tan poco tiempo como yo lo había hecho en el hotel. Ahora, con nosotros, se debía sentir mucho más segura. Miré atrás un par de veces y a la segunda se había hecho un ovillo entre las mantas en el asiento de atrás. Pensé que era peligroso que no llevara puesto el cinturón, pero realmente no importaba mucho, en un mundo de carreteras tan poco transitadas los accidentes de circulación eran extremadamente raros.

El paisaje que nos rodeaba era agreste, con carreteras cortas llenas de curvas, pasto verde a ambos lados de la carretera, o bien bosques artificiales de la industria maderera. Ni el mar ni las montañas quedaban demasiado lejos y los caminos que recorríamos pronto se hicieron estrechos y descuidados, lo que junto con el trazado dificultaba un poco avanzar demasiado rápido.

—¿Crees que ellos también habrán desaparecido? —Me preguntó Diana sin apartar la vista de la carretera en cuanto se dio cuenta de que Ida se había quedado dormida.

—¿Samanta y Félix?

—Sí…

—Es imposible saberlo. Y no me siento nada bien diciendo que sería un alivio si así fuera…

—Yo tampoco. En fin… Ellos solo pretenden lo mismo que todo el mundo. Una respuesta, ¿no? —Por primera vez noté la sombra de la duda en la voz de Diana. Quizá se sintiera mal por Félix, con el que a pesar de todo había compartido una relación y ahora viera a Ida un poco como un monstruo. O pudiera ser que fuera yo el que ahora la viera así, después del miedo hacia ella que había sentido al enterarme de lo ocurrido en el cuartel.

—Creo que sí. Pero Diana, no podemos perder la poca humanidad que nos queda a cambio de encontrar esas respuestas. La muerte no es un asunto trivial. Si luchamos, si lo que queremos es volver a recuperar las noches y liberar a la humanidad del toque de queda que

ellos nos imponen, es en parte para que los niños que ahora tienen la edad de Ida, que nunca han conocido otra cosa, puedan volver a ese mundo que tú y yo recordamos. Y eso no puede ser a costa de ellos...

—No sé si habrías hablado así hace poco más de un año. —Diana me sonrió y puso su mano derecha sobre mi rodilla izquierda. —¿Sabes? Hace una semana, en mi despacho, cuando fuiste a darle la mano a Samanta… Pensaba que me había equivocado contigo, que de nuevo se te había ido la cabeza. Te odié. Te odié muchísimo en ese momento y me odié a mí misma por quererte…

—Siento mucho eso… No podía ni mirarte a la cara.

—Pero cuando te enfrentaste a ellos me pareciste un héroe. No porque lograras quitarle la pistola a Félix, sino porque… Bueno, en ese momento renunciaste a todo, Yago. Samanta te estaba prometiendo una carrera brillante en el proyecto Eósforo y preferiste salvar a Ida, incluso cuando eso significaba poner en peligro tu propia vida… Eres increíble.

—Estaba muerto de miedo… —Le confesé. Ella me cogió de la mano, se la llevó a los labios y la besó con cariño.

—Lo imagino, Yago. Solamente quería hacerte entender que, si tú renunciaste a todo aquello, ¿cómo no iba yo a irme con vosotros? Somos compañeros, ¿recuerdas? Salvar lo poco que nos queda de humanidad, me gusta ese proyecto; pueden darle a todo los demás.

Nos sonreímos y quedamos así, cogidos de la mano mientras ella conducía. De pronto vimos a una pareja de guardias de tráfico parados en medio de la carretera, con sus dos ciclomotores aparcados en el arcén. Diana puso las dos manos en el volante y nos dieron el alto. Un guardia con bigote y gafas de sol de cristal oscuro se asomó al interior del coche cuando ella bajó la ventanilla. «Control rutinario» dijo, y yo tragué saliva. Mientras ella le enseñaba los papeles yo no podía evitar mirar al asiento de atrás a través del retrovisor. Ida estaba oculta entre las mantas, como un bulto que alguien hubiera dejado olvidado.

El guardia terminó de comprobar los papeles y se los devolvió a Diana. Después echó un vistazo al asiento de atrás. Fue fugaz, pero una gota de sudor frío recorrió mi frente durante aquel instante que a mí se me hizo eterno. No debió de considerar de importancia el bulto de mantas, porque volvió a dirigir su vista a nosotros sin que su expresión hubiese cambiado.

—¿A dónde se dirigen?

—Al aeropuerto, nos vamos de vacaciones. —Le respondió Diana.

—¿No se han enterado de nada? Se van a encontrar cortado el desvío al aeropuerto.

Diana me miró con gesto de preocupación.

—¿Va a permanecer así mucho tiempo? —Le pregunté yo, un tanto nervioso.

—Imagino. Miren, lo mejor será que vuelvan a su casa y se pongan en contacto con la compañía aérea para que les cambien el billete de día. Estas cosas pasan.

—Tiene usted razón… —Le respondí.

—Bueno, pues a conducir con cuidado. ¡Circulen! —Dijo el guardia, que ya debía de haberse cansado de nosotros. Diana arrancó el coche y seguimos adelante, dejando allí a los dos policías con sus grandes motos.

Nos sentíamos confundidos, el guardia no había dicho nada del motivo por el que había sido cortado el desvío. ¿Quizá algún accidente? Todos los vuelos eran de día. Cuando llegaron los seres blancos todos los que estaban en el aire se precipitaron contra tierra y las cajas negras registraron en sus grabaciones la voz de alarma de los pilotos ante algo que se había posado en sus alas, desestabilizándolos y haciéndolos caer. Desde entonces no se hacía ningún vuelo que durase más allá de una jornada y los aviones debían volar al límite de su velocidad, lo que había provocado alguna desgracia.

Un helicóptero sobrevoló los aires, cruzando la carretera en la dirección a la que nos dirigíamos nosotros. Era enorme, uno de esas gigantescas máquinas de combate hechas para la guerra contra pueblos que ni tienen ni les dejarán jamás tener una tecnología militar como aquella.

Estuvimos un rato hablando sobre qué hacer hasta que finalmente decidimos acercarnos a investigar lo que estaba ocurriendo. Llegamos al desvío pasados unos veinte minutos y nos encontramos con que habían colocado vallas. Por todas partes había aparcados *jeeps* y coches blindados de color verde. Un puñado de soldados montaban guardia llevando encima todo el equipo, rifles de asalto incluidos, para impedir la entrada de cualquier vehículo civil a las proximidades del aeropuerto.

Yo sentí de nuevo aquella sensación horrible de precipitación. Debíamos salir de allí, seguir adelante, seguir huyendo. El helicóptero volvió a pasar por encima de nosotros y esta vez el sonido de las hélices despertó a Ida.

—¿Hemos llegado ya? —Preguntó, desperezándose.

Yo, al principio, no supe qué responderle y Diana estaba demasiado tensa al volante, tratando de salirse de la fila de coches que se había formado ante el puesto de control. No, no habíamos llegado. Todo seguía en nuestra contra. Aprovechando que el todoterreno que había delante de nosotros le brindaba un espacio, Diana dio un giro brusco al volante, logró salirse de la fila y cambiarse de carril en una maniobra que no podría ser más ilegal. A mí el corazón me dio un vuelco.

—Ponte el cinturón, Ida. —Le dije a la niña, que debía de haberse

dado cuenta de que algo ocurría, porque obedeció al instante. —Todavía tardaremos en llegar.

—Pero lo haremos. Eso te lo prometo —dijo Diana desde el otro asiento, mirando a Ida por el espejo retrovisor. Después aceleró todo lo que pudo.

Condujo así durante un largo trecho, en el que apenas encontramos otros coches. Después, la precaución ante el hecho de que la pareja de guardias que nos había parado pudiera seguir por la zona hizo que aminoráramos la marcha.

En aquella zona los pueblos eran más bien aldeas, de casas desperdigadas entre las colinas, o bien pequeñas villas de pescadores situadas a lo largo de la línea de costa. Habría sido un paisaje digno de disfrutar si la situación nos lo hubiera permitido.

Encendí la radio del coche. Todavía no sabíamos por qué motivo el aeropuerto había sido puesto bajo cerco militar. La mayor parte de las emisoras se oía mal en aquellas carreteras, por lo que tardé un poco en encontrar una de noticias que pudiéramos entender. Paré del mover el dial al oír una voz. Era un comunicado oficial del jefe del gobierno.

capítulo 12

En su comunicado, el jefe del gobierno alertaba a la población de que se había activado el nivel cinco sobre cinco de alerta terrorista, lo que suponía el despliegue del ejército en todos los aeropuertos y en todos los pasos fronterizos. Pedían calma a la población, esperando que la situación de amenaza pudiera ser resuelta, con su colaboración, en los próximos días.

—¿Amenaza terrorista? ¿Qué está diciendo? ¡No ha habido ningún atentado desde hace años! —Protestó Diana. En el pasado hubo algunos atentados de escasa importancia, perpetrados por grupos vinculados a las sectas más extremistas de adoradores de seres blancos, pero desde que el gobierno comenzó a legislar a favor de la proliferación de aquellos cultos, eso quedó en el pasado.

Después del presidente tomó la palabra la ministra del interior. Comenzó desmintiendo todos los rumores sobre la entrada de seres blancos en el cuartel, culpando de las muertes a un ataque con gas del grupo terrorista y advirtiendo que se tomarían medidas contra quienes difundieran aquella versión alarmista e interesada de los hechos. Los efectos de aquel gas sobre el sistema nervioso, similares a los del LSD en altas dosis, habían hecho salir a quienes se encontraban dentro de las instalaciones en un estado de conciencia alterado. Según esta versión, las propias víctimas habían abierto las puertas del cuartel y habían salido al encuentro de los gigantes y no al revés. El asunto era grave, pues suponía que los terroristas poseían un arma de gran poder que podrían volver a emplear en cualquier momento, pero en absoluto se trataba de la fantasiosa versión de los hechos que habían difundido algunos medios aquella mañana. «Hemos trasladado al resto de gobiernos de nuestro entorno la necesidad de elaborar un plan común contra esta nueva amenaza e informaremos de los acuerdos alcanzados y de las medidas a tomar en los próximos días» finalizó la ministra. Un periodista preguntó si había sospechosos del incidente, la ministra rehusó responder y no aceptó ninguna pregunta más.

—Panda de manipuladores… Quieren cerrarnos todas las vías de escape —dije, mientras sentía más y más rabia. Durante los años en los que había trabajado en el proyecto Prometeo había tenido que aguantar las presiones del gobierno de forma regular. Siempre pretendían evitar que cualquier «información de riesgo» se difundiera entre la población, pero nunca antes les había visto llegar a aquel nivel de mentiras.

—Todavía nos queda la noche, Yago. Podemos salir por el norte

del país, tardaremos horas en llegar pero cuando lo hagamos nadie podrá detenernos, por muchos militares que hayan apostado en la frontera.

—Sí. Llegaremos más o menos cuando anochezca, tienes razón. ¿Sabes? No creo que se hayan arriesgado a advertir a los soldados de que los terroristas son capaces de moverse por la noche. —La idea de que el ejército hubiese establecido alguna medida para evitarnos escapar aún protegidos por el anochecer me aterraba, pero debía sacarla de mi mente si quería seguir guardando alguna esperanza.

—No. Para ellos es demasiado peligroso que esa información se difunda. Creo que todavía contamos con esa ventaja.

—¿Sabes? Lo del gas ese… Aunque esta vez no lo hayan utilizado, no me sorprendería que existiera realmente —aventuré.

—A mí tampoco… ¿También te recuerda a lo mismo?

—A los experimentos de re-condicionamiento psicológico del proyecto Prometeo, sí. En fin, si Samanta y los suyos están trabajando con el ejército no me extrañaría que le estén sacando partido a todo lo que saben. No puedo imaginar la cantidad de usos bélicos que puede tener un arma así…

—Es terrible. Y lo peor es que hasta puedo ponerle nombre a la persona que ha podido desarrollar ese gas.

Le apreté la mano. Sabía que podía contar con ella y traté de convencerme de que nadie podría detenernos si luchábamos juntos. El noticiario dio paso a un debate donde opinólogos de toda cuerda le daban mil vueltas a las mentiras del gobierno. Yo cambié a una emisora de música y comenzaron a sonar los acordes de un tema de pop alternativo.

—Yago, tengo hambre… —Dijo Ida desde el asiento de atrás. Había permanecido en silencio todo aquel tiempo, escuchándonos, y parecía bastante seria. Decidimos detenernos en un merendero.

Estábamos en mitad de ninguna parte y eso, siendo que ya era media tarde, suponía que ya no nos encontrásemos con ningún coche, pues todo el mundo que condujera a aquellas horas se encontraba volviendo a su hogar, antes de que la noche y la muerte les sorprendieran en pleno camino.

Comimos unos sándwiches que preparé con la comida que Diana había dejado en unas bolsas en el maletero tiempo atrás, previendo que podríamos necesitarlo si teníamos que salir de cualquier manera con su coche. No hablábamos mucho. Ida había recuperado algo de color en el rostro y parecía más enérgica y descansada. Garabateaba en una libreta de Diana con un bolígrafo azul que yo le había dado. Después nos enseñó el dibujo, era una mujer, con una especie de guante desproporcionadamente grande sujeto al antebrazo izquierdo. Se parecía mucho a Samanta. Cuando le preguntamos qué era aquello

no supo respondernos.

Terminamos el frugal festín y volvimos a subirnos al coche. Diana me dijo que tratara de dormir, dado que ella necesitaría que le relevase al volante si pretendíamos seguir conduciendo al llegar la noche. La gasolina no era problema, había comprado un par de pequeños bidones que llevábamos en el maletero y, a una mala, siempre podíamos detenernos en una gasolinera y volver a llenar el depósito en medio de la noche sin que nadie pudiera evitarlo. Poder actuar cuando todos los demás debían permanecer encerrados era nuestra única ventaja y no debíamos dudar en utilizarla, aunque eso nos convirtiera en ladrones.

Siempre me había costado muchísimo dormirme en los viajes. Cuando viajaba con mi padre siendo un niño, lo que no pasaba demasiado a menudo, por lo general me dedicaba todo el viaje a mirar el paisaje. Los espacios abiertos siempre me habían parecido muy relajantes y me habían transmitido seguridad. Quizá porque eran lo más diferente al enclaustramiento al que la humanidad estaba condenada en su día a día. Di unas cuantas cabezadas mientras observaba el vuelo de unas aves en el cielo. Finalmente me quedé profundamente dormido.

Una mano me despertó con suavidad. Me desperecé y miré a Diana, que me devolvió una mirada de cariño y me sostuvo la mano. Había detenido el coche. Por el reloj de la radio supe que había estado durmiendo alrededor de tres horas.

—No hables muy alto, Ida se ha vuelto a quedar dormida —dijo. Parecía cansada después de tantas horas conduciendo, después me señaló al frente con la cabeza.

Habíamos estado siguiendo la línea de costa y ahora había parado el coche casi al borde de un acantilado frente al océano. El sol se hundía en el horizonte mientras un cielo despejado se manchaba de rojos y anaranjados muy intensos, reflejándose todo ello en un mar ligeramente agitado, lo suficiente como para que pudiéramos oír como las olas chocaban contra las rocas del acantilado. Un atardecer infinitamente hermoso, sin sirenas. Un atardecer como nadie más había visto en veinte años. Diana y yo nos quedamos contemplando toda aquella belleza.

—Gracias por despertarme.

—Sabía que te gustaría ver esto.

Permanecimos así un rato mientras anochecía y las estrellas aparecían, brillantes y lejanas, en la negrura del cielo. Algunos seres blancos aparecieron a nuestro alrededor, paseándose sin rumbo entre la hierba y las rocas, pero ya hacía mucho que habíamos perdido el miedo, porque Ida nos acompañaba. Yo los observaba. Su gigantesca altura, sus largos brazos y piernas descomunales, los ojos negros que

no miraban. Después de tantos años era como si siempre hubieran estado allí pero, aun así, nunca permitiríamos que formaran parte de nuestro mundo.

—Le he estado dando vueltas… —Dije, mientras uno de ellos pasaba lentamente por delante del coche. Era de los más pequeños, poco más de dos metros, como un fantasmal jugador de baloncesto.

—¿A qué?

—A ellos. Después de lo que nos contó Samanta en tu despacho, no he podido dejar de pensar en el tema. En fin, creo que tengo una teoría sobre lo que pueden ser, aunque no es más que una aproximación, claro.

—Me encantaría escucharla.

—Bueno, en fin. El universo lleva aquí miles de millones de años. Todo ese caos cambiante, poderoso, completamente irracional, avanzando ciego hacia ninguna parte. Infinitamente enorme e infinitamente diminuto al mismo tiempo, sin forma. Sin nadie que le impusiera una forma. Y entonces, de entre todo ese caos, aparecemos nosotros. Materia autoconsciente, con nuestras mentes capaces de imponer un orden a todo ese caos que es la existencia, de inventar palabras, de crear paradigmas. Una revolución. Comenzamos a hacernos preguntas, a profundizar cada vez más. Un paradigma sustituye al siguiente hasta que nuestros avances comienzan a destruir el propio orden que hemos impuesto. Y entonces, justo cuando empezamos a hacernos ciertas preguntas, aparecen ellos como respuesta, demostrando que a pesar nuestro el universo sigue siendo el sinsentido de siempre, una broma cósmica. —Estaba emocionado de poder hablar de todo aquello con Diana. Ella me miraba, mientras yo miraba a las estrellas, más allá de las estrellas, al infinito. A todos los misterios. —Creo que los seres blancos son la reacción del universo a esa revolución que pretendía ordenarlo. Quizá esto suponga ver el universo como una especie de organismo colosal del cual ellos serían algo así como los anticuerpos. Han aparecido para equilibrarnos. Puede que, de hecho, siempre hayan estado aquí, sólo contenidos por el orden que ponían nuestras mentes, el orden que nosotros mismos hemos roto… ¿Quién sabe?

Diana no respondió al principio. Siguió mirándome y después desvió la vista hacia el cielo, mirando la misma oscuridad que yo miraba. Era una noche sin luna, pero llena de estrellas.

—Me acuerdo de cuando era pequeña, antes de que ellos aparecieran. Había hecho un viaje a la playa con mis padres, para que yo conociera el mar. Mi hermano era todavía un bebé y mi madre se quedó en el apartamento que habíamos alquilado mientras mi padre y yo bajábamos a pasear por la playa con un perro, llamado Buco, que teníamos entonces. Creo que era la primera vez que veía el cielo

nocturno sin el filtro de las luces de una ciudad, porque me sorprendió la cantidad de estrellas que había. Todo el cielo brillando, exactamente igual que esta noche, Yago. Mi padre me enseñó el nombre de algunas de las constelaciones, pero ya las he olvidado. Él me parecía gigante aquella noche, todo era gigante a mi alrededor… Siempre me he preguntado por qué solo aparecen por la noche.

—Bueno, fue el último espacio que conquistamos, el lugar de las leyendas y de todo lo extraordinario. Cuando me dieron el golpe en la cabeza y estuve en el hospital conocí a un hombre bastante mayor, se llamaba Rodolfo. Me habló de cómo la gente podía comportarse muy diferente cuando era de noche, como si tuvieran algo de magia. Sé que todo lo que digo parece no tener demasiado sentido…

—Más que como un científico hablas como un profeta, o quizá como un poeta. Pero me gusta lo que dices.

—Gracias. El caso es que creo que nunca debimos dar al universo por seguro y ahora este nos ha introducido la incertidumbre bien dentro. Nunca nada volverá a ser igual después de lo que todos vivimos hace veinte años, aunque ellos se vayan un día o logremos echarlos, ya no habrá una humanidad sin seres blancos. Todo permanecerá alterado para siempre.

—Todo alterado… Y dime, profeta, ¿qué dice tu teoría sobre el hecho de que ellos no entren en nuestros hogares? ¿Qué les frena?

—Al principio pensé que nosotros mismos. La palabra hogar viene de fuego, Diana, el fuego primitivo en torno al que se reunían nuestros antepasados. Es entonces cuando comenzamos a vencer a todos los monstruos que poblaban nuestras noches, a crear el lenguaje junto a la hoguera, a nombrar el universo. Pensaba que era eso lo que les impedía cruzar nuestras puertas, que quizá tras ellas, como durante el día, nuestro efecto para repeler las partículas del caos, esas de las que hablaba Samanta, era mayor. Pero, después del incidente de los cuarteles… Creo que es Ida la que los mantiene fuera.

—¿Ella? Pero Ida no había nacido todavía cuando ellos llegaron.

—No lo sabemos. Suponemos que tiene diez años porque son los que aparenta su cuerpo, los que los médicos dicen que tiene. Pero no recuerda nada anterior a la noche en la que la encontraron en la carretera, caminando desnuda hacia ninguna parte. Ella tiene alguna conexión con ellos, algo más allá de que simplemente no le hagan daño. ¿Sabes lo que me dijo cuando vino al hotel en mitad de la noche? Que ellos la habían traído…

—Es fascinante… Vi tu cara cuando informaron del incidente de los cuarteles por la noche. Yago, yo también sentí miedo de ella. Pero luego la miré y vi a Ida, la misma niña encantadora de siempre. Pensé que si ella tiene algún tipo de conexión con ellos es ahí donde debe estar nuestra esperanza, no nuestro miedo.

—Sí... pero añade un motivo más a la lista de quienes quieren hacerse con ella. Si lograran replicar su poder… ¡Serían capaces de controlar el mundo!

Diana permaneció en silencio y después se giró hacia la niña. Los dos lo hicimos. Dormía plácidamente, completamente ajena a nuestra conversación. Su cuerpo era pequeño, vulnerable, pero en ese momento era ella la que, mientras soñaba, nos protegía a nosotros dos de una muerte terrible e incomprensible.

—Parece una niña normal, Yago… Nadie que la viera podría imaginar lo que es capaz de provocar en los gigantes.

—Es una niña normal. Lo es y a la vez no. Tienes razón, Diana, sentí miedo cuando vi eso por la tele. Pero siento que debo protegerla, que los verdaderos monstruos son los que quieren utilizarla. Y le quiero. —Hablábamos entre susurros, muy cerca el uno del otro, temiendo sacar a la niña de su sueño.

—Ella también te quiere. Se nota muchísimo. Es una niña realmente inteligente, pero cuando hablas con ella te mira como si tú hubieras puesto esas estrellas en el cielo.

—A ti también te quiere.

—Sí. Pero es distinto. Yago, no puede ser casualidad que de entre todas las personas del mundo fueras tú, el mayor experto mundial en albología, el que la acogiera.

—Creo que ya no ostento ese título —dije, con un suspiro. —Pero sí, me siento afortunado de que así haya sido. Aunque a veces pienso que más que acogerla, fue ella la que se quedó conmigo. Diana… ¿Qué piensas de los universos paralelos?

—Pienso que es una hipótesis muy a tener en cuenta.

—Pongamos que es más que una hipótesis. Supongamos que los seres blancos existen en todos los universos al mismo tiempo, quiero decir, que son algo así como la fuerza unificadora del universo, más que el origen de su caos como hemos defendido hasta ahora. Que ellos no surgen como reacción a nuestro intento de ordenar la realidad, sino precisamente como reacción a la fuerza desintegradora de la unicidad que nosotros suponemos. Así, la ruptura de las leyes físicas que ocurre a su alrededor se debería a que, precisamente, ellos están de alguna manera conectados a la realidad en sí, más que a un universo con sus propias leyes en concreto. Supongamos que en otro universo ellos nunca llegaron a aparecer y que, dado que ellos existen en todos los universos a la vez, lo que nosotros hagamos aquí y ahora, en este universo, puede repercutir en lo que ellos hagan en el resto.

—¿A dónde quieres llegar, Yago?

—A que debemos hacerlo lo mejor que podamos. A que no podemos renunciar a nuestra humanidad, porque cabe la posibilidad de que el cosmos nos esté haciendo pasar una prueba.

—Eso es casi religioso… —dijo Diana. Yo le sonreí un poco amargamente y ella me rodeó el hombro con su brazo y me atrajo hacia ella. Permanecimos así un rato, muy juntos, mirando las estrellas sin añadir una sola palabra más a nuestra conversación. Creo que tratábamos de hacer ese momento eterno, de atrasar lo máximo posible en el tiempo el instante en que tendríamos que volver a movernos, enfrentarnos al siguiente obstáculo y confiar en que en cuanto cruzáramos la frontera todo sería más fácil.

—¿Conduces tú ahora? —Me dijo. Yo asentí y ella pasó por encima de mí mientras nos cambiábamos los asientos sin salir del coche, nuestro refugio.

Estábamos muy cerca de la frontera, apenas a una hora y media conduciendo. Yo lo hacía en silencio, mientras Diana se iba quedando dormida, vencida por el cansancio de todo el día. Desconocía lo que podríamos encontrar allí. Quizá nada o tal vez un muro infranqueable. El océano seguía a nuestra izquierda, mientras todo se iba oscureciendo un poco más al llenarse de nubes el cielo nocturno, impidiendo que las estrellas continuaran iluminando nuestro camino.

Supe que estábamos cerca cuando comenzó a haber más gigantes blancos. Por lo general habían estado apareciendo a nuestro paso por la carretera, cada doscientos metros uno o dos de ellos. Pero cada vez veíamos más vagando por todas partes. Había personas cerca de allí, atrayéndolos con sus emociones o con sus pensamientos, prisioneras de aquellos colosos.

En la lejanía aparecieron dos luces rojas, parpadeantes, sin duda pertenecientes al puesto fronterizo. Yo apagué los faros del coche y seguí conduciendo lentamente y a oscuras. Si no nos veían, si conseguía llegar hasta allí sin hacer ruido, podríamos cruzar la frontera sin que pudieran hacer nada por impedirlo. La idea de una valla como la que habían colocado en el desvío al aeropuerto acudió a mi mente, así como la de los rifles de soldados disparando refugiados a través de la ventana de un puesto de guardia. En fin, si había una valla la derribaríamos, si había balas… más valía que no nos alcanzaran.

El puesto fronterizo aparecía iluminado por una débil luz rojiza. Habían montado dos garitas, una a cada lado de la carretera. Ambas debían ser de color verde pero con tan poca luz no se distinguían muy bien los colores. Custodiaban una sencilla barrera eléctrica que estaba bajada. Antes de estar lo suficientemente cerca como para que pudieran oírnos detuve el coche, apagué el motor y desperté a Diana.

—Creo que podemos romper esa barrera si vamos lo suficientemente deprisa. Si lo conseguimos no podrán ir tras nosotros ni tendrán tiempo de dispararnos si tienen armas. —Le dije, con las dos manos sobre el volante. Ella estuvo un pequeño rato mirando

hacia el puesto en aquella penumbra roja. Seres blancos de diversos tamaños paseaban entre las garitas.

—Es muy arriesgado, Yago…

—Lo sé. Pero la siguiente salida más cercana está a varias horas y para cuando lleguemos es posible que ya haya amanecido. Además, es casi seguro que también allí hayan establecido un puesto similar.

—Tienes razón. Hazlo.

Suspiré. En ese momento sentía el mismo miedo que había sentido antes de haberme abalanzado sobre Félix para arrebatarle su pistola; pero ahora multiplicado por tres, porque era solo mi vida la que arriesgaba en aquel momento. Diana puso su mano sobre la mía, en el volante.

—Lo haremos juntos —dijo, mirándome a los ojos.

Yo asentí y volví a encender el motor del coche. Después pisé el acelerador a fondo. Un rugido salió zumbando del motor mientras nos acercábamos rápidamente al puesto fronterizo. El sonido de una sirena se nos clavó en los oídos y la mano de Diana apretó la mía con más fuerza mientras dos focos de luz blanca nos iluminaban desde los laterales. Por todas partes a nuestro alrededor se oían los gritos de alarma de los soldados. «¡Los terroristas!», decían unos, «¡disparen!», ordenaban otros.

Cerré los ojos con fuerza, mientras nos estrellábamos contra la barrera. Pude oír cómo se quebraba ante el embiste del parachoques del automóvil. Habíamos cruzado. Entonces oí un ruido de disparos muy seguidos y el olor a pólvora invadió mis fosas nasales, habían utilizado una ametralladora. Por puro instinto agaché la cabeza sin dejar de pisar el pedal a fondo. Seguía sintiendo la mano de Diana sobre la mía, a pesar de que estaba seguro de que también se había agachado, no la retiró en ningún momento, manteniéndonos a los dos agarrados al volante.

La ráfaga de metralla se detuvo y yo levanté la vista hacia atrás. No había ningún cristal roto, ninguna bala había llegado al coche. Tan solo vi, entre nosotros y sus disparos, a un gigante blanco, plantado con todo su descomunal cuerpo como un escudo de luz, de no-luz. Pensé que por casualidad su caminar vagabundo lo había puesto allí. Miré a Ida, iluminada por los focos que todavía nos apuntaban. Se había despertado y me miraba a los ojos muy seria. No, no había sido una casualidad.

Pronto estuvimos lo bastante lejos como para que sus balas ya no pudieran alcanzarnos, pero nuestros corazones tardaron bastante más rato en volver a su ritmo normal. Tuve que detener un momento el coche para calmarme, porque había empezado a hiperventilar. Miré a Diana, que también respiraba agitadamente. Me devolvió la mirada y nos abrazamos. Lo habíamos logrado, habíamos cruzado la frontera.

CAPÍTULO 13

No teníamos ninguna sirena cerca de casa, pero las montañas nos traían el eco de la que sonaba más abajo, en el pueblo. Me desperté y me froté los ojos. A mi lado estaba ella, desnuda y todavía dormida. Siempre dormía más profundamente que yo.

Una suave brisa agitaba un poco las cortinas. Dormíamos con la ventana abierta, sin miedo a nada de lo que pudiera haber fuera, para que entrara todo el frescor de la noche. Los veranos eran bastante cálidos en aquel país, aunque vivir tan en lo alto los suavizaba un poco. Me levanté de la cama y me puse los pantalones que había dejado en el suelo la noche anterior. Después de echar una última mirada al cuerpo de Diana, a su bellísima espalda, me metí en el baño.

A causa de la persecución que habíamos sufrido aquellos meses me había dejado crecer la barba y la llevaba muy larga, lo que me daba el aspecto de un filósofo de la antigua Grecia, o de un salvaje. Diana se había teñido de morena y se había cambiado el peinado unas cuantas veces por las mismas razones. Me lavé la cara con agua fresca y me lavé los dientes, después volví a la habitación a terminar de vestirme.

Diana se despertó mientras yo me calzaba. Estiró su cuerpo y se quedó mirándome con una sonrisa. Yo me puse de pie y fui hasta ella a regalarle un beso en la mejilla.

—Voy al comedor.

—De acuerdo, ahora bajaré.

Salí al pasillo y bajé los doce escalones de madera que me separaban de la habitación principal de la casa, que era comedor, cocina y sala de estar al mismo tiempo. Todo el suelo era también de madera y, aunque no había demasiados lujos, teníamos algunos electrodomésticos y una buena instalación eléctrica que no solía fallar.

Ida estaba ya desayunando y me saludó con la mano al verme bajar. Tenía la televisión puesta, de fondo, sin prestarle demasiada atención. Llevaba el pelo corto, por las mismas razones que mi barba y el tinte en el cabello de Diana, lo que le hacía parecer un poco un muchacho, aunque sus rasgos seguían siendo suaves, con unos ojos enormes y hermosos.

Puse la cafetera al fuego y el olor terminó de sacarme el sueño que todavía llevaba dentro. El café de aquella zona era excelente, lo adquiríamos en el pueblo cuando bajábamos con el coche a por provisiones. Un coche distinto de aquel con el que habíamos logrado cruzar la frontera y que se había quedado en aquel otro continente mientras nosotros, por fin subidos a un avión, cruzábamos el océano.

Me eché el café hirviendo en una taza y cogí un terrón de azúcar del bote de cristal donde los guardábamos. Lo sumergí un poco, viendo como el café lo invadía entero por osmosis, después lo solté y terminó de disolverse mientras yo lo removía, lentamente, con una cucharilla. Di un sorbo impaciente que me quemó un poco la lengua y me senté junto a la niña.

Habíamos pasado los últimos meses de país en país, no permaneciendo en ninguno más de unos pocos días, dos o tres semanas a lo sumo. Huyendo, siempre con el miedo en el cuerpo. Se nos acusaba de secuestro de una menor y también se nos vinculaba a los «atentados» con el gas, de los cuales había tenido lugar alguno más desde que nos marcháramos. Por estar siempre huyendo, la información nos llegaba muy espaciadamente, pero habíamos sabido que desde nuestra huida las cosas habían cambiado mucho. La proliferación de ataques terroristas contra instituciones había provocado una crisis en el gobierno, que se había visto obligado a ceder importantes carteras ministeriales, tales como defensa, interior y comunicaciones, a los que ellos llamaban «tecnócratas expertos en el problema de los seres blancos», pero que nosotros, que conocíamos sus nombres, sabíamos que eran científicos vinculados al proyecto Eósforo. Uno de ellos era el catedrático que yo había encontrado en la universidad de Contrebia. Ni Samanta ni Félix estaban entre ellos, por lo que dedujimos que, o bien habían desaparecido la noche en que Ida había huido del cuartel, o bien seguían dirigiéndolo todo desde las sombras, quizá aspirando a puestos de mayor influencia cuando lograran asentarse en el poder.

Una orden internacional de arresto pendía sobre nuestras cabezas y siempre llevábamos a alguien siguiendo nuestras pisadas. Pero nosotros, hasta entonces, habíamos sido más rápidos. Los pasaportes falsos habían funcionado y ahora teníamos otros nombres, otras caras y otras vidas.

Cuando llegamos a aquellas montañas y vimos aquella casa lo tuvimos claro. Había sido vivienda de pastores durante mucho tiempo y ahora que la zona se había modernizado un poco sus antiguos propietarios, que residían abajo en el pueblo, la alquilaban a muy buen precio. Era pequeña, aunque tenía dos pisos, y tres habitaciones en el segundo de ellos. Todavía no sabíamos cómo de cálida resultaría en invierno pero en verano era agradable vivir en ella, pues era bastante fresca. Estaba rodeaba de una cerca de madera, con una puerta enrejada de metal oxidado.

Habíamos decidido educar a Ida nosotros mismos, para tener que salir de allí lo menos posible. Sin embargo, el dinero del que disponíamos se nos había acabado ya casi todo y ambos tuvimos que buscar trabajo. Diana lo encontró dando clases a los hijos de dos de las

familias más ricas del pueblo, los fines de semana, y yo escribiendo artículos de divulgación científica para un pequeño periódico de la región, bajo seudónimo. Por supuesto, en ninguno de ellos escribía sobre albología. Los gobiernos de los distintos países habían llevado a cabo distintas soluciones frente a la aparición de los gigantes. Si nuestro país había impuesto un intenso control sobre las investigaciones y había fomentado la aparición de sectas religiosas, aquí el tema se había convertido en un tabú. Estaba completamente prohibido publicar nada sobre el tema, e incluso mentar lo que ocurría por la noche en una conversación informal podía acarrearte una multa. Ese negacionismo, opresivo en cualquier otra situación, para nosotros tres suponía una ventaja. Así que yo al final había acabado siguiendo los pasos de mi padre y, si bien ninguno de los dos cobrábamos demasiado con lo que hacíamos, nos daba para sobrevivir con lo poco que necesitábamos.

Un par de veces a la semana subía, eso sí, un profesor de dibujo que habíamos contratado para Ida. Era un hombre mayor, casi anciano, y contaba que de joven había intentado ser un gran artista, pero que la vida lo había acabado alejando de todo aquello, aunque dándole a cambio muchas otras cosas.

Diana bajó las escaleras, siempre un poco acelerada, y se puso una tacita de café con leche, que bebió de dos sorbos. Después le dio un beso a Ida en la mejilla y otro a mí en los labios.

—Me voy.

—Buen día.

—¡Sí! —Dijo, y salió corriendo de casa. Poco después escuchamos como arrancaba el coche, la viejísima furgoneta que habíamos conseguido para bajar al pueblo. No volvería hasta la tarde, pasada la hora de comer, pero podríamos cenar juntos los tres, alrededor de una mesa de madera maciza.

Yo trabajaba en casa, así que solo bajaba al pueblo cuando lo hacíamos para comprar comida o cuando tenía que conectarme a internet para mandar los tres artículos semanales que le debía al principal periódico de la región. Era un lugar bastante aislado, con gente centrada en sus pequeñas cosas y sencillas vidas, pero justo era eso lo que buscábamos. Prefería escribir por las noches, eso también lo había heredado de mi padre, aunque no me encerraba para hacerlo. A veces Ida entraba en la habitación de arriba donde yo estaba con el ordenador y dibujaba un rato, tendida en la cama, haciéndonos compañía en mutuo silencio. Otras veces era Diana la que venía conmigo, con un libro en la mano. Entonces, a ratos, yo interrumpía mi trabajo y ella su lectura para hablar de lo que nos había ocurrido durante el día. Teníamos calma, después de tanto tiempo. Y un sitio al que llamar hogar.

—Yago. —Me dijo Ida mientras me levantaba a fregar los vasos.

—Dime.

—Esta tarde podríamos volver a subir al riachuelo.

—Claro. Después prepararé algo de comer para llevarnos.

Terminé con los vasos mientras Ida subía al piso de arriba y volvía a bajar con el cuaderno de ejercicios de matemáticas. Por lo general era bastante autónoma con sus estudios, aunque aquella mañana tuve que sentarme con ella para resolverle un par de dudas. Siempre había sido una niña muy inteligente y resultaba fácil enseñarle cualquier cosa, pero cuando Diana y yo hablábamos, antes de acostarnos, no podíamos evitar preguntarnos si realmente estábamos logrando suplir lo que ella habría recibido en un colegio con otras niñas y niños. Seguramente no.

Sin embargo, parecía que la niña era feliz en aquel lugar. Tan seria como siempre, o quizá un poco menos, se pasaba el día con sus dibujos. Habíamos conseguido hacernos con un gran maletín de pinturas, parecido a los que le habíamos regalado, y con él podía reflejar todos los colores de los montes que abrazaban nuestro pequeño y alejado hogar.

Me puse a pelar y a cortar unas patatas y preparé una pequeña tortilla para los dos, que guardé en una fiambrera y después metí en una cesta junto a algo de fruta y una botella de agua. Ida subió a ponerse las botas de montaña y una gorra y bajó llevando su bloc y su estuche. Yo me puse mis gafas de sol, cogí las llaves y la cesta de la comida y salí junto a ella de la casa.

El cielo estaba despejado y el sol calentaba aquella ladera, resultando todo en una temperatura verdaderamente agradable, como agradable era caminar por aquellos montes. Entre los verdes pastos se salpicaban arboledas, así hasta llegar a las cimas rocosas, nevadas incluso con un verano tan avanzado. Días atrás habíamos descubierto un arroyo, que seguramente desaparecería en otoño con la bajada de las temperaturas, y que alimentaba una de las arboledas.

Pasamos allí la mitad del día, paseando o sentándonos a veces sobre alguna roca para comer o para que Ida pudiera dibujar. Le encantaba plasmar en su bloc los pajarillos que a veces encontrábamos. Yo, por mi parte, me sentía completamente relajado, deseando que aquella paz que habíamos logrado construir no acabase nunca. Aunque muy en el fondo sabía que tarde o temprano tendríamos que volver a movernos, que aquel escondite no sería eterno.

Cuando volvimos a casa Diana ya había llegado. Estaba sentada en uno de los sillones y descansaba con música en los oídos. Se quitó los auriculares cuando nos sentamos junto a ella y estuvo un rato viendo los dibujos que Ida le enseñaba. Había varios del arroyuelo, un par de

pájaros cantores y uno de un hormiguero gigantesco que nos habíamos encontrado volviendo, junto a la senda, y que Ida no se había podido resistir a inmortalizar en su bloc.

—¿Cómo ha ido hoy? —Le pregunté, y ella me dirigió una sonrisa, pero también una mirada cansada.

—Bien… Bueno, a la hija pequeña del alcalde le están costando mucho las ecuaciones de segundo grado. No es capaz de aprenderse las fórmulas de memoria.

—Vaya. Entonces tiene suerte de tener una maestra tan paciente.

—¿Vosotros, qué tal? —Preguntó. Ida se había sentado en la mesa a hacer su cuaderno de naturaleza. A pesar de que le encantaba subir al campo y dibujar todo aquello, la asignatura se le resistía un poco, como si no pudiera concebir que todo el mundo que nos rodeaba pudiera reducirse a las páginas de un libro. Pero estaba escribiendo con gesto muy concentrado.

—Bien. Volvimos a subir a ese arroyuelo que te contamos; un día que puedas vamos los tres, es un lugar encantador —respondí por los dos.

—Claro. Sí, será genial.

Yo me levanté y fui al piso de arriba a por mi portátil, después volví a sentarme junto a ella, con las piernas cruzadas y el ordenador sobre ellas. Desde hacía semana y media colaboraba en una revistilla local sobre temas culturales. Yo me encargaba de una pequeña sección que pretendía acercar a la población conceptos matemáticos curiosos o útiles para la vida cotidiana.

—Tengo que adelantar un poco esto, si por la noche quiero cumplir con el periódico —dije. Diana asintió y volvió a ponerse los cascos, un poco adormecida.

Tras tanto tiempo de dormir en hoteles, o directamente en el coche en mitad de alguna carretera perdida del mundo, tras tantísimo miedo como el que habíamos pasado, a mí me parecía increíble poder disfrutar de tardes así, en calma. Lejos de todo, sí, pero cerca de aquello que más me importaba. Tampoco habíamos dejado de lado nuestras ganas de saber: Diana y yo llevábamos un diario compartido de nuestras conclusiones y preguntas sobre los seres blancos, sobre Ida. Quizá un día las cosas irían a mejor y aquellos escritos llegarían a ser útiles para alguien.

Cenamos pronto, a base de unas sabrosísimas verduras y unos huevos de corral que nos había regalado una vecina del pueblo y que yo convertí en tortilla. Después anocheció, un anochecer sin más sirenas que las que oíamos, muy a lo lejos, en el pueblo. Allá arriba las cosas eran un poco como siempre debieron haber sido, como antes. Ida nos dio las buenas noches y subió a su habitación, dejándonos a nosotros sentados en el sofá de abajo.

—Deberías subir a escribir. —Me dijo Diana.

—Luego. Quiero quedarme un rato contigo —dije, y le pasé un brazo por encima de sus hombros. Ella se acurrucó contra mí y nos quedamos así, compartiendo nuestro calor.

Frente a nosotros había una ventana de madera, cerrada pero con las cortinas retiradas para ver el exterior. Todo era oscuridad, con los picos de la cordillera en un negro absoluto recortados por un cielo un poco azulado por la luz de la luna y las estrellas. Algunos gigantes de la noche rondaban inalterables alrededor de la casa.

—Hoy estaba el hijo del alcalde…

—¿El que te recuerda a tu hermano?

—Sí. Es igual que él, Yago. Los mismos gestos incluso.

—Los fenotipos se repiten… —Le dije, aunque yo no le veía tanto parecido. Un chico joven y algo aniñado, con gafas también, pero nada más. Sin embargo, comprendía que ella lo viera así, yo también había creído reconocer muchas veces a otras personas conocidas en la gente que me había encontrado por las calles del pueblo.

—Le echo de menos.

—Lo sé. Algún día podremos volver.

—Da igual… —dijo ella, y me abrazó fuertemente.

En aquellos meses habíamos enviado alguna carta, siempre sin remite, ella a su hermano y yo a mi tía Bea. En ellas les decíamos que estábamos bien y a salvo, les tratábamos de explicar por qué habíamos tenido que huir y les deseábamos que la vida los estuviera tratando bien a ellos. Las enviábamos sabiendo que no tendrían respuesta, que nunca sabríamos si les llegaban o se perdían por el camino, pero con la firme esperanza de que las recibieran, de que pudieran perdonarnos y comprendernos por lo que habíamos hecho.

No nos dijimos nada más, tan solo nos quedamos así, sintiendo cada uno el calor y escuchando la respiración del otro. Solo teníamos encendida una lamparita de leer, que daba a la habitación un clima acogedor. Yo acariciaba el pelo de Diana, antes castaño y ahora negro y ella no tardó en aflojar su abrazo. Se había quedado dormida.

Yo decidí no moverme, aunque se me agotaban los plazos de entrega de los artículos. Disfrutaba estar así, tranquilo a su lado; los dos seguros de que Ida dormía arriba sin que nada molestara su sueño. Nunca lo hablábamos, pero nos sentíamos héroes. Un bostezo se me escapó en ese momento, porque su sueño había empezado a invadirme también a mí.

Estaba cerrando los ojos cuando de pronto vi algo fuera, dos luces que me parecieron parte de un sueño. Volví a abrirlos de par en par y entonces lo vi mejor, a lo lejos, ya como parte de la realidad y no de la ensoñación. Sabía perfectamente que este momento llegaría tarde o temprano, pero eso no me hizo odiarlo menos.

—Diana… Despierta, Diana. —Le dije, y moví un poco su hombro.

—¿Qué ocurre? —Dijo casi dormida.

—Han venido.

Ella se incorporó y pudo verlo. Los faros de un coche se acercaban por la carretera hasta nuestra casa. Los faros de un coche, en mitad de la oscuridad, entre todos aquellos seres blancos que no se lanzaban contra sus ocupantes. Nos habían encontrado y, no solo eso, habían encontrado la forma de moverse por la noche, como nosotros lo hacíamos gracias a Ida. No teníamos ninguna duda de quiénes eran.

El coche, un coche blanco de morro largo, se detuvo ante nuestro hogar, frente a la puerta de la valla de madera que rodeaba toda la casa. Dos figuras se bajaron del coche, mientras que una permanecía al volante. Nunca cerrábamos con llave la puerta de fuera, la de rejas de metal oxidado. La abrieron, con un chirrido, mientras nosotros nos levantábamos.

—Voy a por la escopeta —dijo Diana; yo asentí y fui hasta la puerta. Puse el ojo en la mirilla. Ellos se acercaban, un hombre alto y una mujer con el cabello rizado. Samanta y Félix, en aquel rincón alejado del mundo, en nuestro rincón alejado de ellos.

Nos habíamos hecho con una vieja escopeta de caza poco después de llegar a aquella casa y habíamos aprendido a utilizarla. No nos gustaban las armas, a ninguno de los dos, pero sabíamos que si llegaba un momento así sería lo único que nos daría una oportunidad. Sólo habíamos tirado contra latas, pero Diana había demostrado tener bastante mejor puntería que yo. Vino desde el armario donde la guardábamos sujetándola con ambas manos. Me miró muy seria y abrió la puerta.

Ellos estaban ya a unos pocos metros. Los dos llevaban algo en los antebrazos izquierdos, unos dispositivos de color blanco que acababan en guantes del mismo color. Los seres blancos vagaban por toda la finca sin fijarse en ellos, sin hacerles el menor caso, sin devorarlos para salvarnos a nosotros y a Ida. Sin duda era por aquellos dispositivos: el proyecto Eósforo había logrado sus objetivos y yo los odié por ello con todo mi ser. Habían logrado, gracias a lo que habían hecho con la niña, desarrollar la forma de recuperar la noche, pero nadie más que ellos, y ahora nosotros, sabía aquello. Reconquistar la noche, pero no para todos, solo para sí mismos y para sus ansias de poder, que sin duda no habían dejado de crecer desde que supieron que Ida era capaz de mucho más que de caminar por la noche.

Dos disparos al aire de Diana los detuvieron en seco. Después volvió a cargar el arma y los apuntó directamente a ellos.

—¡Marchaos de aquí! —Les grité. —Está claro que ya tenéis todo lo que queríais. ¡Fuera!

Alguien salió del coche. Era un hombre vestido con un traje gris y

llevaba un fusil de asalto. Apuntó a Diana con la mirilla láser del arma. Un punto rojo en el centro de su pecho, con el pulso de un tirador profesional. También Félix llevaba su revólver, que sostenía con las dos manos, pero él me apuntaba a mí, mirándome con un odio muy vivo en sus ojos.

—Estáis defendiendo a un monstruo, Yago —dijo Samanta, muy tranquila. Por únicas armas ella llevaba sus ojos penetrantes y sus palabras, que sonaban como pronunciadas por un látigo. —La niña es un peligro, un peligro global si se me permite decirlo; la investigación debe continuar.

—No. ¡No, Samanta! Se ha acabado. —Oí unos pasos a mi espalda. Era Ida, bajando las escaleras. Se había vestido con aquella camiseta naranja y roja con personajes de dibujos animados y esos pantalones azules que Diana le había comprado. También iba calzada, con las botas de montaña con las que habíamos salido hoy. ¿Se había llegado acaso a poner el pijama?

—Sube, Ida. —Le rogó Diana. La niña se nos quedó mirando al pie de la escalera, sin decir nada.

—¡¿Que se ha acabado?! —Gritó Samanta, haciendo que volviera a girar la cabeza hacia ellos. —Estás loco, Yago, completamente loco. ¿Dónde está el científico que eras? ¡Esa niña es la clave para acabar con ellos para siempre! Yo llevo años trabajando por esto y no voy a permitir que vuestro absurdo humanitarismo acabe con todos mis esfuerzos. ¡Además, estoy segura de que sabéis perfectamente lo que ella hizo aquella noche en los cuarteles! Todos esos soldados muertos, junto a la mitad de los componentes del proyecto Eósforo. ¡Nuestros compañeros, Yago! ¡¿Has pensado en sus vidas, en sus familias?! ¡Estáis protegiendo a un monstruo!

La niña se había acercado lentamente hasta nosotros y se había abrazado a mi cintura sin atreverse a mirar hacia ellos. Samanta estaba fuera de sí y miraba a Ida con una expresión desencajada que era una mezcla de odio, pánico y repulsión. Félix, más tranquilo, no dejaba de apuntarme a la cabeza. A mi derecha oía la respiración, agitada igual que la mía, de Diana, que le apuntaba a él con la escopeta. En aquella mirada de Samanta reconocí el miedo que yo mismo había experimentado meses atrás. Miré a la niña, que en ese momento me pareció completamente vulnerable, diminuta y asustada. Puse mi mano sobre su espalda tratando de calmarla y miré a Samanta a los ojos, mientras algunas lágrimas de rabia salían de los míos.

—¿Te atreves a llamarme loco, Samanta? Cuando te conocí hace años, en aquellos seminarios que dabas, hablabas de cómo la humanidad debía comenzar a pensar cuánticamente, a tener presente todo ese caos universal que estábamos descubriendo, toda aquella incertidumbre. Eras una mujer valiente, sin miedo al abismo que se

ponía delante de todos nosotros. ¡Y hoy estás muerta de miedo por una niña! ¡Muerta de miedo por no ser capaz de conocerlo todo! Estás dispuesta a sacrificar lo que sea, lo que haga falta, por calmar tu miedo, por volver a ese pequeño universo ordenado que hemos perdido y puede que nunca recuperemos. Por ello serás capaz de matar a cientos de personas con ayuda de un gas que vuelve a la gente loca. No vas a parar hasta convertirte en una especie de dictadora de todo el país, y ni siquiera así calmarás ese miedo que sientes. ¡Es así! ¡¿Verdad Samanta?! ¡¡Aquí no hay más monstruos que vosotros dos!!

Samanta me sostuvo la mirada durante unos segundos, después la apartó a un lado con expresión herida. Ida se movió, ahora los miraba también. A mí el corazón me iba a toda velocidad mientras no podía dejar de pensar que la muerte nos amenazaba a todos en aquel momento. Pero entonces pensé que quizá había una posibilidad, una remota posibilidad, de que se dieran media vuelta y nos dejaran en paz para siempre. Samanta volvió a mirarme y en esa ocasión su expresión había cambiado, como si todo aquel odio hubiera desaparecido de su rostro y de su mente, invadida ahora por miles de dudas. Parecía que iba a decir algo cuando su compañero se adelantó un par de pasos hacia nosotros.

Félix parecía terrible en aquella oscuridad nocturna. Ahora podíamos verlo mejor. Se había rapado el pelo al cero y llevaba una perilla, lo que unido a su altura y a su fuerza física le daban un aire peligroso. Me miraba con odio, estaba claro que no me había perdonado desde que lo había desarmado, meses atrás, en el despacho de Samanta. Cuando vi mejor su cara tuve claro que no me iba a dejar salir de aquella situación con vida, que aunque Samanta hubiera realmente cambiado de opinión, aquella noche exigía un tributo de sangre. Quizá la niña fuera para él lo menos importante.

—Estoy harto de todo esto —dijo con su voz grave y profunda. Sostenía la pistola con su mano izquierda, la mano en que tenía puesto el guante. Y disparó.

Todo se puso blanco.

capítulo 14

Contuve el aliento durante unos segundos mientras el corazón me daba un vuelco. Un ser blanco de tres metros de alto había aparecido delante de mí y la bala no había llegado a darme. Me sentía extremadamente confuso y desorientado, respiraba agitadamente y la cabeza me daba vueltas. Después miré a mi derecha, a Diana, que me miraba con ojos desorbitados por el pánico. Yo tardé un momento en reaccionar, después miré hacia abajo y vi que Ida ya no estaba allí. Entonces me di cuenta de lo que había pasado y un escalofrío recorrió mi espalda de arriba abajo.

El ser blanco se derrumbó delante de mí, todo lo largo que era, y quedó tendido en el suelo. Después fue como si se deshiciera, o como si se hiciera pequeño de repente, dejando tras él solo una niña. Una niña de diez años con una herida de bala en el abdomen que no dejaba de sangrar. Yo corrí hasta donde estaba y caí ante ella, sintiendo como la gravilla del suelo se clavaba en mis rodillas. La cogí con cuidado y la coloqué entre mis brazos, llenándome los pantalones con la sangre que no paraba de salir a borbotones de su herida.

Todavía estaba viva. Me miró con sus grandes ojos, que comenzaban a cerrarse. Yo no podía contener el llanto y le supliqué que resistiera; pero sabía que no lo lograría.

—Gracias… Por todo. —Me dijo con su voz, que ahora sonaba ronca y débil como un quejido. Me daba las gracias, la niña que me había salvado la vida y no solo aquella noche, la niña que había salvado la humanidad que quedaba en mí. Yo la apreté contra mi cuerpo, mientras notaba como a ella le iba costando cada vez más respirar. Tosió sangre un par de veces. Diana había arrojado la escopeta al suelo, corrido hasta donde estábamos nosotros, y se había quedado de rodillas a mi lado. Ninguno de los seres blancos se le acercó cuando lo hizo.

—No… ¡No te mueras! —Le grité. Pero fue inútil, sus ojos ya se habían cerrado para siempre.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Empezó a brillar con una luz blanca que lo iluminaba todo a su alrededor. De pronto la vi como a uno de aquellos seres, pero diminuto como la niña que había sido, y luminoso. La vi sobrecogedoramente hermosa. A nuestro alrededor todos los seres blancos habían empezado a brillar con aquella luminiscencia primordial y absolutamente bella. No sé muy bien cómo, pero supe que también los que rondaban por las calles de nuestro mundo, aquellos millones de caminantes silenciosos e inexplicables, estaban brillando también.

Entonces poco a poco todos junto a ella empezaron a apagarse, a desaparecer. Al cabo de unos segundos Ida dejó de estar allí y con ella toda la sangre que había manchado mi pecho, mis manos y mis piernas. Ahora mis brazos estaban vacíos y cayeron a ambos lados de mi cuerpo. Yo lancé un grito desconsolado, como un niño ante la mayor de las injusticias. Diana me abrazó con fuerza y enterró mi cabeza en su hombro, llorando a su vez en el mío.

En cuanto fui capaz de levantar la vista pude ver que Samanta y Félix se habían quedado inmóviles, observándonos sin saber muy bien qué hacer. En cuestión de segundos los gigantes blancos habían dejado de existir.

—Nos vamos —dijo Samanta.

—Pero… —Félix seguía sosteniendo el arma, aunque ahora apuntaba hacia el suelo y su mano temblaba.

—He dicho que nos vamos. —Repitió ella, y le lanzó una mirada penetrante. El revólver de Félix cayó al suelo y no se agachó a recogerlo. Sencillamente asintió y avanzó hacia donde estaba Samanta. En sus ojos había la misma expresión que la de un niño que jugando con un bicho ha terminado por matarlo sin darse cuenta. Una expresión culpable y algo desorientada.

Se dieron la vuelta y anduvieron hasta donde habían dejado el coche. El hombre trajeado les abrió la puerta trasera y se subió en el asiento del conductor. Pude ver cómo Samanta nos echaba desde el asiento de atrás una última mirada; después arrancaron y al cabo de un rato ya estaban demasiado lejos como para pudiéramos verlos. Nunca más volvimos a saber de ellos.

Yo había empezado a temblar mientras Diana me abrazaba. Fuerte, muy fuerte. Sentía un dolor horroroso en el estómago y, aunque había dejado de llorar, no lograba reunir fuerzas para levantarme hasta que ella me ayudó a hacerlo y me llevó hasta la casa.

Recuerdo que me sostuvo mientras subíamos los escalones del piso de arriba y que hizo que me tumbara en la cama y ella se acostó a mi lado. No hablamos más esa noche, en la que me quedé dormido entre sollozos y el permanente abrazo de Diana. Los seres blancos habían desaparecido. Ya no volverían a aparecer la noche siguiente, ni la siguiente a esa. Se habían marchado, para siempre.

En aquella semana todo se revolucionó. La primera noche, la mayor parte de la gente se quedó en sus casas sin terminar de creerse que aquel peligro había pasado por fin. Pero a la siguiente, todas las ciudades del mundo se llenaron de luces, de fiesta, de risas y de música. Quienes habían nacido en aquel mundo se entregaban sin dudarlo a aquella libertad nueva, y quienes ya la habían conocido antes lloraban de emoción por poder recuperarla.

Muchos gobiernos cayeron entonces, cuando el miedo que los sostenía desapareció, barridos por unos pueblos que no estaban dispuestos a olvidar los abusos de los últimos veinte años. Fue como si, al recuperar la noche, la humanidad saliera de un insomnio que la había invadido por completo y, pudiendo dormir convenientemente, las ideas se aclararan. Un informe anónimo desveló a la población de nuestro país que el gobierno había estado usando un tipo de gas psicoactivo y culpando de todo ello a una organización terrorista que realmente no existía. La gente se lanzó a las calles y la policía, que durante mucho tiempo sólo tuvo que lidiar con una tranquila apatía generalizada, no pudo hacer nada contra ello. Todo cambió. Toda la información de la que se les había privado acabó por salir a la luz; toda la vida volvía a ser vida, con todas sus contradicciones.

Los templos de las sectas que se habían enriquecido en dinero y poder durante los últimos años quedaron vacíos, sin más sacerdotes de rostros velados, sin nadie que adorara ídolos luminiscentes. Algunos ardieron, incluso, en aquellas noches de desmedida felicidad.

Decidimos volver en cuanto todo se hubo estabilizado un poco. Antes habíamos escrito a nuestros familiares. Y aquella vez, aquella sí, pudimos contarles todo lo que nos había ocurrido y recibir su respuesta. El hermano de Diana lo había dejado con Paul, pero estaba bien, había terminado sus estudios y este año empezaría a dar clases en un colegio. Esperaba que regresáramos pronto, porque había vuelto a Albeida recientemente y se sentía un poco solo. Tía Bea me llamó por teléfono después de pedirme el número por carta. Lloró cuando me atreví a decirle lo que le había ocurrido a Ida. Lloró conmigo, me llamó hijo y me deseó un buen viaje de vuelta. Yo le pedí disculpas

por todo lo que nos había separado; pero aquello ya no importaba.

Cuando por fin pudimos hacerlo, cogimos un vuelo: uno de los primeros que atravesaban el océano de noche después de tantos años, aunque cuando llegásemos a nuestro destino sería ya la tarde del día siguiente. Nos acomodamos en nuestros asientos. A nuestro alrededor había otras personas, no muchas, pero todas con la felicidad en los rostros por poder emprender aquel viaje nocturno. Yo, sin embargo, seguía llevando dentro una profunda tristeza. Entre nuestras maletas había una que había llenado con los dibujos de Ida. Su curiosidad por el mundo, por verlo todo con sus ojos e inmortalizarlo en aquellos papeles, ahora tenía para mí total sentido, ahora que sabía lo que ella había sido. «Sé lo que son» había dicho una vez con una seguridad completa, «pero no conozco las palabras para explicarlo». No las había. Sencillamente no las había.

No hablamos mucho durante el viaje. Diana no se había apartado de mi lado en todos aquellos días y ahora, tras bajar del avión y recoger nuestro equipaje, llegaba el momento de separarnos.

—¿Estás seguro? —Me dijo ella, antes de subirse al taxi que acababa de pararse a recogerla.

—Sí, tranquila. Estoy bien —mentí. Y le di un beso en la mejilla. —Nos vemos más tarde.

Habíamos quedado en dejar las cosas en nuestras respectivas casas y ver a nuestras familias para, cuando llegara la noche, reunirnos en la ribera, en aquel lugar al que nos había llevado Ida la primera noche que salimos los tres juntos.

Después de que ella se fuera yo detuve otro taxi. Me subí con mis maletas y le indiqué que me llevara hasta mi casa. Albeida era la misma, con sus viviendas abandonadas, sus solares vacíos, la pintura hinchada cayéndose de los muros, las calzadas con mil y un baches por el descuido. Pero a la vez parecía completamente distinta, con la gente volviendo a invadir sus calles, aquellas que había dejado de transitar hasta de día. Albeida se estaba curando.

Mi casa estaba tal y como la había dejado meses atrás, pero más vacía que nunca. Dejé las maletas, y cuando entré en el cuarto de Ida con la de sus dibujos, supe que debía irme de aquella casa, que nunca más podría vivir en ella sin aquella tristeza. Cogí el teléfono de casa y llamé a mi tía para decirle que iría a visitarla al día siguiente; me habría gustado hacerlo nada más llegar, pero antes tenía que cumplir una promesa y, si no, no tendría tiempo de hacerlo.

Salí y recorrí andando las calles de Albeida mientras atardecía. En la mayor parte de las calles todavía seguían estando los megáfonos que habían limitado el tiempo durante la mayor parte de mi vida; en otras habían sido destruidos por la gente en un acto de reafirmación de su libertad; pero ninguno de ellos sonó. La noche llegaba sin

sirenas y lo hacía para todos en todas partes. Era maravilloso.

Caminé, pasando por al lado de la universidad, hasta que llegué a mi destino. Miré hacia la segunda planta del edificio y vi que su habitación tenía la luz encendida. Respiré profundamente y entré en el hospital.

Llegué un poco tarde a nuestra cita. Diana me esperaba, sentada en un banco de madera, frente a aquel río majestuoso que partía la ciudad en dos. Yo me senté a su lado, rozando su pierna con la mía, muy cerca los dos cuerpos. Ya había anochecido, pero todo a nuestro alrededor estaba iluminado por farolas callejeras, pioneras de una nueva humanidad con noche.

—Disculpa, tenía que visitar a un amigo, se lo había prometido.

—Tranquilo, ¿qué tal estaba él? —Preguntó, mientras me daba su mano. Yo me quedé en silencio un momento y miré al cielo. Allí estaba la luna, pero estrellas se veían muy pocas. Con todo, una gran belleza seguía presente en el agua del río, que reflejaba todas las luces de la ciudad.

—Eso no importa —dije, y la envolví con mi brazo.

El ruido de los coches, las voces de los grupos de gente que pasaban y el agua corriendo río abajo. Tardaríamos un poco en acostumbrarnos a aquello, a compartir la noche que Ida nos había regalado solo a nosotros dos pero que ahora pertenecía a todo el mundo.

—Yago…

—Dime, compañera.

—¿Cómo encaja todo en tu teoría, ahora? —Me dijo y yo sonreí sin dejar de mirar las estrellas, recordando aquella noche en el acantilado. La noche que habíamos logrado huir para construir nuestra propia vida.

—Pienso que, quizá, cuando comenzarnos a preguntarnos sobre el universo, a buscar las respuestas apropiadas, el propio universo se sorprendió de nosotros: una sorpresa cósmica. Los seres blancos, Ida. Pienso ahora que ellos eran el universo tratando de comprendernos a nosotros que, habiéndolo sometido a nuestro orden, éramos sin embargo la mayor de sus singularidades caóticas.

—Eso es bello. Me gusta… Y ¿sabes? He estado pensando en aquello que dijiste de los universos paralelos. De ser cierto… quizá Ida no haya muerto. De hecho, es posible que ni siquiera pueda morir —dijo, y se acurrucó contra mí.

—Sí… Aunque ahora…

—¿Ahora?

—Es cierto, me consuela un poco pensar que quizá ella siga existiendo en otras realidades. Pero nunca volverá… ¿y qué hay de nosotros? Los dos mayores expertos en albología del mundo, lo que es

lo mismo que decir que no somos absolutamente nada. —Aquella tristeza otra vez, mezclada con una nostalgia que no terminaba de entender. Diana se apartó un poco de mí y me miró muy seria.

—No, Yago, te equivocas. Justo ahora es cuando tú y yo podemos ser lo que queramos.

Yo le devolví la mirada y toda aquella tristeza se esfumó de pronto ante el peso de sus palabras. «Gracias», le dije, y la besé no sé durante cuánto tiempo. Después volvimos a mirar al cielo, a aquel puñadito de estrellas, las pocas que lograban abrirse paso entre las luces de la ciudad. Una de ellas pareció brillar de repente con un resplandor de luz naranja.

epílogo

Ya es mitad del otoño y los colores de la estación invaden cada uno de los rincones de aquel parquecillo. Es un parque corriente, de una ciudad cualquiera. Está cerca de un hospital, con algunos columpios para que los niños jueguen. Son columpios viejos, que han vivido miles de risas y, por suerte, solo algunos coscorrones.

Los árboles, los que todavía tienen hojas en sus ramas, están de un precioso tono anaranjado. Y hace viento, pero todavía no demasiado frío. Todavía pueden pasear por él las parejas, todavía puede un padre aburrirse sentado en uno de los bancos de madera viendo como sus hijos juegan.

Un niño, tendrá unos ocho años más o menos, empuja a su hermanita en el columpio. Cada vez que lo hace se siente como Hércules y para ella es como si pudiera volar empujada por los brazos, brazos de niño, de su hermano mayor. Los dos ríen, ella más que él, mientras el padre abre un libro. No logra pasar de la primera página, porque está impaciente porque llegue su mujer y poder darle un beso. Siguen enamorados, después de tantos años como se han acompañado. Debajo de su banco hay una pelota, roja, de goma, que pertenece al niño.

Quedan ya muy pocos pequeños en aquel parque, porque lleva rato atardeciendo. La madre trabaja en el hospital y nunca se sabe muy bien si saldrá a la hora o un poco más tarde. Pero no importa, porque les encanta hacer a los cuatro juntos ese pequeño camino desde el hospital hasta la casa.

Llega la madre, una mujer de ojos cansados pero de mirada inteligente. Besa al padre en la boca y va con él hasta donde están sus hijos. Acaricia la cabeza del mayor y se pone a su altura para decirles que ya es tarde, que se acabó el juego y deben volver a casa. Pero ninguno de los dos niños protesta; el mayor le habla con orgullo de cómo ha empujado el columpio. La pequeña no dice nada, pero coge a su madre de la mano, que sonríe con unos dientes blanquísimos. El niño querría cogerle la mano también, pero ya ha entrado en esa edad en la que nos nace el orgullo, ese orgullo tonto que nos separa a los unos de los otros. Pero aun así camina entre ellos, protegido por los pasos de sus padres. Entonces, cuando ya se disponen a salir del parque y a cruzar el primer paso de peatones, el niño se da cuenta de que ha olvidado su pelota de goma roja.

No puede dejarla atrás, le encanta jugar con ella. Ha sido un regalo de su tía, hermana de su padre, en su último cumpleaños, y a veces se

la lleva al colegio para montar partidillos de fútbol con sus compañeros de clase. Otras veces la lleva al parque donde sabe que, si insiste bastante, logrará animar a su padre a ser un poco niño de nuevo y jugar con él. El niño no se explica cómo ha podido habérsela olvidado y se preocupa por no poder recuperarla. Pide permiso a sus padres para volver a por ella.

Vuelve corriendo a los columpios y ve que alguien sostiene su pelota. Al principio le parece que es un niño, como él, porque lleva el pelo corto; pero pronto se da cuenta que es una niña, una niña de ojos enormes y rasgos suaves, que lo mira con una sonrisa. El niño se queda un poco parado, sin saber muy bien qué hacer. No suele hablar con niñas y, además, es un poco tímido. Pero es su pelota y tiene que recuperarla.

Se acerca con pasos firmes, todo lo firmes que un niño de su edad puede andar, y la niña se levanta del banco. Lleva una camiseta naranja y roja con una serigrafía algo desgastada de los personajes de una serie de dibujos que todavía no existe, que de hecho nunca va a existir. También lleva unos pantalones azules y unas botas de caminar por la montaña, algo manchadas del barro de un riachuelo situado a miles de kilómetros de allí y que en aquella época del año está completamente seco. El niño piensa que la niña debe de ser pobre, porque no tiene abrigo y porque lleva un agujero en uno de los costados de la camiseta. La niña lo mira con ojos brillantes, con la mirada de quien se encuentra con un viejo amigo que hace tiempo que no ve.

No es más alta que él, pero sí más esbelta y al niño le da la sensación de que es algo mayor, quizá un par de años. Ella se guarda la pelota debajo del brazo y mira al niño con una media sonrisa y un gesto un poco desafiante. El niño no sabe muy bien qué hacer, se enfada un poco por la actitud de ella; va a decir algo, pero la niña habla antes.

—Hola, Yago —dice. Con esa sonrisa y esos ojos enormes que también sonríen. El niño se asusta un poco de que ella sepa su nombre. Intenta recordar, pero no la conoce de nada, ni del colegio ni de haberla visto antes en aquel parque; ni siquiera le suena haberla visto aquella misma tarde. Ya no hay más niños, ni más padres, solo ellos dos que permanecen al lado de los columpios.

—¿Cómo sabes mi nombre? —Pregunta Yago, el niño, después de tragar saliva. Ella le echa una mirada divertida, y tamborilea con los dedos en la pelota roja.

—Perdona si te he asustado, no soy adivina. Se lo oí decir antes a tu madre —responde ella, entre risas. Yago la mira y piensa que es un poco rara, que es extraño que una niña esté sola en el parque a esas horas, sin que sus padres estén con ella. Pero también piensa que es

una niña simpática. Y tiene su pelota.

—¿Cómo te llamas tú? —Pregunta, ignorando que fue él mismo quien le puso su nombre, pero eso será dentro de muchos años, o en realidad, no ocurrirá jamás.

—Ida. Me llamo Ida. —La niña le responde con voz paciente, como si le estuviera explicando las reglas de un juego un poco complicado. El niño se frota las manos, está empezando a anochecer y comienza a tener un poco de frío. Pero ella ni se inmuta, llevando solamente esa camiseta de manga corta. Sin duda debe de estar un poco loca.

—Esa pelota es mía… —Dice él, un poco avergonzado.

—Lo sé, te la devuelvo —responde ella, y la alarga hacia él. Yago coge la pelota y se la queda mirando; la niña sonríe y él le devuelve la sonrisa.

—Gracias —dice el niño. Después sale corriendo para volver con sus padres. Cuando vuelve a mirar hacia los columpios la niña, Ida, ha desaparecido. El niño piensa que quizá vuelva otro día y pueda jugar con ella. Pero ella ya no volverá a aparecer.

Tampoco aparecerán, ni aquella noche ni ninguna otra, gigantes de color blanco y naturaleza incomprensible. No se oirán gritos desesperados. El niño caminará a casa con sus padres, como tantas otras tardes, sin que su hermana y su madre desaparezcan en bocas de oscuridad negra, sin que su padre se quede paralizado por el miedo. Dormirá bien, tranquilo en su cama, sin que nada le robe las noches que le quedan. Crecerá en aquel mundo, que nunca fue otro, siendo aquello que él quiera ser.